

Ratas de Galpuria (Libro I - En este amado lugar)

Diana M. Prendes



Capítulo 1

I

Señalaron las primeras luces del alba el inicio de un nuevo día en Galpuria.

Aquella mañana de septiembre el sol alumbraba todos los rincones de la ciudad: cada esquina, cada calle y cada criatura recibían gustosos su calidez mientras saboreaban como podían el último trago del verano que, como ya era costumbre, indicaba el inevitable comienzo de un nuevo curso.

Inundaban así sus rayos la habitación de Lucía, colándose entre las persianas y declarándole la guerra al sueño. Por si esta auténtica batalla no hubiera sido suficiente, una vez hubo triunfado se vio de nuevo enfrentada a un terrible enemigo: arreglarse y tratar de lucir presentable en su primer día de clase.

Por suerte esta vez su pelo se sometió rápidamente y logró disimular sus ojeras lo suficiente para que no se notara que había acabado durmiéndose a las tantas de la mañana. Aun así, no pudo evitar sentir una punzada de frustración: seguía estando a años luz de equiparar el nivel de cuidado que ponían la mayoría de sus compañeras en su apariencia. Tampoco es que le importara demasiado, se había rendido hacía ya bastante tiempo, pero a pesar de todo no podía evitar desear verse tan hermosa por fuera como el resto, aun si era consciente de que eran horribles por dentro.

Fue de esta manera que, entre la enorme masa de alumnos ahora conglomerados a la entrada del colegio, Lucía no pudo evitar sentir una gran incomodidad y se creyó casi perdida en aquel laberinto de niños perfectos e impolutos mientras trataba de ocultarse de sus penetrantes miradas. Para su alivio, esta sensación desapareció cuando se reunió con sus viejas amigas.

Lo cierto es que no eran tan cercanas como se pudiera pensar de primeras, pero con ellas sentía que aquellos colores suyos que tanto desentonaban en los Santos Campos se diluían, y en ese sentido no había nada más que ella pudiera pedirles. Así pues, se habían juntado hacía ya tiempo y casi como un mecanismo de supervivencia no habían vuelto a separarse.

-Bueno chicas –exclamó Alba-, empezamos ya la eso, ahora podemos decir que vamos al insti –alargó esta última palabra como un chicle y,

Lucía observó, pareció encontrar gran gusto en su sabor.

Ella por otro lado no podía coincidir con su entusiasmo, pero esto tampoco era nuevo en lo que respectaba a Alba. Le estresaba mucho cuando decía cosas sin sentido para llamar su atención, lo cual para su desgracia ocurría con demasiada frecuencia. Le había expresado esto muchas veces, le había pedido que dejase de actuar así porque solamente estaba haciendo el ridículo, pero en todas esas ocasiones Alba como respuesta solo se había reído quitándole importancia, por lo que eventualmente se había rendido y había acabado aceptando su naturaleza.

-Qué horror -dijo-. Yo solo quiero que esto acabe ya.

Esto era verdad. Para ella era inconcebible que una persona pudiera desear que empezara el colegio, y más aun considerando que aquel era su primer año de secundaria. No, ciertamente no podía entender qué motivación podía tener Alba, considerando que a duras penas aprobaba primaria, en tener que estudiar el doble para evitar problemas en casa. Todas ellas vivían cerca y quedaban juntas de vez en cuando pero aún si no lo hicieran, volver al colegio solo para verlas no merecía la pena. ¿Qué otra razón podría tener alguien para querer volver a clase? No lo sabía y probablemente jamás llegaría a descubrirlo.

-¡Lucía, Lucía! -exclamó mientras se le acercaba, rodeándola con los brazos en algo peligrosamente parecido a un abrazo. Odiaba el contacto físico y que la gente invadiera su espacio. Sí, ciertamente iba a necesitar paciencia ese año-. Tía tienes que vivir el momento, no vamos a tener doce para siempre -dijo, poniendo fin a su espectáculo.

Esto le pareció una tontería tan soberana que concluyó que lo mejor que podía hacer era abstenerse de responder. Puso los ojos en blanco, ante lo cual Carmela, que había estado observándolas en silencio, intervino:

-Ahora que lo mencionas de aquí en adelante terminamos a mediodía, por lo que de tarde deberíamos tener mucho más tiempo libre -comentó- aunque mi hermana dijo que tampoco nos iba a sobrar tanto.

-¡Ya lo has oído Lu! este año no tienes excusa para no apuntarte a baile.

Casi le dieron ganas de reírse. Alba y Carmela llevaban desde que las conocía yendo a baile. Ya se lo habían pedido el año pasado y, al igual que este, ya se había resistido en su momento. Esta vez Alba había empezado a insistirle más temprano de lo que esperaba, pero pasara lo que pasara no la iban a convencer. Aquello encabezaba su lista de cosas que no haría ni aunque le ofrecieran dinero por ello, entre otros motivos, por el exceso de padres ansiosos por grabarlas saltando de un lado para otro como

patos mareados.

-Lo siento, pero creo que voy a pasar. Simplemente no es para mí.

-¡Porfa, porfa! –exclamó Alba-. ¡Tienes que venirte!

-¡Eso, eso! –reiteró Carmela-. ¡Hay que estar todas juntas!

-Nah, aunque quisiera no podría. Mi madre trabaja de tarde y tengo que asegurarme de estar disponible para recoger a mi hermana al salir de clase. Es muy pequeña para darle un par de llaves o dejarla volver sola aunque vivamos al lado -hizo un puchero sarcástico que ninguna de ellas se tragó, pero que casi las hizo reír-. Una pena.

-Que mal, no va a ser lo mismo sin ti -dijo Alba.

-Lo sé –respondió Lucía, una gran sonrisa ahora atravesando su rostro-. ¿Quién podría imaginar lo aburrida que sería la vida sin mí?

Y rodeada por esa gente que le era familiar, por primera vez desde que se había despertado disfrutó de un instante de paz. Este sin embargo fue tan frágil como breve, pues cuando se encontró a sí misma relajándose esa permanente obligación de estar alerta se le acercó y trepó por su espalda, de forma tal que pronto se hubo recompuesto.

Qué extraño, pensó. El nuevo curso debía de estar afectándole a la cabeza.

Rebosante de energía y como siempre acostumbraba a hacer se levantó Tere de la cama como una pequeña liebre ágil y vivaz y se preparó para ir a clase. No estaba tanto nerviosa como impaciente por ver qué exactamente le deparaba el futuro.

Se miró en el espejo y pudo ver toda esta esperanza observándola de vuelta mientras terminaba de preparar su atuendo. Llevaba el jersey verde oscuro característico de los Santos Campos y se había peinado con mucho cuidado una trenza a cada lado. Estas caían con delicadeza sobre el uniforme, y viendo esta imagen Tere sintió un gran aprecio por el que habría ser su nuevo vestuario, ya no solo por la confianza que le inundaba cuando lo llevaba puesto, sino porque además antes siquiera de haber pisado el colegio ya sentía que pertenecía. El futuro se extendía alentador ante ella y parecía lleno de promesas que Tere estaba a punto de cosechar.

Había pasado la noche anterior preguntándose cómo sería, a quién encontraría allí o qué grandes aventuras iba a vivir. Sabía que la vida real

raramente era como los cuentos de hadas, ipero aun así no podía evitar soñar! No, no no, se dijo ahora, este no era el momento para dejarse llevar por fantasías. Se forzó a aterrizar de nuevo en la realidad y una vez estuvo lista salió de casa acompañada por su madre, y el camino se le pasó rápido hasta que una duda repentina arruinó aquel bello momento.

-¿Estás segura de que hoy empezaban las clases una hora más tarde? -le preguntó.

Había estado contenta con no levantarse tan temprano entonces pero, oh no, no, no, su mente comenzó a concebir la más terrible de las posibilidades: aparecer en mitad de la clase, treinta pares de ojos clavados en ella inclementes, enojados por esto y preparándose para atacar por lo otro, ino, no, no! Repentinamente observó como todas aquellas ilusiones que hacía poco había experimentado quedaban reducidas a cenizas eran arrastradas por el viento a un lugar muy lejano.

-Si -respondió, ya cansada de las mismas preguntas-, lo hemos revisado varias veces así que no te preocupes por eso.

Eventualmente, llegaron a su destino: ante ella se alzaba el imponente colegio de los Santos Campos. Aquella no era la primera vez que lo veía, por supuesto, pero sí que lo consideraba como algo real, que calaba en ella la idea de que de ahora en adelante estudiaría ahí. Elevándose orgulloso, aquel edificio antiguo destacaba en medio de la ciudad por renegar de toda la modernidad que lo rodeaba mientras se aferraba a sus formas originales neogóticas y luchaba por mantener la máxima cantidad de resquicios de esa silueta regia con que había sido concebido un siglo atrás. Aunque así era Galpuria, supuso Tere: un enrevesado amasijo de modernidad en el que brotaban por momentos vestigios de otras épocas que se pudieron conservar de la forma más ridículamente indiscriminada, el pasado y el presente se mezclaban y coexistían en un resultado final que priorizaba el pragmatismo frente a la estética. Los Santos Campos era un descarado pedrusco de esos tiempos lejanos que miraba desde lo alto lleno de altivez a las casas llenas de renovaciones que lo rodeaban sin pedir perdón por desentonar, sino más bien exigiéndoles a sus vecinos que estuvieran a su altura. A lo lejos se podían vislumbrar tres torres tras la fachada de lo que tiempo atrás había sido una iglesia y ahora se había transformado en un colegio, estas estructuras cosidas unas a otras por pasillos y rodeados por una modesta extensión que combinaba zonas de asfalto con pequeños jardines que habrían de servir de patio.

-Es enorme -pensó en voz alta.

-Lo es -le respondió su madre-. Vamos, se entra por aquí.

Una vez dentro, Tere se encontró en una pequeña salita que servía de recibidor en la cual una mujer morena y con un pelo rizado que caía

salvaje y descontrolado sobre sus hombros parecía estar hablando con una monja bajita y anciana.

En cuanto notaron su presencia, se giraron hacia ellas. De frente, Tere pudo notar que aquella mujer no era tan joven como había creído inicialmente y que probablemente hubiera entrado ya en sus cuarenta. Cuando las vio su rostro cambió de golpe, se arrugó como un papel y acabó deformándose lo suficiente para acabar imitando una sonrisa.

-Buenos días -les dijo-. ¿En qué puedo ayudarles?

-Venía a traer a mi hija al colegio. Es nueva y empieza primero de la eso, se llama Teresa Ramírez Castaño, no sé si os sonará -se adelantó su madre-. Nunca ha estado aquí antes, así que no se si sabrá dónde está su clase.

-Ah sí, dame un segundo.

Se giró hacia la monja y pronto estuvieron rebuscando en unos cajones hasta encontrar un documento. Tras ojearlo un par de segundos, les dijo:

-Teresa habías dicho, ¿no? -su madre asintió-. Teresa Ramírez Castaño. Estás en el A. Mira, te acompaño yo ahora allá, que tengo una clase cerca del aula -incapaz de decir nada, Tere solo asintió-, vamos.

Así, siguió a aquella profesora a través de una serie de pasillos antiguos con abundantes puertas cubiertos por retratos de santos y vitrinas. Se sintió entonces sobrecogida por la integridad del lugar, el perfecto todo que suponía y al que pronto ella iba a pertenecer, ¿podía ser verdad que estas serían ahora las paredes en las que encontrar cobijo? Perdida en sus pensamientos y tratando de absorber el lugar, Tere se mantuvo en silencio todo el camino atenta a cada detalle, incapaz de hablar. Eventualmente llegaron a una escalera y fue aquí cuando este silencio se rompió mientras empezaban a subirla.

-Así que Teresa, ¿eh? -le dijo la profesora-. Y eres nueva... yo me llamo Paula. Normalmente enseño a cursos más altos, pero creo que este año me toca daros una clase.

-Hay muy poca gente en los pasillos para que las clases estén a punto de empezar.

Tuvo que hacer acopio de todas sus fuerzas para continuar como pudo con la conversación, y aun así tuvo miedo de que en vez de palabras solo le hubiera salido un gallo. Pero aun así, aquel silencio el silencio originado no solo por su falta de diálogo sino porque no había visto en todo su recorrido a nadie más que ellas la inquietó de tal forma que no pudo

aguantar sin preguntar al respecto por más tiempo.

Paula se rió como respuesta, y su gesto hubo de recordarle a Tere los peces que se retuercen espasmódicamente cuando se encuentran fuera del agua.

-Bueno, eso es porque ya han empezado las clases -respondió-. No comprobaste la web, ¿no? Se envió un email corrigiendo la carta inicial que mandamos, el horario al final se mantenía normal.

Tere palideció, aquello no podía ser. Era algo tan ridículamente clásico que casi le dieron ganas de reírse, pero los nervios de no conocer a nadie pesaron aún más que la amarga ironía de la situación. De hecho, esta idea no pudo sino calar hondamente en ella, alterándola más de lo normal. "No" se dijo "No puede ser que la haya fastidiado tan temprano. Se suponía que iba a hacer las cosas bien aquí". Sintió un creciente pánico al imaginar las caras que pondría toda la gente de su clase al verla llegar así, su desdén y sus ojos entrecerrados clavándose en ella como dardos con el más amargo de los venenos. Atrás había quedado el optimismo de aquella mañana así como sus ganas de estar ahí; ahora Tere solo quería volver a casa.

Sus pensamientos debieron reflejarse en su rostro, pues cuando Paula se giró hacia ella su expresión se volvió preocupada mientras le decía:

-Tú no te preocupes, todo irá bien. De verdad, tranquilízate -continuo, mientras llegaban al final de las escaleras-. Harás amigos rápido, lo sé.

Dicho esto, le agarró la mano y le dio un ligero apretón. Recorrieron un último pasillo, este el más largo de todos y justo en su final se encontraba la puerta a la que sería su clase. Al llegar Paula llamó para entrar, pero la profesora no debió haberlas oído, pues cuando abrieron la puerta esta seguía absorta en su enérgico discurso.

-Isa, te dejo aquí a esta alumna, que no le llegó el aviso del horario actualizado. Es nueva, según tengo entendido.

Al verlas Isa paró en seco, congelada en el tiempo. Entonces, se giró hacia ellas.

-Pasa, pasa -exclamó de golpe, otra vez llena de vida-. ¿Por qué no te presentas a la clase, aprovechando la ocasión?

Y Tere murmuró su nombre frente a todos y dijo las debidas cortesías sin ser siquiera consciente de ello, demasiado nerviosa como para procesar lo que estaba pasando. Sin embargo, la profesora le sonrió complacida, por

lo que supuso que no había metido la pata o dicho alguna tontería.

-Siéntate donde puedas... me parece que hay un sitio ahí -fue lo siguiente que le dijo.

Tere aprovechó la ocasión para escanear la sala y aguzó al máximo la mirada para obtener toda la información posible de quienes tenía delante de la que iba en silencio, de forma casi automática a su sitio. Observó muchos más rostros de los que acostumbraba a ver, algunos amables y otros inexpresivos, aunque la mayoría parecía haber usado la interrupción que su llegada había causado para hablar con la persona de al lado, sus amigos sentados a unos cuantos pupitres o, directamente, tratar de hacerse oír por encima del estruendo desde el otro lado de la clase. Al comprobar que la mayoría no le estaba prestando la más mínima atención comenzó a relajarse mientras su respiración retomaba ritmos normales, aunque las amenazas de los nervios no llegaron a desaparecer del todo y si bien opacadas, hubieron de sentarse con ella en aquel pupitre.

-Cómo iba diciendo -continuó la profesora-, hay reglas que conciernen el uniforme, en particular las faldas -sonrió con cierto sarcasmo en la mirada, lo cual en aquel momento habría de tener en Tere un efecto analgésico.- Cuidadito con doblarla y llevarla demasiado corta. Ya nos conocemos, llevamos años dando clase y nos sabemos todas las jugadas, ¿sí? -concluyó.

La charla siguió mientras Isa continuaba enumerando las cosas que estaban prohibidas que todos ya conocían así como lo que se podía hacer y lo que no, siempre manteniendo ese aire desenfadado en torno a sí. A Tere aquella amabilidad que parecía desprender hubo de calmarla enormemente. El resto de la hora pasó, aun con su profesora tratando de amenizar la charla lo máximo posible, de forma particularmente lenta para ella y no pudo sino entusiasmarse enormemente cuando sonó al fin la sirena que indicaba el inicio del recreo, así como el de su nueva vida en ese lugar.

-No me lo puedo creer -estaba diciendo una de las amigas de su hermana-, nos ha tocado sociales con Paula, ¡qué horror! -dijo, torciendo ligeramente el gesto.

-Podría haber sido peor -respondió otra-. A nosotros nos ha tocado Adela.

Ante esto, algunas de las chicas contuvieron una carcajada.

-Paciencia –respondió su hermana-, la vas a necesitar.

-Esa quien es, ¿la rubia bajita?- preguntó Sara.

Su hermana le lanzó una mirada contrariada. Estaba claro que su intrusión entre sus amigas no le agradaba, pero como no tenía aun con quien volver a casa no le quedaba más remedio que acoplarse, lo cual Amanda había aceptado sólo a regañadientes. Aún así, pensaba, ya que estaba lo mínimo que podía hacer era amenizar el trayecto.

-No, la de gafas -respondió una de ellas.

-¿Y tú qué tal? –le preguntó Amanda- ¿Ya has hecho algún amigo, estás con alguien que conoces en clase?

Sara alzó una ceja con desconfianza, insegura del origen de aquella consideración por su vida social.

-Bien, no hice nada realmente interesante pero no estuvo mal. Ah, vi a Clara a la entrada, supongo. Me estuvo contando lo que hizo este verano. Creo que se fue de vacaciones.

-No parece haber prestado mucha atención -observó su hermana-. ¿Seguís siendo mejores amigas?

-Sí claro -respondió en apenas un parpadeo, casi un acto reflejo.

-Ah, ya veo -le dijo- Es solo que como este verano casi no os habéis visto y te pasabas el día haciendo cosas raras con Alicia me tenías confundida.

-Haciendo cosas raras suena innecesariamente turbio.

-Bueno, no es como si pasarse la tarde peleando con una inteligencia artificial sea lo más común -cuando vio que no planeaba responder más allá de poner los ojos en blanco, continuó-. En fin, supongo que eso significa que aún no tienes con quien volver a casa.

Ah, así que era eso. Ahora entendía el repentino interés que su hermana mostraba por ella aun frente a sus amigas.

-No, por ahora no -le dijo.

-No pasa nada Sara, puedes quedarte con nosotras mientras tanto sin problemas -respondió una chica del grupo. Gracias al cielo, las amigas de su hermana eran más amables que Amanda.

-No puede ser tan difícil encontrar a alguien –continuó su hermana, haciendo caso omiso a las palabras que acababa de oír se estiró y se puso

un poco de puntillas mientras continuaba-. ¿Qué tal esa chica de ahí? ¿La conoces? Parece de tu edad, no mucho mayor, eso desde luego.

Qué eficiente podía ser Amanda en lo que respectaba a librarse de ella. Sara suspiró y siguió la dirección de su mirada. Vio caminando unos metros delante una silueta con el uniforme de los Santos Campos. Intentó distinguir algún rasgo característico pero su mala vista combinado con el hecho de que la chica estaba de espaldas lo hacía difícil. Desde lejos, su menuda figura y sus dos trenzas negras la hacían difícil de identificar.

-Pues... me parece que es una de las nuevas -dijo al fin-, me la presentaron en el recreo.

-¿Sí? -el rostro de Amanda ahora estaba completamente iluminado -
¿Recuerdas su nombre?

-No estoy segura -empezó a decir Sara siendo consciente de que no la estaba escuchando realmente- Pero si no recuerdo mal, se llamaba Teresa.

Y en esto, sin apenas haberla dejado terminar, su hermana gritó ese nombre a pleno pulmón mientras sacudía su mano a forma de saludo para llamar su atención.

-¡TERESAAAAA! -la niña se detuvo al oír su nombre, pero por algún motivo parecía renuente a girarse hacia ellas. Pero Amanda no iba a dejar escapar una oportunidad así sin una pelea y volvió a llamarla -¡EEEH, TERESAAA!

Aquella chica parecía separada de su mundo por un manto helado y Sara dudó que algo tan simple pudiera traerla a la tierra, pero tras un momento de duda y para su sorpresa se giró hacia ellas y cualquier barrera que pudiera haber existido se agrietó en mil pedazos. Cuando la miró a los ojos, Sara casi pensó que de hacer un movimiento en falso echaría a correr como un cervatillo, pero al minuto siguiente esa expresión había desaparecido y sus ojos se iluminaron mientras les saludaba de vuelta con total naturalidad. El cambio fue tan repentino e inesperado que a Sara le pareció casi cómico y trató de contener la risa, pero dejó de molestarse en cuanto vio a su hermana riendo abiertamente.

-¿Pero qué? -le preguntó entre carcajadas- ¿Por qué nos saludas de vuelta? No nos conocemos de nada.

Ante esto su sonrisa se apagó un poco y su rostro se llenó de confusión. Aunque parecía incómoda, no aparentaba estar pasándolo realmente mal ni que fuera a huir en cualquier momento como había estado hacía un

minuto, lo cual hubo de aliviar a Sara.

-Pero, ¿por qué me llamasteis entonces? ¿Cómo sabíais mi nombre? -cerró los ojos y negó con la cabeza. su expresión era ahora mucho más comedida.

-Nos presentaron en el recreo. Me sonaba que eras Teresa, pero no estaba segura, y te llamamos porque mi hermana -dijo, lanzándole a Amanda una mirada nada sutil- quería encontrar a alguien con quien pudiera volver a casa para que no moleste ni tengan que aguantarme sus amigas. Como parece que vamos en la misma dirección podríamos ver cómo de cerca estamos y si acaso hacer juntas parte del recorrido.

-¡Ah! ¡Si, por supuesto! -exclamó recobrando el entusiasmo.

Había estado callada, observándola en silencio hasta ese momento, y al verla reaccionar Sara sonrió complacida.

Así, se adelantaron un poco con respecto al otro grupo y hablaron de cómo les había ido aquel primer día de curso, de la gente a la que habían conocido y de sus primeras impresiones en general. Aunque no sabía decir qué exactamente, había algo inusual en su acompañante que la atraía e intrigaba de manera especial. Comprobó que apenas bastaba cualquier tontería para hacerla sonreír y no pudo sino preguntarse qué podría haber detrás, qué extraño e innovador mecanismo podría hacer que se maravillara ante la más mínima trivialidad.

-Es aquí, vivo aquí -la interrumpió Teresa parándose en seco y mirando al portal que tenía delante.

-No, no puede ser -le respondió- Mi casa está en el edificio de al lado, no me digas que de verdad vivimos prácticamente en el mismo lugar, es demasiada coincidencia.

-¿De veras? -le preguntó, sus ojos muy abiertos en un gesto que apenas trataba de ocultar su sorpresa. Cuando Sara asintió, su mirada pareció resplandecer ante su respuesta y por uno momento se quedó quieta, mirándola maravillada y con los ojos muy abiertos.

Eventualmente se alejó y entró en el portal, pero justo en el umbral de la puerta se giró hacia ella y dijo:

-Entonces queda así, ¿no? -tenía sus manos muy apretadas para tratar de disimular el temblor que la invadía. Cuando Sara la miró interrogante, continuó- ¿Nos vemos mañana también a la salida?

Ah, era eso, pensó mientras asentía. ¡Qué paz tan inusual la llenó en ese momento! ¡Qué extraña ternura le inspiraba aquella chica! Por supuesto,

pensaba Sara que se verían más, no podía sino ver su interés renovado cada momento en que descubría algún otro detalle inusual de ella. Claro que de aquí en adelante se acompañarían todos los días.

-Sí, por supuesto –le dijo, mientras le extendía la mano.

¡Qué imagen debían estar dando en ese apretón! A un lado ella, resoluta y determinada y al otro Tere, encogida y aterrada pero firme, consolidando así el pacto que habría de atarlas de ahí en adelante. Estaba ya empezando a alejarse para ir a su casa, cuando como despedida decidió añadir:

-De ahora en adelante, volvamos juntas a casa.

Capítulo 2

II

Aunque no podía decir que la pillara por sorpresa, Lucía tampoco se esperaba encontrarse odiando el colegio tan temprano. Habían pasado poco más de dos semanas desde aquel primer día y octubre asomaba ya sus garras a la vuelta de la esquina, trayendo consigo los primeros exámenes. Quiso llevarse las manos a la cabeza solo de pensarlo, no, no estaba preparada para empezar tan temprano a pelear, aún necesitaba más tiempo de paz.

Estaba a punto de comenzar a pintarrajear la imagen del libro de sociales cuando finalmente sonó la sirena. Menos mal, pensó, su paciencia casi había llegado al límite. Se levantó revuelto en el aula mientras sus compañeros comenzaban a colocar sus libros en posición estratégica para cerrarlos lo más rápido posible en cuanto pudieran sin que se notase su intención de poner fin a su martirio cuanto antes, pero poco podían ellos disimular cuando sus caras delataban sus emociones. A pesar de sus esfuerzos colectivos, la señorita Adela pudo ver a través de ellos con tanta claridad como si estuvieran hechos de cristal.

-A ver, no guardéis los libros aún –dijo, su rostro se torció en una mueca que le evocó al llanto enfadado de un bebé-, la clase no ha acabado y no lo hace hasta que lo diga el profesor –exhaló, tan débilmente que bien podría haber sido su último aliento.

Adela tenía esta manía de hacerse la víctima, lo cual era muchas veces irónico porque en situaciones como aquella era la persona con más poder de los presentes. Lucía la despreciaba más que al resto de sus profesores precisamente por esto, y en lo profundo de su alma no encontraba hacia ella más que desdén. “Como si fueras la que peor lo está pasando aquí” pensó “si tanto te quieres ir podrías simple y llanamente dejar lo que queda para cualquier otro momento en que la gente esté más atenta, no es tan difícil.”

Sazonando su despecho, Adela prosiguió con la lección con toda la calma del mundo, y para cuando dio la clase por acabada sus compañeros tardaron apenas un segundo en embestir contra la puerta en un intento de salir los primeros, una estampida casi sacada de un documental de la selva.

-Madre mía, que desastre –suspiró Adela, más para sí que para ninguno

de los presentes.

¡Cuánto habría de molestarle la actitud de esa profesora! ¡Cuán fluctuante lucía toda esa autoridad, que poseía cuando le era útil y perdía a conveniencia! Hizo entonces un esfuerzo por atenuar las llamas que despertaba en ella y terminar de recoger cuanto antes.

-Tía, ¿hoy cómo vuelves a casa? –le preguntó Carmela.

-Déjalo, vete yendo –le dijo, revisando lo que tenía que llevarse de su pupitre- hoy no me esperes que voy a aprovechar para reorganizar esto.

-Se han ido la mitad de los del grupo de barrer. Chicas de verdad, ¿lo de vuestros compañeros os parece normal? –les preguntó Adela, sin ninguna consideración a la hora de interrumpirles, como era de esperar.

Un pesado silencio se instaló cuando Lucía y Carmela se dieron cuenta de que esperaba una respuesta. Ante la aparente incomodidad de Carmela, Lucía decidió hablar.

-Es lo que hay, supongo –dijo, su ánimo elevado retando el aura cansina que emanaba Adela.

-Quedaos vosotras a ayudar a barrer, anda –les pidió antes de que tuvieran la oportunidad de escapar.

Ahora, si bien la profesora ya había hecho a Lucía enfadar, esto la dejó al borde de la indignación absoluta.

-¿Cómo? ¿Y eso por qué? ¿Qué he hecho yo ahora?

-Chicas mirad, yo sé que queréis llegar ya a casa, pero tenéis que pensar en las limpiadoras también, por eso asignamos los grupos para barrer. Es solo por hoy, pensad en todo lo que tienen que hacer ellas a diario con todas las clases. Les hacéis un favor enorme y no os cuesta nada.

Ya bueno, pero ellas tenían un salario y a Lucía lo máximo que le iba a dar por quedarse era una palmadita en la espalda. Pero aquello no importaba, la verdad era que nunca tuvo elección y que quisiera o no se iba a quedar a barrer porque Adela iba a forzarla a pesar de que no les tocaba esa semana, y todo por no haber querido salir corriendo con los demás. Definitivamente, pensó mientras agarraba la escoba, odiaba este lugar.

-Muchas gracias chicas –les dijo, esbozando una de las sonrisas más débiles que Lucía había visto en su vida. No es que no le llegara a los ojos, pensó para sí, es que ni parecía haber iniciado el camino.

Una vez se hubo despedido, Adela se fue de la sala dejándolas solas. Lucía a punto estuvo de tirar la escoba e irse sin más, pero entonces alguien le empezó a hablar:

-A veces creo que a esa mujer nunca le enseñaron lo que es el café - Aquella era una voz familiar, pero no supo identificar dónde o cuándo la había oído antes.

Cuando se giró Lucía pudo ver dos ojos dorados como el sol de mediodía en una tarde de agosto. Por lo demás aquella chica parecía normal, tenía un pelo castaño de lo más corriente y no destacaba ni por alta ni por baja, pero era su postura y la viveza de su mirada lo que realmente le llamó la atención y supo que, si bien la habitación ahora estaba vacía, habría destacado de entre todos sus compañeros y habría llamado su atención más que ninguno. No, se corrigió, ya lo había hecho. No era la primera vez que la veía, pero sí que hablaba con ella, por eso su voz le era familiar: porque llevaba mucho tiempo observándola desde la distancia, admirándola en la lejanía, y sin embargo ahí estaba, por algún motivo había decidido acercarse a hablarle ahora.

-Sinceramente lo único que aprendí en la clase de hoy es que hay gente a la que le pagan por hacer el payaso.

Ante esto la chica abrió mucho los ojos con sorpresa y se echó a reír con tanta fuerza que se dobló sobre sí misma, y nada podría haberla complacido más. Repentinamente, se habían vuelto pequeñas maleantes y eran cómplices en ese delicioso crimen, ¡qué agradable fue sentirse entendida! Estaba tan acostumbrada a que la gente la desdeñase o se incomodara que llegó a dudar de la veracidad de ese momento, ¿estaba segura de que no era un sueño?

-A que sí, ¿eh? -le respondió-. No quiero pasarme de lista, pero apenas ha empezado el curso y esa mujer ya me cae bastante mal. No aguanto que intente que tengamos pena de ella.

-Mira, ¿tenemos que quedarnos aquí? -le preguntó Lucía, comprobando que efectivamente estaban solas en el aula-. Adela ya se ha ido y no creo que vuelva solo para ver si la clase quedó bien.

-De hecho, eso era lo que te venía a decir, durante vuestra charla con Adela Clara y yo prácticamente acabamos el trabajo.

Y Lucía comprobó que esto era cierto, la clase estaba prácticamente limpia y a esas alturas eran las únicas que quedaban ahí. Dado que no parecía haber ningún adulto cerca decidió darse un pequeño capricho y, arriesgándolo todo, sucumbió a su pequeña fantasía aun con testigos en la escena y lanzó la escoba contra la pared que tenía más cercana mientras exclamaba: "¡Que le den a esa Adela Suarez!". Y en la excitación del

momento y ante la idea de que jamás nadie más que ellas sabría lo que había ocurrido allí, ambas se rieron como compañeras en aquel crimen.

-Si cualquiera de nuestros compañeros nos viera se escandalizaría –dijo la chica.

-Puede ser –le respondió Lucía-. Sí, probablemente. Qué lástima que no sea el caso.

Al poco, sin embargo, recogió aquella pobre escoba que nada les había hecho del suelo y la colocó en su lugar. Aunque estúpido, ese pequeño acto de rebeldía acababa de refrescar su día y sentía ahora sus energías renovadas.

-Bueno, ¿vamos yendo? –preguntó Lucía, incapaz de tolerar la idea de que alguien las viera y arruinara el momento.

-Ah sí, es cierto. Como no tengo prisa, se me había pasado mirar la hora –respondió.

-Oye –le dijo Lucía. Ya habían cerrado la puerta y ahora atravesaban el pasillo en dirección a las escaleras-. Aún no me has dicho cómo te llamas.

Dirigió entonces sus grandes ojos mientras todo su cuerpo y atención se volvía y crecía en torno a ella como una enredadera y, en un instante que bien podía encerrar sobre sí una auténtica eternidad, le dijo:

-Yo soy Sara. –Sonrió. Un extraño pero agradable temor la inundó al ver una cierta malicia en su expresión- Y tú debes ser Lucía, ¿no?

-Sí.

Bueno, alguien parecía haber hecho los deberes. Lucía se sintió aliviada al ver que no era la única. Por un momento se planteó preguntarle cómo lo había sabido, pero decidió que dejar que permaneciera un secreto sería mejor. Entonces, sin nada más que añadir, comenzaron a bajar las escaleras.

Sara estaba tardando bastante más de lo habitual en salir ese día. Cansada de esperar, se reclinó contra la verja a la salida del colegio mientras veía los últimos grupos de alumnos marcharse, quedándose sola y sin saber muy bien qué hacer. Frente a ella se hallaban las calles cada vez más vacías y un gran anuncio de un restaurante de comida rápida, animándoles a visitarlo con todos sus amigos. “Déjalo estar” pensó una

parte de ella, "sabes bien que sitios así no son para tí."

Asfixiada por estos horribles pensamientos, comprobó que ya habían pasado veinte minutos desde el final de las clases y empezó a encontrarse mal. Casi sintió su estómago encogerse y tuvo que pelear para no caer al suelo y seguir de pie. ¿Por qué siempre reaccionaba de esa manera a cosas tan insignificantes? no lo sabía, pero no podía evitar preguntarse desesperada dónde podría estar Sara por estúpida que pudiera parecerle hasta a ella misma su propia inquietud. "Por favor, vuelve" se encontró deseando, "no me dejes atrás tan temprano."

Por suerte, justo en ese momento apareció Sara por la puerta y tan aliviada se sintió Tere que tuvo ganas de llorar. Venía con otra chica que no le era familiar. Cuando las vio, no esperó ni a que llegaran a su altura y se apresuró a recortar la distancia entre ellas, escapando tan rápido como pudo de aquel lugar.

-¡Sara! -la llamó- ¿Cómo es que has tardado tanto? Ha pasado mucho desde que terminaron las clases.

Sara pareció despistada por un segundo mientras abandonaba lo que quiera que le estuviera contando a su acompañante para volver la vista hacia Tere.

-Ah perdona -respondió distraída-. Me quedé hablando con Lucía.

Entonces le dedicó por primera vez a aquella chica su atención. Era bajita, pero eso no impedía que su figura fuera sorprendentemente imponente. El pelo apenas le llegaba a la altura de los hombros y relucía en tonos dorados tan profundos como la miel de primavera y sus ojos eran verdes como los primeros brotes después del largo invierno. Curiosamente, dulce como pueda sonar esta descripción en papel, su gesto era terriblemente amargo.

-Hola -le dijo, claramente en tensión.

-Ah, hola -respondió Tere intentando mantener la cortesía. El rostro de Lucía reflejaba un claro desagrado y algo en su expresión le dio un mal presentimiento- Bueno, ¿vamos yendo? -preguntó entonces. Tenía ganas de salir de ahí cuanto antes.

Cuando se despidieron de Lucía casi sintió escalofríos, pero una vez comenzó a hablar con Sara este nerviosismo se diluyó.

-¿Cómo es que siempre sales tan tarde? -le preguntó

Hoy había salido con aún más retraso de lo habitual. Durante aquellas dos semanas que habían pasado desde su primer encuentro Tere siempre

había recogido lo más rápido posible al terminar las clases para evitar hacerla esperar, con miedo de que llegase un día en que no la viera aparecer, que no mereciera la pena esperarla y se marchara sin ella. Ese miedo, sin embargo, había ido desapareciendo con el paso del tiempo al ver que no sólo raramente llegaba antes que ella sino que además solía demorarse bastante más que la mayoría en atravesar la puerta de salida.

-¡Ey! ni siquiera tardo tanto, el problema es que tú llegas muy pronto - respondió sonriendo-. Aunque en realidad muchas veces sí que me quedo con alguien o vienen a hablarme mientras recojo y acabo entretenida. ¿Qué se le va a hacer? parece que le gusta a la gente -terminó, encogiéndose de hombros.

Y era cierto, Sara de verdad le gustaba a la gente. Se llevaba bien con casi todos sus compañeros y había estado, según tenía entendido, la mayor parte de su vida en los Santos Campos. En momentos así, Tere no podía sino preguntarse qué exactamente podía haber visto en ella para habersele acercado a hablar de entre todos.

-Sí, no es que llegue tarde, es que eres tú la que llega pronto -continuó con convicción-. Fijo que eres el tipo de persona que siempre llega a la hora punta a todo.

-Bueno, si es un sitio que no conozco es probable que llegue antes para poder explorar la zona -respondió sin darle la menor importancia. Sara la miró con los ojos muy abiertos- ¿Qué? Así me da tiempo a explorar el lugar -terminó, encogiéndose de hombros mientras se reía.

-Eres... -empezó a decir, negando con la cabeza- eres un caso aparte. Quédate con nosotras en clase mientras recojo si tanto te estresa.

-¿Puedo?- preguntó sorprendida Tere.

-Si claro, el colegio es propiedad pública, ¿sabes? -le dijo- Bueno, no del todo, pero ya me entiendes.

¡Ay, qué feliz le hacía estar viviendo una situación como esa! poder al fin pasárselo bien con una amiga en paz y tranquilidad ¡qué buenas elecciones había tomado!, se decía mientras pensaba en lo a salvo que se sentía al estar cerca de Sara.

De la que sus risas se iban apagando y los árboles de la zona del parque dejaban paso de nuevo a los edificios de la ciudad, Sara le propuso:

-¿Qué te parece si nos apuntamos a baile? -Tere permaneció en silencio, muy sorprendida por lo que le acababa de oír, y tras unos segundos de silencio, Sara continuó -No es que sea una actividad que me encante, pero

creo que podría estar guay para conocer gente, ¿qué te parece?

Por algún motivo, se encontró a sí misma con dificultades para articular respuesta. Entonces, al fin pudo pronunciar otra vez palabras

-Claro. Me encantaría -terminó diciendo. Sara sonrió complacida por la respuesta-. La verdad es que quería apuntarme a baile y ya estaba pensando hacerlo por mi cuenta, pero si tuviera a alguien que me acompañase sería mucho mejor.

Y esto era cierto. Aunque le daba cierta pereza, había planeado hacer alguna extraescolar ahora que tenían más tiempo de tarde para poder conocer mejor a algunos de sus nuevos compañeros. No se le había pasado por la cabeza, sin embargo, que Sara se viera en una situación similar.

-¿Cómo es que quieres hacer eso? -le preguntó-. Es decir, ¿no conoces ya a la mayoría de la gente de aquí?

-Lo hago, pero al habernos cambiado de clase mis amigas de primaria ahora están en otra -le respondió-. Además, supongo que me apetece un cambio de aires.

Permanecieron en silencio mientras Tere la observaba, fascinada. No podía sino estar agradecida de que sus caminos de alguna manera se hubieran cruzado, disfrutaba enormemente de aquellas conversaciones que tenían a la salida del colegio así como de su presencia. Cuando pensaba en lo bajas que eran las posibilidades de que algo así pasara, que alguien tan agradable se interesase por ella y que además viviera tan cerca, se sentía increíblemente afortunada.

Continuaron así el camino a casa, envueltas por una apacible calma que trae consigo la cotidianidad mientras hablaban de trivialidades que por aquel entonces les eran de interés. En momentos como aquel, Tere se sentía inundada de un tipo extraño de felicidad. Pensar que estos viajes tan bellos le serían algún día familiares, aguardándole al salir del colegio en los próximos seis años le parecía un sueño febril, lo más maravilloso que pudiera tener y no se le ocurría mayor favor divino que hubiera podido pedir. Precisamente por esto no era del todo capaz de creerse que algo tan bueno le estuviera pasando sin más, pero decidió disfrutar el momento de todos modos y abrazar el brillante futuro que parecía extenderse ante ella, al menos, se dijo, hasta que llegara el momento de despertar.

Capítulo 3

III

¡Qué fenómeno tan extraño era el paso de los días en el colegio de los Santos Campos! La acera que una vez había estado cubierta por las hojas cobrizas del otoño se convirtió frente a sus ojos en un pantano mientras llegaban las lluvias y tormentas del invierno a Galpuria. Qué desconcertante era ver cómo tan sutilmente los charcos que saltaban los niños en el recreo pasaban a ser terrenos embarrados con la llegada de la cálida primavera, que curioso verles ahora molestos mientras los atravesaban por haberse manchado totalmente los zapatos nuevos, mientras el tiempo poco a poco los arrastraba consigo a todos hacia delante, llevando consigo hacia un nuevo verano a la ciudad entera.

Y los susurros que se oían por los pasillos, las risas fantasmagóricas de los alumnos que resonaban achicadas para que no se les oyera, ¡en qué forma más rotunda fueron silenciadas y apagadas cuando los primeros exámenes llegaron! ¡cómo callaron! ¡Cómo, a lo lejos, casi se podía oír a alguien llorando! Que belleza exhibía sin embargo la naturaleza humana cuando, a pesar de todo esto, volvió la alegría a florecer en las clases aun si todos sabían que pronto volvería a ser acallada.

Qué fascinante era ver cómo la vida iba y venía a las aulas de los Santos Campos cada mañana, como rechinaban las sillas y se cubrían de papeles los suelos, la forma en que poco a poco todas aquellas criaturas dejaban su huella en aquel lugar, unas más notables y otras menos, algunas temporales y otras permanentes, para que luego una vez se hubieran ido y comenzara a ponerse el sol en la tarde fueran eliminadas como si el día nunca hubiera pasado cuando los encargados de la limpieza hacían su trabajo para devolver todo a su estado natural y los alumnos no se quejaban cuando llegaran la próxima mañana y el ciclo se repitiera y perpetuara, una y otra y otra vez en una sucesión que parecía no tener fin donde cada día los niños reiteraban que ahí estaban, que eran, que vivían, que existían.

Con sus fuerzas ya casi agotadas, el viento se llevó aquel día los últimos fragmentos del invierno que aún trataban de aferrarse a las recónditas esquinas de la ciudad, haciendo que ahora fuera para cualquiera en Galpuria imposible determinar que este había sido algo más significativo que un sueño perdido en sus recuerdos.

Lucía estaba apreciando todos estos detalles cuando se dio cuenta de que pronto empezaría mayo. ¡Mayo! ¿Cómo era posible que ese mes estuviera ya a la vuelta de la esquina si sentía como si apenas hubiera empezado abril? Y sin embargo ahí las saludaba, pacientemente aguardándolas mientras seguían abriéndose camino en aquella ruta sin posible pausa ni descanso, consciente de que su encuentro llegaría pronto y de forma inevitable.

-Eh, Lucía –se le acercó Alba, casi inmediatamente después de que sonara la sirena del recreo–. ¿Podemos hablar un momento? –formuló la pregunta en un tono más bajo tal que nadie más pudiera oirla.

Suspiró y tras un breve momento de vacilación se dejó llevar hasta una esquina prácticamente vacía. Realmente no tenía tiempo para esto, no aquel día, así que una vez allí fue directa al grano:

-¿Qué quieres Alba? Hoy no estoy de humor para tonterías.

-Escucha, tenemos que hablar del grupo –le dijo, sonando sorprendentemente seria para ser ella-. Hay que encontrar alguna manera de echar a Olivia y a Teresa.

Así que era eso. Desde aquel día de septiembre en que por primera vez se quedó tarde hablando con Sara, habían empezado a hacerlo más y más a menudo hasta que se había vuelto un hábito diario. Eventualmente, sus amigas lo habían notado y habían empezado a unirse, siendo así que las amigas de Sara tampoco se quedaron atrás, de ahí que tuviera que aguantar a Tere y Clara junto con otras a la salida del colegio todos los días. De alguna forma, sin embargo, Sara parecía apreciarlas así que tampoco había opuesto demasiada resistencia a que estuviera con ellas. Clara muchas veces estaba ausente y Tere solía permanecer callada. Casi no había interactuado con ella en todo aquel tiempo, pero cada vez que lo hacía, aunque solo fuera para saludarla, Lucía no podía sino sentir un extraño rechazo al cual no sabía nombrar brotar dentro de sí.

El desprecio que tenía por esta, sin embargo, no era nada al lado del que sentía por Olivia. Mientras que Tere le daba realmente pocos motivos para ganarse su despecho no se podía decir lo mismo de la segunda: desde que la habían sentado a su lado a principios de curso, no la había dejado prácticamente en paz. Olivia hablaba. Todo el rato. Y no decía más que tonterías. Lucía no podía soportarlo, no podía aguantar lo infantil que podía ser esa cría y que aun a pesar de lo poco o nada que parecía saber del mundo los adultos a su alrededor se atrevieran a ponérsela cómo ejemplo a seguir.

Este oscuro sentimiento resultó ser compartido por Alba, y desde el día en que esta le confesó su desagrado por ellas Lucía puso también fin a su silencio con respecto a ambas, al menos frente a Alba. Tras hablar de todo

lo que no les complacía de las dos y de lo mejor que estarían sin ellas habían llegado a la conclusión de que de alguna manera tenían que librarse de ambas.

-Vale, sabes que te apoyo, ¿pero a qué viene esto ahora? –preguntó-. ¿Qué piensas hacer?

-¡No lo entiendes, ese es el problema! ¡Tenemos que sacarlas ahora! - exclamó-. En nada va a ser el viaje de fin de año y me niego a tenerlas pegadas todo el día y que me lo arruinen. Al menos a Olivia por favor, si no pueden ser las dos al menos liberémonos de una –terminó.

-De nuevo, muy buena idea y todo eso, ¿pero cómo piensas hacerlo?

Antes de que Alba pudiera responder oyeron a Sara llamarlas desde la puerta y se dieron cuenta de que eran casi las últimas que quedaban en el aula y comprendió lo llamativas que debían resultar. Cuando le mencionó esto a Alba estuvieron de acuerdo en que el tiempo para hablar del tema se había acabado. Entonces, justo antes de que se unieran al resto del grupo, Alba le dijo en voz baja a Lucía:

-Escucha, hacemos hoy los grupos de habitaciones y hablamos de con quien ir en el bus. Son de dos en dos y como Tere va a estar ocupada este recreo deberíamos ser impares. Así nos aseguramos de que no tiene excusa para andar encima nuestro –dicho esto, se alejó un poco de ella y dirigió su atención a quienes tenía delante.

-¡Sara! –exclamó, de vuelta a su actitud habitual.

Que diligente podía ser Alba para lo que le interesaba, pensó entonces Lucía.

Lo primero que Tere vio aquel día al asomarse a la clase de sus amigas a la salida del colegio fue un libro de texto surcando el horizonte, un portero que le impedía entrar en el aula hasta que golpeó la pared y cayó, exhalando su último aliento. Una vez pudo pasar, vio al otro lado a Lucía y Sara, la primera mirando complacida la escena y la segunda con otro libro en la mano, haciendo impulso para tirarlo y repetir lo que acababa de presenciar.

-¿Pero qué os han hecho esos libros? -preguntó desolada ante la perspectiva de tener que ver una escena así otra vez.

La mirada asesina que le lanzó Lucía fue de tanta intensidad que Tere retrocedió y tembló. Había llegado a pensar que quizás se había abierto la tierra bajo ella, pero cuando miró al suelo comprobó que sus dos pies

seguían apoyados y que el edificio no había colapsado, al menos aún.

-Dan asco –se limitó a responder vagamente Sara.

Tere permaneció en silencio mientras Sara observaba complacida las hojas dobladas y torcidas del libro de ciencias. Parecía una rosa de papel que había perecido antes de llegar a florecer y se sintió compelida a recogerlo del suelo en que yacía, aún si las expresiones de sus compañeras parecían desear lo contrario.

-¿No lo vais a recoger? -preguntó.

-Nah, que se quede ahí. No tenemos deberes hoy así que no tengo que llevarlo de todos modos.

Y sin embargo, la visión de aquel libro plegado la impactaba de tal manera que no tuvo más remedio que ponerle fin aun a pesar de lo que Sara le había dicho. Cuando regresó y se lo devolvió Sara pareció algo sorprendida, pero le daba las gracias y lo guardó en el pupitre. Lucía por su parte puso los ojos en blanco pero no dijo nada, y esto Tere lo consideró un triunfo suficiente como para respirar aliviada. Iban a comenzar el camino escaleras abajo cuando Lucía se paró en seco.

-Mirad -las detuvo, señalando algo en la distancia. Cuando se giró, Tere vio que era una puerta en un rincón oscuro del pasillo.

De lejos, no parecía nada realmente especial, pero cuando se acercaron pudieron comprobar que, de hecho, era más vieja que las del resto del edificio, o al menos que las del resto del pasillo, lo cual no hizo sino intrigarlas aún más. Después de intercambiar un par de miradas, Lucía se giró hacia Sara y le preguntó:

-¿Qué se supone que hay ahí detrás? No recuerdo haber visto esa puerta abierta nunca en mi tiempo aquí.

Después de un breve momento pensándolo, Sara dijo:

-No lo sé, pero ahora que lo dices, aunque llevo en este colegio desde pequeña yo tampoco sé qué aula tienen ahí escondida.

Centelleó de forma rápida y violenta una sonrisa taimada en el rostro de Lucía, tan veloz como la idea que se le había pasado por la cabeza y en una voz más baja les dijo:

-¿Entramos?

No esperó respuesta, estaba ya enroscando su mano en torno al pomo como la serpiente se enroscó sobre la manzana cuando Tere la

interrumpió.

-¡No! -Y ella misma casi dio un salto del susto que le causó la intensidad con que lo que había dicho. Como si pudiera contener esas palabras que no había sido consciente siquiera de haber pronunciado, se llevó las manos a la boca, pero era demasiado tarde y las expresiones de confusión en el rostro de Sara y Lucía le confirmaron que ya no podía retirarlas- Es solo que parece una mala idea. Podríamos meternos en problemas -se intentó explicar.

-Tranquilízate tía -le dijo Sara, mientras dejaba escapar un suspiro-. Relájate, esto es un colegio, no va a pasar nada. Pero por favor, no vuelvas a gritar o acabarás por llamar la atención de algún profesor.

-Olvidadlo -intervino Lucía. Había dejado atrás cualquier apariencia de sutilidad y sacudía violentamente la puerta sin lograr resultados-. Está cerrada con llave.

Caló el silencio entre ellas mientras procesaban esta información, iqué rápido se diluyó toda la emoción que habían experimentado apenas un minuto atrás!

-De todos modos, deberíamos ir ya a comer y darnos prisa, hoy tenemos baile -dijo Sara al fin.

-Es verdad -respondió Tere, y aunque renuente, comenzó a girarse hacia las escaleras.

Lucía solo se encogió de hombros y se limitó a suspirar mientras las seguía hacia la salida.

Aquel día durante la comida estuvieron hablando de una serie que Sara estaba siguiendo con su familia cada noche y de un acertijo que al parecer alguien le había contado. "Venga, ¡tienes que intentar adivinarlo!" exclamaba, casi relamiéndose ante la idea de que Tere le suplicara, pero ella no iba a rendirse tan fácilmente y hacía frente a las circunstancias traduciendo su curiosidad en aparente indiferencia. "No me interesa" le respondía, cuando todo lo que quería decir era "la curiosidad me está matando por favor dímelo ya". Cada vez que creía no poder aguantar más, su energía era restaurada por la cada vez más profunda desesperación de Sara.

Terminaron así de comer y se reunieron con las otras mientras esperaban a que empezara baile. Al entrar en la sala fueron bienvenidas por la imagen de Alba y Carmela sentadas sobre una pila de colchonetas, una derramada como si se hubiera quedado sin energías, la otra encorvada y

con expresión ausente. Cerca estaba también Olivia, haciendo acrobacias frente a ellas aun si ninguna parecía prestarle atención.

Olivia era otra de las chicas que habían conocido en la extraescolar, aunque a diferencia de Alba y Carmela, que se habían vuelto más cercanas a Sara a través de su amistad con Lucía, ella no parecía tener relación previa con ninguna del grupo sino que simplemente se les había unido hablando un poco cada día. Era quizás por eso que Tere le tenía una simpatía especial al no tener tampoco un pasado común con las demás.

En aquel momento parecían estar discutiendo: Alba se negaba a volver a ver las volteretas de Olivia alegando que no las estaba haciendo bien, que apoyaba la mano demasiado pronto y por tanto no eran válidas.

-Pero es que no puedo hacerlo de otra manera, isi no voy a perder el equilibrio y me voy a caer! -exclamaba la aludida en respuesta.

Alba se estiró perezosa como un felino y despertó de su estado relajado para decirle, ahora con energía y llena de condescendencia:

-Pues entonces claramente no sabes hacerla.

Fue aquí que Carmela notó que habían llegado, y si bien hasta aquel momento se había mantenido ajena a todo su entorno, recobró en un instante la vida y se apresuró hacía ellas.

-iSara! ¿Qué tal? -las saludó.

-iSara! -repitió Alba.

Aunque no era la primera vez que pasaba, nunca dejaría de llamarle la atención a Tere aquella habilidad de su amiga: era entrar en una sala y todas las miradas y atenciones pasaban a ser orientadas hacia ella, y ella por su parte no decepcionaba. Independientemente del contexto siempre parecía saber qué decir para impresionar a la gente o hacerla reír, y esto era algo que Tere no podía sino admirar profundamente desde la lejanía, por supuesto. No creía que nunca pudiera entender su magia o saber replicarla, pero le bastaba tenerla cerca para no necesitar nada más.

Era esto lo que estaba pensando cuando notó a Olivia a su lado. Le estaba dando pequeños tirones a su brazo y cuando Tere se dejó llevar la alejó del grupo lo suficiente para que ninguna pudiera oirlas.

-Oye Tere, quería pedirte una cosa -le dijo. Estaba un poco encogida y parecía tener miedo de algo, pero cuando Tere la alentó a continuar lo hizo sin vacilación-. Verás... ¿Podrías ir conmigo en el bus para el viaje de

fin de año?

Bueno, esto no era exactamente lo que esperaba oír, no al menos de haber buscado discreción y seriedad. Ya casi se había olvidado de que se suponía que debía encontrar a alguien con quien sentarse en el viaje. Jamás había entendido el énfasis que algunos ponían en nimiedades como aquella, pero supuso que parte del motivo quizás era que no había nadie en especial con quien quisiera ir en primer lugar. A fin de cuentas, tendría algún libro con ella, por lo que estrictamente hablando no necesitaba ningún acompañante más.

Aun con todo, era agradable saber que alguien pensaba en ella y sabía que existía, así que asintió sin ningún reparo.

-Ah, y ya de paso, ¿te parece bien si te quedas conmigo en la habitación?
-Olivia hizo una pausa y miró en derredor. Luego, se giró hacia ella y bajando el tono de voz le dijo- Alba sacó el tema hoy en el recreo así que todas las demás ya tienen pareja.

Algo en el secretismo de la escena hubo de darle un mal presentimiento a Tere, así que cruzó los brazos para tratar de infundirse seguridad tanto a sí misma como a su voz y dijo:

-Está bien -y entonces la miró directamente a los ojos-. Pues que ellas estén juntas, nosotras lo estaremos también.

Y estas palabras complacieron mucho a Olivia, ya que su rostro se iluminó mientras asentía. Poco después llegó la hora punta y cualquier otra posible discusión quedó atrás de la que las niñas brincaban de un lado a otro en la clase de baile, elevándose en pequeños saltos hacia el cielo mientras dejaban esas preocupaciones ancladas a la tierra tras ellas.

Capítulo 4

IV

Finalmente llegó la madrugada del esperado viaje y pronto Sara se encontró frente al colegio, maleta en mano buscando a Lucía con la mirada para subirse al bus y completaron el trayecto sin incidentes.

Sara estuvo todo el tiempo hablando con Lucía y cuanto más lo hacía más cercana a ella se sentía. Recordaba haberse visto intimidada por su imponente presencia tiempo atrás, haber querido dar el paso y hablar por primera vez con ella pero haber tenido miedo, ¡qué risa le ocasionaba ahora esta idea! Desde aquel día que por fin decidió acercarse no había sino encontrado gozo en tener al fin alguien en quien apoyarse y a quien poder confiar incluso sus antojos más enrevesados. Allí, sentadas una junto a la otra y escuchando la misma música por unos auriculares que compartían, se sintió más conectada con ella que con nadie nunca.

Fue por eso que no oyó los tonos más elevados de lo habitual en que derivó una conversación que Olivia y Alba estaban teniendo al bajar del bus. O quizás simple y llanamente no los quiso escuchar para no arruinar el momento. Sea como fuere, su decisión final fue la de tomar la mano de Lucía y dejarse guiar hacia su habitación por ella en vez de comprobar que todo les iba bien a esas dos, de tal forma que el movimiento de los engranajes de su plan no llegó a peligrar.

-¡Al fin lo encontré! –exclamó Tere, mientras alzaba en el aire el ladrón que tan escondido había estado en la maleta.

Lo colocaron en el único enchufe de la habitación y como hienas sobre su presa saltaron a conectar sus teléfonos móviles para que se cargaran cuanto antes.

-Por cierto, gracias por lo de antes –le dijo Olivia-. Por defenderme en aquella pelea con Alba.

-Ah, no es nada.

Y no lo era. En verdad, había hecho poco en aquella discusión más que quedarse callada en una esquina y ofrecer apoyo ocasional en una voz que creía inaudible. Apreciaba su agradecimiento, pero realmente no creía que

lo mereciera. Aún así, decidió guardarse esto último para sí.

-No sé qué le pasa últimamente -dijo Olivia en un intento de llenar el silencio-. De verdad que creo que está más irritable que de costumbre, es como si saltara por nada -buscó a Tere con la mirada con ganas de tener su aprobación, pero esta no sabía qué decir o cómo debería responder, así que, de la forma más disimulada que pudo, la esquivó-. Es que encima no sé ni qué estoy haciendo mal, de verdad que estoy intentando que nos llevemos bien -continuó, con una clara tristeza en su voz.

-A lo mejor es solo una sensación tuya -le respondió. En realidad ella estaba de acuerdo en que Alba estaba siendo muy injusta, pero por algún motivo aceptar esa idea la incomodaba de tal manera que acabó rechazándola casi sin pensarlo-. No creo que sea nada serio o para preocuparse, seguro que pronto se le pasará -como si sus palabras fueran dirigidas más hacia sí misma que a Olivia, se sintió por acto reflejo más calmada tras decir esto-. Sí, estoy segura de que lo dejará estar. Concentrémonos en pasarlo bien todas juntas en este viaje -terminó, ahora sonriendo y más animada.

Pronto, Olivia se contagió de su optimismo y se encontró reflejando su misma sonrisa.

-Tienes razón -le dijo-. Además, aun si Alba está un poco molesta aun te tengo a tí.

Hubo de sorprender a Tere esta fuerte muestra de afecto, pues aunque se llevaban bien hasta hacía poco no habían pasado tanto tiempo juntas. Afloró en ella una oscura emoción como respuesta que no fue del todo capaz de nombrar y que, contra sus mejores deseos, la hizo retroceder.

-¿Bajamos con los demás? -le preguntó Olivia ajena a este cambio en el ambiente.

-Vete yendo tú, yo estoy algo cansada -se excusó. En aquel momento y después del largo viaje se sentía demasiado cansada para hacer nada.

-Pues yo también me quedo -respondió Olivia.

Tere la miró sorprendida y esta vez ya algo más contrariada. Por supuesto que apreciaba el entusiasmo que Olivia mostraba frente a la idea de estar en su presencia, pero no podía sino preguntarse si llevado a este extremo seguía siendo bueno. Además, le frustraba que no hubiera sido capaz de leer entre líneas y captar que lo que realmente quería en ese momento estar un rato a solas.

A pesar de todo no dijo nada y solo asintió. Consideró más conveniente

evitar el tema por ahora y tratar de sacar lo mejor de su situación actual.

Las horas siguientes pasaron tranquilas y agradables, las dos en esa habitación hasta que eventualmente Tere decidió irse a dormir algo más temprano de lo habitual. Incluso cuando ahí le ofreció a Olivia ir con las otras abajo, esta lo rechazó de nuevo y prefirió ir a dormir con ella, lo cual esta vez ya más calmada no enojó a Tere tanto, sino que lo que le causó fue, por algún motivo, preocupación.

Se acercaban ya las doce de la noche pero Lucía no podía tener menos sueño. En verdad tampoco era nada sorprendente, solía dormirse muy tarde los días de clase, por lo que cuando los profesores anunciaron que tendrían que irse a dormir dentro de poco, para ella la diversión acababa de empezar.

“Bueno” se dijo “pueden forzarme a ir a la cama, pero no a dormir”. Era la primera vez que podía pasar tanto tiempo con Sara y no estaba dispuesta a perder esta oportunidad. O bueno, al menos eso pretendía y probablemente lo hubiera hecho si no fuera porque Sara parecía pensar otra cosa.

-Tía -le dijo, sus ojos entrecerrados mientras trataba de disimular un bostezo-. ¿Subimos ya?

A pesar de sus deseos de quedarse, no fue capaz de encontrar una excusa y por tanto cedió. Se estaban dirigiendo ya a la habitación cuando Alba apareció corriendo hacia ellas, exclamando:

-¡Eh tías, que las mayores van a plancharle el pelo a Adrián, tenéis que venir a ver esto!

Y Lucía entonces se consideró la persona más afortunada del mundo porque aquello era todo lo que hubiera podido desear. Miró más allá y, efectivamente, todos sus compañeros habían formado un corrillo en cuyo centro se encontraba Adrián sentado junto a unas chicas que debían estar en bachiller y que, en un esfuerzo colectivo, intentaban lograr que sus rebeldes y característicos rizos azabache fueran doblegados aun si solo para satisfacer la curiosidad de todos los presentes. A su alrededor todos los niños se reían ante lo extraña que en conjunto resultaba la idea, pero mientras unos sacaban el móvil para hacer fotos él sonreía, saboreando cada gota de atención que recibía.

Lucía agarró instintivamente a Sara de la muñeca y se precipitó sin pensarlo dos veces hacia el espectáculo, tan impaciente y súbitamente

ilusionada que, sin darse cuenta, ambas acabaron en primera fila.

Observó tratando de grabar en su memoria lo más detalladamente posible cada segundo, aun si solo para poder revivir este momento una y otra vez en el futuro cuando no tuviera que mantener el decoro, cuando no tuviera que arriesgarse a que nadie la descubriera. Y sin embargo en aquel momento se permitió admirarle, ¡no podía evitarlo! ¡cuánto le había observado en secreto a lo largo de aquel año! Pero esto, era consciente Lucía, no podía saberse: todo esto nadie debía verlo, pues bien sabía ella que en estos temas bastaba que se enterara una sola persona para que pronto fuera consciente la clase entera eso si que no quería ella que sucediera.

Con esto en mente, decidió aprovechar las circunstancias y dejó ir las estrictas medidas autoimpuestas. Para su desgracia debió exponerse más de lo que había anticipado, pues si bien la mayoría de la gente a su alrededor estaba demasiado ocupada animando la escena, Sara parecía tener otras prioridades. Cuando volvió la realidad se la encontró mirándola muy fijamente con una ceja alzada en un gesto inquisitivo. Claro que Lucía no tenía, o al menos no podía darle una respuesta, así que todas estas veces que la pillaba no podía sino apartar la mirada deseando que no la hubiera visto sonreír.

A medida que se acercaba el final del espectáculo le iba quedando a Sara más y más claro lo que estaba pasando, a la vez que a Lucía le costaba más reprimir su felicidad. Llegó hasta a negar sutilmente con la cabeza, aunque su rostro pareciera decir lo contrario y, aun a pesar de no haber mediado ninguna palabra, Sara abrió mucho los ojos y Lucía supo que lo comprendió todo sin necesidad de hablar y que no podría hacer nada para tratar de ocultarlo, pues la verdad le era clara y no había vuelta atrás.

Acabaron finalmente de plancharle el pelo y Lucía se sintió decepcionada de que hubieran terminado tan pronto mientras la magia del momento se iba disolviendo poco a poco. En cuanto Sara amagó acercarse para hablar del tema ella se levantó rápido y se dirigió hacia Alba y Carmela para tratar de postergar la inevitable conversación, pero cuando pasó más tiempo de lo que había previsto sin que Sara se les uniera se giró confusa para ver qué pasaba y comprobó que Clara la tenía entretenida. Se sintió frustrada por un segundo pero el alivio la inundó cuando, ¿podía ser verdad? A pesar de los esfuerzos de Clara, estaba claro que ella desde la distancia era el verdadero centro de atención de Sara y cada poco estaba lanzándole miradas, "de mi no te libras", parecía querer decirle, y nada podría haberla emocionado más. Pero no, se recordó, esto era algo serio, estaría en problemas si alguien llegaba a saber su secreto, y sin embargo, cada vez que sus miradas se encontraban, ¡no podía sino arder en deseos de confesar! Deseaba llevarla lejos y responder a todas sus preguntas... ¡Ay, qué difícil le era mantener aquella charla trivial! Bien quiso poder arrojar lejos a Alba y Carmela y hablar con Sara ya, pero logró reprimirse

el tiempo suficiente.

Eventualmente los profesores les mandaron ir a la cama, y cuando pararon en la habitación para coger los cepillos de dientes antes de irse a dormir, Sara cerró la puerta tras de sí una vez estuvieron las dos dentro y se apoyó contra ella, para asegurarse de que ya no pudiera escapar.

-Tía -le dijo, y eso junto con la mirada tan significativa que le lanzó estuvo cargado de implicaciones.

Lucía se sintió increíblemente nerviosa y supo que se había sonrojado, así que para escudar sus emociones desvió la mirada mientras negaba de nuevo en un pobre intento de disimular cómo se sentía.

-No me lo puedo creer -continuó diciendo, cada vez con los ojos más abiertos. Miró en derredor, como para confirmar que nadie las escuchara a pesar de que estaban solas y entonces continuó- Me estás diciendo que te gusta...

Y dejó la frase inconclusa. Era algo entre una pregunta y una afirmación, pero claramente la primera parte solo estaba ahí por cortesía pues a esas alturas era más que evidente que en efecto ese era el caso, y aunque podía haber seguido negando no lo hizo, ya no tenía sentido. Además, admitió al fin para sí, se estaba muriendo por decírselo a Sara. Había querido contárselo todo ese tiempo, comprendió, pero no había sido capaz ni de hacerlo ni de admitir frente a sí misma este deseo. De esta forma su orgullo la había forzado a limitarse a darle a Sara pistas con la esperanza de que lo viera, y a ella, siendo tan observadora como era, no se le habían escapado. Respiró en paz ahora, sintiendo un poco menos de peso sobre sí, pero no se permitió seguir entrando en detalles, no en aquel momento, y le dijo:

-Tenemos que lavarnos los dientes. En serio, debemos dormir pronto y les veo capaces de mandarnos a la cama con los dientes sucios si no los lavamos enseguida.

Y Sara siendo consciente de que tenía razón en esto, cedió a regañadientes. en los lavabos había más compañeras de otras habitaciones, así que no pudieron hablar del tema hasta que estuvieron de vuelta en la habitación. Allí Lucía ya no tuvo escapatoria: poco antes de que apagarán la luz Sara volcó sobre ella todo su entusiasmo y su atención.

-¡Cuéntamelo todo! -exclamó.

Esto fue lo que necesitaba oír, la señal de confirmación que Lucía necesitaba para que todas sus emociones de los meses anteriores se derramasen sobre Sara: en la oscuridad de la noche y entre susurros le

explicó todo, cómo se habían conocido, cómo se habían estado hablando más y más aquellos días, cómo volvían casi siempre juntos a casa al menos parte del camino y aquí bajó el volumen de las risas porque la profesora les picó a la puerta, chicas a dormir, desde el otro lado les decía, que mañana vamos a caminar mucho, tenéis que estar descansadas, seguía. Pero a ellas eso no podría importarles menos, ambas estaban demasiado emocionadas, una contándolo todo, otra escuchándolo todo. Hablaron así hasta que no pudieron más y quedaron dormidas bien pasada la hora en que debían haber ido a la cama, aunque si hubiera sido por ellas se habrían quedado despiertas más, muchísimo más.

El resto del viaje fue igual que el primer día y transcurrió sin mayores incidentes, Sara y Lucía siempre juntas, ambas luciendo cansadas ya desde la mañana pero cobrando vida cuando caía la noche, Olivia sin separarse de Tere y Alba siempre detrás para molestarlas nada más tuviera ocasión. Carmela estaba presente, si bien junto a ellas parecía que en realidad se encontraba en un lugar muy lejano y Clara trataba simplemente que Sara no la dejara atrás. Pronto, casi en tan solo un parpadeo, las niñas se encontraron en la última cena.

-Bueno chicas, llegó la hora -dijo Lucía, comenzando en su rostro a brotar una sonrisa llena de picardía- ¿qué os apetece hacer esta noche?

-¿A qué te refieres? -preguntó Tere- Vamos a dormir, ¿no?

Ay, aquí tuvo que hacer un auténtico esfuerzo para aguantar la risa, icuán inocente podía ser aquella chica a veces! Debía admitir que algo en sus ojos tan abiertos y llenos de curiosidad casi le hubo de inspirar ternura, pero no, Teresa iba a necesitar mucho más que eso para ganarse siquiera una pizca de su simpatía.

-No seas tonta -le dijo- es la última noche, es decir el momento de liarla sin que puedan castigarnos durante el viaje porque está a punto de acabarse. Es una tradición milenaria según la cual es el deber de los estudiantes armar una gorda ahora o nunca.

-¡Sí, hay que hacer algo! -Se apresuró a respaldarla Alba.

-¡De eso ni hablar! -exclamó Olivia- Yo no pienso meterme en ningún lío tan cerca de fin de curso, me voy a la cama nada más terminar y Tere vendrá conmigo también, ¿a que sí? -preguntó mientras se giraba hacia ella.

-Emmm -murmuró la aludida mirando a otro lado.

-Nadie ha pedido tu opinión -soltó Lucía casi sin pensar-. Si no quieres venir, entonces al menos déjanos estar a nuestro aire.

-Yo me apunto -interrumpió Sara.

-Pero qué desastre -suspiró Clara. Hasta donde Lucía sabía esa había sido la mejor amiga de Sara hasta hacía poco, aunque desde que habían formado este nuevo grupo casi no se veían.

-Está bien, entonces yo voy -dijo Tere para sorpresa de todos.

Y si bien esto fue increíblemente inesperado la determinación en su tono fue suficiente para que Sara y Olivia la tomaran en serio, eso sí, cada una reaccionando de forma opuesta, tal que mientras que Sara exclamó un orgulloso "¡vámonos!" Olivia no pudo sino mirarla con horror ante aquella inesperada traición. Lucía, por su parte, simplemente no se creía que Tere fuera a hacerlo, pero discutirlo no tenía ningún sentido. Ella misma se pondría en evidencia cuando no apareciera en unas horas. De esta forma permaneció impasible frente al anuncio, porque a Lucía no se la engaña tan fácilmente.

-A ver, ¿qué tenéis planeado hacer exactamente? -preguntó entonces Sara.

-Ah, eso es lo de menos -le respondió, la malicia aflorando en su voz -es la emoción del momento lo que importa.

Clara no estaba en absoluto contenta con la idea.

A pesar de su inicial renuencia, tras hablarlo un rato con Sara terminó cediendo y decidió que se les uniría a pesar de todo. Acordaron pues que irían a sus habitaciones y saldrían una vez las profesoras hubieran pasado a comprobar que estaban en sus dormitorios. Tras eso, se quedarían en una habitación pequeña de la planta baja donde sería menos probable que las oyeran.

Aunque había estado realmente tentada de simplemente dormir con su compañera de habitación, para su disgusto aquí se encontraba siguiendo el plan de Lucía. "¿Pero por qué vas a hacer eso?" le había dicho Carmen desde la litera de arriba "Va, ¿no te apetece quedarte y charlar un rato?" Y se había sorprendido pensando que sí, que realmente lo prefería. Quería quedarse aun si casi no la conocía frente a hacer estas tonterías, pero cuando pensó en su relación con Sara en el último año, en cómo ni siquiera eran ya compañeras de habitación en las excursiones comprendió

que tenía que ir si no quería perderla para siempre.

La verdad era que Sara siempre había ido de por libre. Se conocían desde la guardería y, a pesar de haber sido casi desde entonces mejores amigas oficiales no había habido un momento en que realmente hubiera sentido que comprendía cómo funcionaba su mente. Con frecuencia se había descubierto deseando entrar en su cabeza y ser capaz de ver el mundo por sus ojos, pero al igual que un cervatillo, cada vez que creía tenerla entre sus manos, cuando se estiraba para tocarla se alejaba de forma inevitable de nuevo, manteniendo siempre entre ellas ese muro invisible, esa distancia prudencial.

Esto jamás le había importado realmente, quizás e incluso aunque en algunas ocasiones le había molestado, era hasta parte de su atractivo. Pero al final del día para ella era irrelevante porque, a pesar de todo, siempre volvía a su lado. Era libre de explorar el mundo a sus anchas y de pasar fuera cuantos días quisiera pero eventualmente Sara siempre regresaba, siempre, esto era, hasta aquel momento.

Cuando se paraba a pensarlo no era capaz de decir muy bien por qué, solo sabía que si bien otros años Sara se podía alejar en ciertos momentos, aquel curso había sentido que cada vez estaba más alejada de su alcance, Clara se iba quedando más y más atrás en una carrera invisible, un globo que se eleva más y más alto hasta que es imposible alcanzarlo en su ascenso al cielo y ella quedaba encadenada en la tierra, condenada a no poder hacer nada más que verlo alejarse. Por más que intentara saltar, por más que intentara atraparla no podía sino sentir que ni se le acercaba. A veces se preguntaba si vivían siquiera en el mismo mundo o si quizás Sara en verdad estaba en una dimensión paralela.

Ahora, Clara no iba a culpar a nadie de esto, por supuesto, pero cuando al esperar a Sara se daba media vuelta y la veía pululando en torno a Lucía o riéndose con Tere llena de fascinación no podía sino preguntarse, ¿Qué tenían aquellas chicas que ella no? ¿Qué las volvía tan interesantes e intrigantes como para que se olvidara de ella sin más? No importaba cuánto se esforzara, y ciertamente lo estaba haciendo, no era capaz de sacar las mismas reacciones que esas dos parecían despertar en ella. De esta forma, cuando las veía no podía sino pensar que las cosas estaban mejor antes de que se les unieran, que la vida era mucho más sencilla cuando solo se necesitaban la una a la otra.

Estos pensamientos la acechaban sin darle tregua y la perseguían como espectros en la oscuridad de la noche mientras se hacía camino a través de las sombras de aquel tan silencioso pasillo.

De repente y dándole vueltas aún al asunto, se dió cuenta de que no había nadie cerca que pudiera verla. Entonces, sintió ese resentimiento que le provocaba el distanciamiento de Sara deformarse como la arcilla y

convertirse con pasmosa facilidad en una enorme masa de miseria que casi la forzó a caer al suelo y hubo de causarle unas enormes ganas de llorar. Deseó llena de penuria que este año no hubiera pasado, que pudiera borrarlo y pretender que nada había cambiado. Recordó algo que le había oído a algún adulto, no recordaba a quién: "todo en esta vida tiene un inicio y un final", y aunque aún no había entendido del todo lo que aquellas palabras querían decir, las repitió para sí con convicción y amargura.

Volvió a plantearse lo que estaba haciendo mientras trataba de sofocar esa enorme angustia y se planteó seriamente marchar, pero no, no aflojó la presión que hacía para contener las lágrimas y espero para calmarse antes de entrar, consciente de que de alguna manera, había completado el camino y se hallaba delante de la puerta.

Respiró hondo mientras escuchaba. Podía oír ya sus voces al otro lado, subiendo y bajando como una montaña rusa, de repente un susurro, luego todas a la vez se unían, un murmullo bajo pero claramente audible en el silencio de la noche y finalmente el clímax: todas hablando a la par tratando de hacerse oír unas sobre otras hasta que se volvían conscientes del escándalo que estaban armando y callaban. Así el ciclo volvía a empezar y se repetía una y otra vez.

No tuvo que preguntárselo, tenía claro que no quería estar ahí, pero lo haría igualmente. Lo haría porque no quería que Sara se siguiera alejando, aún si parecía hablar un idioma que ella ni comenzaba a entender, la seguiría a ese mundo privado suyo, se dijo de la que entraba en la sala, podría tener al fin el privilegio de descubrir lo que escondía en su corazón, ilo que se había preguntado durante años! Sí, se convenció, todo iría bien, todo saldría bien.

Y sin embargo, mientras abría la puerta y un ínfimo rayo de luz aparecía a través de ella, todo lo que pudo pensar fue en lo mucho que deseaba que no se hubiera dado este giro de acontecimientos y lamentó que aquel pequeño rincón de paz y calma que tenían de pequeñas se hubiera esfumado tan pronto.

Sara sentía la adrenalina vibrando por su cuerpo mientras avanzaba por los oscuros pasillos a apenas unos pasos de distancia de Lucía. Pronto alcanzaron su destino y poco después fueron llegando las demás: primero Tere (para gran sorpresa de su amiga) y luego Carmela y Alba.

-Bueno –comenzó a decir- ahora que estamos todas, ¿qué hacemos?

-Espera, voy a poner música –dijo Alba mientras buscaba en su móvil la misma canción de moda que habían ya oído como diez veces a lo largo del

día.

-¡Pero que haces, idiota!- saltó Lucía- No tenemos que quedarnos calladas, pero el plan se supone que es en primer lugar no hacer ruido.

-Pero la pongo baja –continuó Alba, ignorando el creciente enojo de Lucía.

-Shhhhhhhh –intervino Sara-. Chicas, bajad el volumen. Y Alba, por favor quita esa música.

Entonces Alba se vio forzada a ceder y renunció a su idea de ponerles la canción que tanto le gustaba, pero no sin un gesto de disgusto y una amarga queja en voz baja. En aquel momento Sara oyó un ligero repiqueteo y cuando se giró hacia Tere observó que estaba dando golpecitos ansiosos contra el suelo.

-Quizás todo esto no ha sido buena idea –dijo tan bajo que a Sara aun estando a su lado le costó oírlo. Ahora que la excitación inicial había desaparecido debía estar replanteándose sus elecciones. Aquello encajaba más con la Tere que conocía, eso desde luego.

-Si no quieres estar aquí, entonces vete –le respondió Alba, demasiado rápido, demasiado alto y de forma demasiado brusca como para disimular su hostilidad. Tere debió tomarse esto como un reto ya que apretó los labios, miró a un lado y permaneció quieta como respuesta.

-Baja el volumen –dijo Sara en un susurro más agresivo de lo que había planeado, pero ya cansada de tener que llamarle a Alba tanto la atención.

-¡Pero si no estoy hablando tan alto! –se quejó, ya sin molestarse en tratar de susurrar.

Y Sara iba entonces a replicar pero sin previo aviso sintió su corazón acelerarse y contraerse con nervios cuando la puerta de la habitación comenzó a abrirse con un pequeño chirrido. Se giró en busca de la mirada de Tere esperando encontrar en ella una respuesta a qué debían hacer mientras se temía lo peor, pero cuando la vió comprendió que, si acaso, su amiga tenía menos idea de cómo proceder si las pillaban que ella: estaba encogida, temblando de una forma que Sara no sabía que fuera posible y pareció querer extender una mano en busca de apoyo hacia ella pero se contuvo en el último momento por motivos que a Sara le eran ajenos, y por un breve instante creyó que esta vez sí lo estaba viendo, era aquel cervatillo que se encontró el día que se conocieron tantos meses atrás, pero esta vez había emprendido su huida, aun si permanecía quieta en su sitio Sara pudo ver que por dentro estaba corriendo lejos, muy lejos

de ese lugar.

Dado que permaneció quieta, Sara decidió estirar su propia mano hacia ella y, aunque de primeras pareció sorprendida, la aceptó con rapidez. Se prepararon para lo que estaba por llegar y justo cuando Sara empezaba a extrañarse de que quien estuviera detrás tardara tanto en abrir del todo la puerta, sus nervios se diluyeron cuando confirmó que no era ningún profesor sino Clara, que al final había decidido venir. Sara sintió una punzada de culpa por haberse olvidado de ella, pero pronto lo dejó estar.

Todas las allí presentes exhalaban tranquilas al fin mientras el mundo volvía a recomponerse a su alrededor. Al verlas así, Clara pareció confusa y se disculpó por el retraso antes de preguntar si se había perdido algo importante.

-Tía -le empezó a decir Lucía-. ¿Qué pasa contigo? ¿Cómo te quedaste quieta tanto tiempo? -sin darle oportunidad siquiera a contestar, negó con la cabeza-. Pensamos que eras un profesor.

-Llegaste bien -logró decir Sara cuando recobró la voz-. Aún no hemos hecho nada ni tenemos idea de por dónde empezar, para variar.

Clara pareció aliviada ante su intervención y le dirigió una sonrisa de agradecimiento a la que Sara correspondió casi de inmediato. Aún así, no llegó a ver el esfuerzo que le costó esbozar este gesto en primer lugar.

-Tías, son las tres y veinticinco de la mañana. ¿No tenéis sueño? -preguntó Carmela con cierta reticencia-. Quizá podríamos dejar todo esto y volver ya a dormir.

Esto se ganó un pequeño puchero de Tere y una abierta mirada hostil de Lucía y Alba, que parecían disimular su descontento mucho peor que ella. La mueca de la primera, sin embargo, no duró mucho pues en breve se transformó en un gesto de sorpresa al darse cuenta de algo importante y mientras juntaba las palmas de sus manos con entusiasmo llenó aquellas oscuras cuatro paredes de emoción.

-Esperad un momento -les dijo-. ¿Entonces ya casi son las tres treinta y tres, no? -Y cuando ellas asintieron, continuó-. ¡Quedémonos despiertas hasta entonces! Dicen que esa es la hora del diablo o algo así.

¡Qué extraño le resultó a Sara que, de entre todas, fuera Tere quien diera una idea tan descabellada! Con su apariencia angelical le resultaba difícil vincularla a tales extravagancias, pero ahora que se fijaba le pareció ver en la profundidad de sus ojos el misticismo de la luna llena en una noche de otoño y comprendió que su amiga escondía capas y capas que aun le eran desconocidas bajo su superficie. Estaba a punto de negar aquello y a sugerir que dejaran atrás esas tonterías cuando, para su sorpresa, a Lucía

pareció gustarle la idea.

-Tías, ya sé que hacer –les dijo-. ¿Por qué no llamamos al seis seis seis a las tres treinta y tres?

Alba pareció contenta con el plan, Carmela se mostró extrañada con la idea pero luego afirmó que no le importaba y Sara misma pronto se vio contagiada de su entusiasmo. Clara, sin embargo, no parecía muy convencida, aunque permaneció en silencio.

Embriagadas por la intriga y atraídas por el misterio de la situación decidieron por sugerencia también de Lucía tratar de apagar todas las luces de la sala y dejar solo una encendida bajo su cara, lo cual todas salvo Clara estuvieron de acuerdo era una idea brillante.

-No sé –le dijo a Sara en una confidencia, lo suficientemente bajo para que no la oyeran- Es que se ve realmente ridícula.

Y era cierto. La única similitud con la imagen escalofriante que había venido a la mente de las niñas era que a todas les resultó imposible quitarle los ojos de encima, pero si bien quería darle un aire espeluznante y fantasmal a su rostro, solo había logrado deformarlo de una forma más bien penosa: las niñas podían verle parte de la mejilla derecha, pero la luz estaba mal apoyada y oscilaba alumbrando ora su ojo y el resto de su mejilla izquierda, ora al techo. Con todo no daba realmente miedo, si acaso vergüenza ajena, pero Sara se calló esto. Sentía que las demás se habían dado cuenta también pero todas habían acordado tácitamente no arruinar el ambiente. Además, Lucía estaba muy ilusionada, y le agradó tanto verla así que pensó que no había motivos para destrozar de forma tan violenta la emoción que reinaba en ella..

-Muy bien –dijo Lucía, mirando en derredor-. ¿Ahora qué móvil usamos?

-Yo no puedo hacer llamadas. Me dieron el teléfono pero sin tarjeta aun, así que el mío no puede ser –se apresuró a decir Carmela.

Ciertamente, Sara no creía que fuera a pasar nada: no creía que nadie, ni un diablo ni un desafortunado con ese número fuera a coger el teléfono, pero de todos modos la posibilidad de que ocurriera, por mínima que fuera, le inquietaba, así que dijo:

-Yo tampoco puedo usar el mío. Mis padres revisan mis llamadas y probablemente me castigarían si lo vieran.

-A mi igual –dijo Tere. Ya claro, pensó Sara casi riéndose. Tenía que enseñarle mejor a disimular.

Cuando Alba confirmó lo que ya esperaban, que el suyo tampoco podía ser, todas se ganaron una mirada molesta de Lucía.

-Bueno, pues nada –dijo Clara, a duras penas conteniendo la sonrisa-. Tendremos que irnos ya a la habitación. Una lástima.

-No tan rápido –saltó Lucía. Apagó la linterna de su móvil y, sumidas ahora en la oscuridad total, continuó-. Usaremos el mío. Que alguien me deje el suyo de linterna.

Eran ya las tres y media y todo parecía listo cuando Tere dijo:

-Espera, pero a qué número exactamente vamos a llamar, ¿al seis seis seis y ya?

-Si claro tía, ¿a cuál si no? –respondió Lucía algo molesta.

-No sé, es que así no creo que funcione. Es decir, los números de teléfono son de unos nueve dígitos en la mayoría de casos, a veces más. No creo que exista uno formado por solo tres.

-Esa creo que es la línea del sexo –intervino Alba-. Ya verás tú que nos van a cargar una factura enorme solo por marcarlo.

-Pero qué dices tía, eso es una chorrada –le dijo Lucía, cada vez más enojada.

-Que sí que sí, que eso pasa –afirmó con seriedad Alba-. Lo vi en una película.

-Creo que lo estas confundiendo con el seis seis nueve -puntualizó Sara.

-¿Ese no era el número maldito? -preguntó una de ellas.

-No, ese es el tres tres tres -respondió otra.

Siguió la discusión y antes de que se dieran cuenta estaban todas hablando a la par, intentando hacerse oír unas sobre las otras, ya sin recordar en absoluto que debían estar en silencio. Por este preciso motivo no debería haberles sorprendido que su discusión se viera interrumpida por un agudo grito ahogado procedente de la puerta.

Sara lo intentó, de verdad que lo intentó, y supo que ahora sí debería preocuparse, pero no pudo evitar que su primer instinto al ver el rostro de la señorita Adela contorsionado en una exagerada muestra de terror mientras retrocedía y se caía de culo del susto fuera el de reírse. Y lo hizo, por unos momentos al menos. Realmente quería parar y recuperar la compostura, más que nada porque era vagamente consciente de que se

metería en problemas por esto, pero viéndola jadear mientras se secaba las lágrimas del miedo, se dio cuenta de que no había nada que hacer: su impulso infantil pudo con ella.

-¡Pero chicas! -exclamó su profesora cuando se pudo recuperar. Entonces sacó las fuerzas para levantarse y se horrorizó al ver su reacción-. ¿Cómo... cómo podéis reiros en una situación así? ¡No, a mi no me hace ni pizca de gracia! -a medida que su voz se volvía seria, más se le pasaba a Sara el subidón del momento. Ahora ya no se reía, pero tampoco estaba particularmente preocupada, no cuando era Adela, la que les regañaba-. ¿Qué hacéis aquí a estas horas? ¿Se puede saber por qué no estáis en vuestras habitaciones? -cuando ninguna respondió, continuó-. ¿Qué, ahora no decís nada? ¿Es que no os enterasteis de que mañana salimos temprano? Porque el bus sale de aquí a las siete y si no despertáis no vamos a quedarnos todos aquí por vosotras.

-Es que no podíamos dormir -dijo entonces Lucía, serena y confiada de una forma tan inesperada dada la situación que Sara supo con certeza que tenía que estar fingiendo.

-A mi no me hables así -soltó inmediatamente Adela junto con un gesto de sorpresa-. Si no podéis dormir contáis ovejas, pero no montéis un circo. Fuera de aquí, id todas inmediatamente a vuestra habitación. No quiero volver a veros armando escándalo.

Y ahora sí, ninguna se atrevió a replicar. Una tras otra todas se levantaron y comenzaron el camino de vuelta a sus habitaciones excepto Tere, que permanecía sentada en silencio. Cuando Sara intentó captar su mirada para tener una pista de por qué no se había movido le fue imposible, y por primera vez desde que la conocía se vió incapaz de entender a su amiga. El libro abierto que era Tere se presentaba ahora cerrado a cal y canto frente a ella y por más que peleaba no era capaz de leer ni un atisbo de lo estaba sintiendo.

Lucía, que la estaba esperando en la puerta, le lanzó una mirada impaciente y Sara fue consciente de que la profesora Adela seguía delante de ellas y de que permanecería allí hasta que las viera irse. Así pues decidió que, sea lo que fuera lo que estaba pensando su amiga no le quedaba otra que interrumpirla por el bien de todos los presentes.

Acababa de decir su nombre y estaba a punto de darle el más ligero toque cuando de repente recobró la vida y alzó la cabeza como un resorte. Sus dos ojos, grandes y vidriosos la golpearon ahora con tanta intensidad que apenas pudo creer que un minuto atrás los hubiera encontrado prácticamente vacíos, es más, apenas se explicaba cómo podía tener tanto encerrado sin que la hubiera hecho pedazos.

-¡Espere! -profirió en este arrebató. Por un segundo pareció tan sorprendida como todos los presentes, pero cuando recobró el aire aquella extraña fuerza volvió a tomar control de ella-. Lo siento... ¡Lo siento mucho! Perdónenos, señorita Adela, ¡le prometo que esto no volverá a pasar!

Una vez hubo pasado el sobresalto inicial, Sara se encontró aún más extrañada si cabía por lo que acababa de ocurrir. El eco de aquellos pajarillos que Tere había dejado escapar en forma de súplica revoloteaban en el silencio de la sala y no pudo sino preguntarse, ¿cuántas más cosas guardaba Tere en su interior que no dejaba salir? Se le ocurrió entonces que quizá bajo sus propias narices se hallaba escondida una Tere que aún no conocía, y si bien se vio intrigada por esta posibilidad no pudo sopesarla mucho, porque al poco Adela tenía lista su respuesta.

-Encontrarte aquí es lo que menos me esperaba y lo que más me ha decepcionado de todo este espectáculo. No me esperaba esto de tí, Teresa. Ahora volved a vuestra habitación.

¡Ser intimidada por Adela de entre todas! Quizás Sara hubiera sido capaz de sentir pena por Tere si no fuera la situación tan ridícula, ¿por qué valoraba de esa manera lo que aquella señora, siempre quejándose por lo bajo y amargada, pudiera creer? Sea cual fuere el motivo, al ver la profunda tristeza de Tere sintió una mezcla entre compasión y bochorno. Ya le enseñaría, pensó Sara. ¡Reaccionar así ante tal tontería! Tere tenía mucho que aprender, pero no pasaba nada: el tiempo, al menos por ahora, estaba de su parte. En aquel momento, sin embargo, lo único que podían hacer era volver a la cama.

El regreso a sus dormitorios fue incómodo y ninguna de las tres dijo nada. Sara habría tenido que estar ciega para no notar la hostilidad de Lucía hacia Tere, pero para suerte de todas mantuvo la boca cerrada. Ella por su parte no sabía muy bien qué pensar de todo aquello, pues si bien era cierto que aquel arrebató había sido un poco, digámoslo claro: penoso, era su instinto natural el tratar de apaciguar el ambiente y más aún después de que su plan se viera frustrado.

Eran ya las cuatro cuando se despidieron de Tere de la que iban a su habitación y Sara tuvo que contener la risa de nuevo cuando se le ocurrió que el ritual satánico debía de haber funcionado, pues al final sí que habían acabado invocando lo que ella bien consideraría el diablo a la tan afamada hora maldita. Con todo, pensó Sara antes de dormirse, aquella había sido una curiosa noche y, aun si Tere pensaba lo contrario y estrictamente hablando habían fracasado, Sara no se encontraba arrepentida de haberlo intentado.

A la mañana siguiente despertaron a la hora debida y, si bien con sueño, realizaron el viaje de vuelta sin incidencias. Aun así, Sara casi pudo palpar

la tensión en el ambiente después del accidente de la pasada noche. Ninguna dijo nada en todo el camino, incluso Lucía, que se sentaba otra vez a su lado, se pasó el trayecto escuchando música, aunque ahora sin compartirla con Sara. Deseó que pudieran dejar el incidente atrás cuanto antes.

Capítulo 5

V

Cuando las niñas se reencontraron tras el fin de semana todos los males que pudieran haber tenido fueron rápidamente olvidados, pues se vieron más atareadas de lo que habían esperado ahora que mayo había llegado dado que casi se les había acabado el plazo para hacer equipos.

En la mañana del día de la fiesta de fin de curso era tradición hacer una serie de competencias en grupo tal que a los que ganaban se les daban vales para un perrito caliente gratis mientras que los demás tenían que comprar su propio bocadillo si querían quedarse a comer. De tarde, los niños de infantil y algunos cursos de primaria harían actuaciones y cuando terminaran habría ya montados varios chiringuitos vendiendo dulces y cosas por el estilo, así como manualidades varias. El colegio también intentaba que coincidiera con una fiesta local ya que solía haber fuegos artificiales que se podían ver desde allí, dándole a todo un toque más grandioso y espectacular de lo que realmente era.

En verdad estas competencias no eran tan importantes, al menos no se lo parecían a Lucía, pero precisamente por eso urgía tener el equipo listo para que no le tocara con nadie que de verdad estuviera dispuesto a pelear por un perrito caliente. En ese sentido el grupo de amigas que tenía, considerando que ninguna era una gran deportista, no podría ser mejor para ella. Fue así que, bolígrafo en mano, miró a los ojos a todas sus compañeras y preguntó:

-¿Qué nombre de equipo nos vamos a poner?

-¿Por qué no ponemos el mismo que el del grupo? –propuso Carmela.

En su grupo de mensajes, como no sabían qué nombre poner habían decidido juntar todas sus iniciales. Pero a diferencia de las series americanas, tristemente, sus madres no se habían coordinado para que formaran una palabra icónica y como resultado habían acabado con una criatura mutante de difícil lectura: AC2LST.

-No tía –respondió-. ¿Cómo vamos a poner eso de nombre?

-Podríamos llamarnos Villa Tortilla –comentó entusiasmada Tere.

-De eso ni hablar. Ese es un nombre horrible -interrumpió Lucía sin darle

tiempo a terminar.

-Pero tía, ¿no te acuerdas? Ese nombre lo dijiste tú cuando estábamos jugando a...

-¡No! -se apresuró a pararla, demasiado tarde para detener el rubor que florecía en su rostro-. ¡Me acuerdo de eso, y ojalá pudiera olvidarlo!

-Pero por...

-Siguiente sugerencia.

Para su desgracia ninguna dio con otro nombre digno de mención. Cuando se cansaron de pensar, Carmela lo volvió a intentar:

-Pongamos el nombre del grupo y ya. Quitamos los números y listo.

-Nooo, pero eso es muy aburrido -se quejó Sara.

-Quedaría algo así como CLAST, si lo agrupamos para que tenga sentido -continuó.

-Espera, ¿cómo? -preguntó Lucía. Tuvo que esforzarse por no dejar que la sorpresa que la inundó se desbordara-. ¡Eso suena como los Blast! Sus canciones me encantan, ¡es un nombre genial!

Todas la miraron confusas sin saber muy bien de quien hablaba y Lucía se planteó hablarles de su grupo favorito, pero sabía que sería inútil y que no escucharían su música de todos modos, así que no se molestó.

Olivia, cuyo rostro había mostrado confusión desde la primera mención del grupo, dejó de mirar en derredor en busca de respuestas cuando se dio cuenta de que no se las darían si no las pedía en primer lugar y les preguntó:

-¿A qué os referís con eso del nombre del grupo? ¿Desde cuándo lo tenéis, chicas? ¿Por qué no estoy metida? -esta última parte, notó Lucía, sonaba ya algo angustiada y no pudo sino pensar en lo molesto que resultaba que estuviera presente y preguntarse quién la había invitado a venir.

-Pues desde que creamos el chat grupal en el móvil, desde cuando iba a ser -respondió Lucía. Una extraña calma brotaba en ella, en contraste con las oscuras emociones que la inundaban. Todas las presentes salvo Alba la miraron inquietas ante su falta de tacto, pero a su forma de verlo estas cosas era mejor hacerlas rápido, quitarlas de encima como una tirita.

-¿Desde cuándo tenéis un chat grupal sin mí? -preguntó Olivia prácticamente derrotada. Casi parecía haber envejecido varias décadas

por todos los surcos que le atravesaban la cara en ese momento.

-Pues desde que empezamos a planear las actividades por equipos para la fiesta, ¿desde cuándo iba a ser? –En verdad desde hacía ya bastante tiempo, pero Olivia no ganaba nada sabiendo eso.

Si bien esta mentira era obvia para ella y la forma de proceder ideal, para su sorpresa ninguna de las otras la respaldó. De esta forma dieron origen a un silencio profundamente denso a su alrededor que duró unos segundos en los que Olivia procesó esta información.

“Perras”, se sorprendió pensando Lucía con amargura. “Ninguna de vosotras la quería aquí, pero ahora que toca ensuciarse las manos sois las primeras en echaros atrás”.

La verdad era que esto no le era realmente sorprendente, en el fondo ya se lo esperaba. Siempre había sido así, mejor dejarle el trabajo sucio a ella. Siempre era Lucía la que, por el bien de todas, se veía forzada a lidiar con los malos tragos. Pues muy bien, se dijo, incapaz de evitar cierto resentimiento al ver que Sara también evitaba mirarla. “¿Queréis que haga de mala? pues voy a ser pérfida”. Se quitaría esto de en medio y no iba a tener ninguna piedad con Olivia.

-¿Y por qué...? –empezó a preguntar esta despacio, comprobando la temperatura de las aguas- ¿Por qué no me habéis añadido?

Lucía puso los ojos en blanco y se preparó para responder cuando, en contra de lo que esperaba, Alba se le adelantó:

-Porque no has hecho el ritual de la tortilla –dijo, su rostro cruzado por una sonrisa retorcida.

-¿Qué se supone que es eso?

Y aquí los ojos de Alba brillaron con auténtica malicia mientras decía:

-El ritual de la tortilla consiste en correr sin ropa por el bloque de edificios por cinco minutos y grabarlo.

¡Qué espanto se reflejó de repente en el rostro de Olivia! Fue tal el impacto de aquella revelación que no pudo contener su reacción y se volcó sobre su cara en un auténtico retrato del horror. Alba deslizó sutilmente una mirada interrogante hacia Lucía y esta se la devolvió llena de aprobación. Qué alivio le supuso pensar que al final alguien sí que la iba ayudar.

En aquel momento Lucía recordó por qué se habían hecho amigas en primer lugar y se sintió profundamente agradecida: Alba podía pensar

poco a veces, pero a la hora de la verdad era la única a su altura en lo que a agallas respectaba. En ese sentido, sabía que no la dejaría tirada, y eso la reconfortó profundamente.

-No puedes decirlo en serio –fue todo lo que Olivia fue capaz de articular, totalmente ajena a este intercambio de información. Lucía notó entonces que sus manos temblaban muy ligeramente, y por algún motivo esto avivó su repulsión hacia Olivia-. Tienes que estar de broma, eso no puede ser ni siquiera legal.

-Es lo que hay –le respondió Alba, mientras se encogía de hombros.

-Te lo digo en serio –insistió-. ¿Qué tengo que hacer para que me metáis en el grupo?

-Es sencillo, o haces el ritual de la tortilla, o no eres villatortillana - respaldó Lucía, ahora con una confianza renovada-. Mira ya hemos hecho el equipo y tuvimos que pedir permiso para que nos dejaran tener a una extra, así que si de verdad quieres estar en el grupo tendrías que ganártelo, pero conociéndote no lo vas a hacer y de todas formas no esperamos que lo hagas. No vas a estar con nosotras en el equipo y por tanto no te vamos a meter en el grupo porque no queremos que estés aquí, por eso te dimos una tarea imposible. Fin –y como vio que parecía a punto de decir algo, la cortó antes de que pudiera-. Faltan como cinco minutos para que acabe el recreo y realmente tenemos que entregar esto hoy -dijo, señalando la hoja-, así que deja ya el tema.

Ahora que no tenía nada más que añadir, Lucía se levantó y salió de la sala con el formulario en dirección al aula donde debían entregarlo. Alba fue la primera en seguirla casi inmediatamente, y tras un poco de vacilación Sara y Carmela se marcharon tras ellas. Tere fue la última en irse y aunque pareció dudar finalmente miró a un lado y, dándole la espalda, también la dejó atrás. Olivia se quedó sola con sus propios pensamientos aun intentando entender que acababa de pasar sin nada que hacer salvo observarlas marchar.

Estuvieron en bastante silencio después de aquello. Todas necesitaban procesar lo que había ocurrido, aunque por distintos motivos. Era verdad lo que había dicho Lucía. En aquel corrillo en la oscuridad el último día del viaje, antes de que comenzara la acción les había comentado sus intenciones de alejar a Olivia del grupo y habían estado de acuerdo en seguir sin ella, pero ahora que lo habían hecho Tere no podía evitar la sensación de que habían errado, aunque se sentía incapaz de señalar exactamente en qué aspecto en concreto. Fue de esta forma que dio vueltas y vueltas incapaz de pensar otra cosa hasta que al final de las

clases Sara la vino a buscar.

-¡Tere! ¡Qué bien que al fin te encuentro! –exclamó en cuanto la vio. Le tendió entonces un papel-. Toma, ve diciéndome lo que tenemos mañana y de lo que hay deberes para saber que llevar a casa.

Cogió el papel y se disponía a leer las asignaturas una por una cuando sus labios se rebelaron y se le escaparon otras palabras:

-¿Estás segura de que estuvo bien eso? –le preguntó-. Lo de Olivia, digo. Claro que no tuvo la mejor de las reacciones y que lo que le dijimos tampoco fue tan horrible pero, ¿no había otra manera de hacer las cosas?

-Tía, déjalo estar –le respondió-. Era evidente que estábamos de broma, si ella se lo tomó así es cosa suya.

-Sí, supongo que tienes razón –suspiró.

Aunque la opinión de Sara le reconfortó, aquellas palabras no lograron calmarla del todo. Siguió pues dándole vueltas y cuanto más lo hacía más descontenta se descubría con la forma en que se habían dado los hechos. Allá en el viaje había estado de acuerdo con su plan y había accedido ávidamente en un brote de resentimiento por lo asfixiante que la actitud de Olivia le había parecido, ¿pero ahora? Ahora que había pasado algo de tiempo y se había alejado, ahora que se había vuelto algo real no podía sino lamentar aquel giro de los acontecimientos. Ciertamente que había deseado intervenir para disolver el mal ambiente y cierto que aunque quisiera no hubiera podido hacer nada pero, ¿qué decía de ella que no lo hubiera siquiera intentado? ¿Qué valor tenían esos deseos e ideales si luego carecía de la fuerza para llevarlos a cabo?

Sara acabó pronto de hacer la mochila y Tere agradeció poder dejar de pensar en esto.

-Pronto se acabará el año y no volveremos a estas aulas –pensó Tere en voz alta de la que atravesaban el pasillo hacia las escaleras-. ¿No os parece triste?

-Ja –exclamó Sara mientras le daba un ligero codazo-. Alguien se ha levantado melancólica hoy –cuando Tere no dio más que un suspiro como respuesta, continuó-. Es un milagro, estaba harta de tener que subir todas las escaleras a diario hasta el quinto piso. Que no es como que mejore mucho, porque seguiremos teniendo que subir al cuarto, pero es lo que hay.

-Pero, realmente no me quiero marchar –le dijo. No pudo evitar en ese instante girarse y agarrar a Sara de la manga para que no se pudiera

escapar-. Quiero quedarme un poco más...

-Estás loca -respondió esta mientras tiraba de ella y la arrastraba hacia las escaleras.

Y Tere fue cediendo, dejándose arrastrar aunque sin dejar de mirar atrás, repitiendo que de verdad, quería permanecer un poquito más en aquel lugar.

Capítulo 6

VI

Sin que ninguna se diera cuenta, el tiempo voló ante sus narices y antes de lo que esperaban llegó el día de la fiesta a los Santos Campos. La competición inicial fue un chiste, pero se lo pasaron bien, y Sara observó que Olivia encontró otro equipo al que unirse a tiempo, lo cual le supuso un gran alivio. Sentía pena por Olivia, claro, pero lo que más le preocupaba es que de alargarse en el tiempo aquel incidente pudiera darles problemas, así que en ese aspecto las cosas no podían estar yendo mejor.

Eventualmente llegó la tarde, y una vez hubieron terminado el baile que les correspondía Sara fue a buscar a sus padres para pedirles dinero para la fiesta. A sorpresa de nadie estos estaban hablando con los de Tere. A su madre parecía gustarle y Sara estaba contenta de que las cosas fueran de esta manera, aunque aún le quedaba mucho tiempo ya estaba planeando usarla de tapadera cuando de mayor quisiera quedarse en casa de algún chico.

Una vez hubieron recibido algo de dinero para la cena, se fueron juntas en busca de las demás. Encontrarlas sin embargo les sería más difícil de lo que habían planeado dado que el grupo se había diluido por completo entre el gentío.

En aquella época del año el patio estaba tan cambiado por la decoración que, si no hubiera estado presente en prácticamente todas y cada una de las festividades anteriores, a Sara probablemente le costaría reconocerlo. Había pequeños puestos y chiringuitos en cada rincón donde los profesores vendían todo tipo de comida, desde dulces helados a palomitas y bocadillos para quienes preferían lo salado. Pero esto no era lo único que se podía encontrar, también había tiendas que las religiosas habían puesto para la caridad y de productos del colegio, como libretas o sudaderas. Ninguna le era a estas alturas una sorpresa, pero Tere parecía fascinada mirando en derredor.

Avanzaron pues a través de este panorama hasta que Sara reconoció en uno de los puestos a una monja que solía darle clase cuando apenas estaba en infantil.

-¡Hermana María! –exclamó, mientras se dirigía hacia ella. En cuanto las vio, el rostro de la anciana se iluminó.

-¡Sara! da gusto verte aun por aquí, ¡cuánto has crecido! -exclamó-. ¿Qué

curso estás haciendo ahora?

-Primero de la eso –respondió con orgullo-. Empiezo el año que viene segundo.

-No puede ser, no me puedo creer que te hayas hecho tan mayor así rápido. Eras tan pequeña cuando te conocí...

Sara sonrió entonces al acordarse de aquellos años en la guardería en los que les había cuidado en los recreos. Aquella monja de alguna manera no solo había sido siempre amable con todos sino que además conocía los nombres de cada alumno incluso si no habían tenido contacto directo. Esto era algo que Sara no podía sino admirar y sentía como consecuencia un profundo respeto hacia ella.

-Por cierto chicas, ¿queréis una? -Extendió entonces su brazo sobre el puesto y dejó ver montones de pulseras de macramé de todos los tipos y colores-. Las hemos hecho a mano con los niños de primaria y el dinero que saquemos irá a un voluntariado que tenemos a las afueras.

La verdad era que a Sara no le importaba mucho la procedencia de las pulseras o para qué se iba a usar su dinero, solo sabía que eran baratas y que quería complacer a Hermana María. No se lo pensó mucho antes de elegir una al azar.

-Claro, dame esa –dijo, señalando la primera que vio. Estaba hecha con hilos entrelazados de color azul cian y púrpura que en su centro se entrelazaban coronando un corazón de plástico lila que le daba un toque más bien infantil. Cuando se paró a pensarlo se dio cuenta de que no tenía nada con lo que combinase bien, pero eso era lo de menos, ya era demasiado tarde para echarse atrás.

-Y tú, ¿vas a querer uno?

Esta vez la monja se estaba dirigiendo a Tere. Sara casi se había olvidado de su presencia habiendo estado tan callada a lo largo de toda su conversación. Se había quedado atrás, medio escondida detrás de ella apenas asomándose lo suficiente como para no resultar llamativa. Tere dio un respingo ante la repentina atención que ahora tenía sobre sí y comenzó a balbucear.

-Eh, yo... eh... –Cuanto más la miraba, más alterada se sentía Sara. De una pregunta sencilla se había abierto ante ellas un silencio incómodo que por cada momento de duda era prolongado más y más en lo que parecía un infinito. Cuando se estaba haciendo tan pesado que Sara se preparaba para intervenir, finalmente dijo-: ¡No hace falta! ¡Lo siento mucho, pero

gracias!

Y Sara se habría reído si la situación fuera un poco diferente. No acababa de entender lo que había pasado, sabía que Tere era introvertida y que no se le daba bien conocer gente nueva, pero aquello no dejaba de sorprenderle. Una vez se hubieron alejado lo suficiente, Tere le dijo:

-Lo siento, mucho, muchísimo –empezó, mientras agachaba la cabeza-. Ha sido muy raro, ¿verdad? –preguntó.

En ocasiones como estas Sara pensaba que jamás habría de entender del todo a aquella chica. Le era imposible descifrar qué ocurría en su cabeza, pero en ese sentido quizás esta dificultad a la hora de entenderla formaba parte de su encanto.

-Un poco -dijo, intentando quitarle peso con una sonrisa- La próxima vez solo dile que si por terminar antes.

-Lo siento –le repitió sonando como un disco rayado-. No me gusta hablar con extraños. Ay, qué mal ha sonado eso, me refiero a que nunca sé qué decir ni cómo reaccionar con gente que no conozco. Me quedé totalmente en blanco.

Y Sara suspiró, pero cuando Tere vio que no iba a decir nada más o a reaccionar mal pareció calmarse. Por un segundo se había sentido, de nuevo, como si hubieran vuelto al día en que se conocieron: otra vez Tere se convertía en aquel animalillo salvaje, aquella bella mariposa que se escaparía volando al mínimo paso en falso. Qué extraño, pensó, tras todo ese tiempo había creído que Tere había dejado gran parte de su inseguridad atrás, al menos con ella parecía haberlo hecho, pero supuso que simplemente había emociones que siempre estaban al acecho.

-Vamos, aún tenemos que encontrar a las demás -le dijo al no tener una buena respuesta-. Oye, no tienes que preocuparte tanto por lo que dices, ¿sabes? –continuó-. Es decir, al menos mientras no digas tonterías y pienses antes de hablar. No puedo socializar por ti toda la vida -Tere permaneció en completo silencio, mirando fijamente al suelo así que intentó aligerar el ambiente-. Bueno espera, de hecho no suena tan mal; ahora que lo pienso quizá sí que puedo. Siempre podría ofrecerte mis servicios... por un módico precio, por supuesto -le guiñó un ojo coqueta y vio a Tere negar con la cabeza mientras miraba hacia otro lado, ahora más animada-. De todos modos, no creo que tengas problemas con el dinero. Tu eres la lista del grupo, te sacarás alguna carrera que suene muy difícil y prestigiosa de esas y tendrás pasta de sobra. Yo mientras tanto no tengo ni idea de que quiero hacer con mi vida y seguramente acabe en la calle pintando cosas que a nadie le importan y haciendo el

ridículo para intentar salir adelante.

-¡No digas esas cosas! -exclamó Tere horrorizada. Sara se sintió aliviada por haberla hecho reaccionar, aun si le había costado acabar sintiéndose algo triste ella misma.

Había más verdad de la que quisiera en esas palabras y casi deseó no haberlas dicho, porque permanecieron en su cabeza y ahora no pudo evitar pensar en el futuro. Solía no darle demasiadas vueltas, pero lo cierto era que se sentía totalmente perdida en ese aspecto.

-Es broma -dijo, aunque no lo era del todo. Antes de que Tere tuviera la oportunidad de replicar, siguió con su historia-. De todas formas, si eso ocurriera ya se que tú me salvarías de la situación porque eres una señora misericordiosa y una buena persona, porfa. Probablemente siempre ande pidiéndote favores y tú tendrás que mantenerme, pero no creo que eso sea un gran problema para la adulta con una vida estable. Yo puedo hacer de la tía que es una mala influencia, ¿sí? Alguien tiene que dejar a los críos hacer fiestas salvajes, no se si me explico...

Tere no respondió nada y si bien su silencio incomodó a Sara y le hizo preguntarse si quizá había hablado más de la cuenta, siguieron andando con calma hasta que eventualmente le dijo:

-No me importaría... si eso quiere decir que seguirías a mi lado, entonces no sería molesto compartir ese futuro contigo.

Sintió una extraña mezcla de pena y amargura: para Tere no claro, ella saldría bien parada, pero para Sara tener que depender de otros de esa forma sería un asco. No ayudaba tampoco el hecho de que era consciente de que, si no encontraba algo que le interesase y mereciera la pena en unos años, lo más probable era que su profecía se cumpliera. Admiraba en ese sentido que Tere lo tuviera todo tan claro con respecto a lo que haría, pues a ella tales planes se le presentaban como algo ajeno, misterioso y en última instancia, hasta terrorífico. "¿Cómo puedes tenerlo todo tan claro?" siempre le preguntaba "¿Nunca dudas, siempre has sabido lo que querías ser?" "Sí, supongo que sí" siempre le respondía, mientras su mirada se perdía en el horizonte. "Desde que era pequeña, siempre ha sido así". Y Sara no podía sino envidiar aquello de Tere, porque ella no podía más que sentir que su mente, en cuanto al porvenir se refiere, era un auténtico desastre y le molestaba que aunque lo intentase no lograra poner ni el más mínimo orden.

Por fin creyeron ver a sus amigas en la distancia, en una esquina alejada del ajetreo y Sara casi sintió alivio al poder dejar de pensar en cosas tan deprimentes un día de fiesta.

-Vete hacia ellas –le dijo-. Creo que yo antes voy a ir al baño. Ah, por cierto, toma –continuó, mientras le lanzaba la pulsera que había comprado. Esto pilló a Tere por sorpresa, pero logró atraparla antes de que cayera al suelo.

-Pero, ¿por qué...? –empezó a preguntar.

-Yo no tengo nada que hacer con eso –le respondió-. Realmente me daba igual la pulsera, solo quería hacerle un favor a la monja. Además, ya tengo muchísimas de esas en casa, pero tu nunca vienes con ninguna, seguro que le darás un mejor uso.

Tere observó detenidamente aquel regalo como si no acabara de creerlo hasta que terminó por aceptarlo.

-¡Ese es el espíritu! –reforzó Sara-. Ponerte un poco mona dentro de lo que el uniforme nos permite no te va a hacer daño –dijo mientras le guiñaba un ojo. El gesto de Tere le pareció entonces muy feliz.

Habiéndose despedido así, se separaron mientras cada una tomaba una dirección diferente hacia su respectivo destino.

Lucía revisó de nuevo la hora en su reloj y no pudo sino impacientarse al comprobar que había pasado ya cerca de media hora y Sara aún no había llegado. Si no la veía en cinco minutos, se dijo, lo haría sin ella.

En verdad Lucía no tenía en absoluto ganas de estar ahí, pero tras lo ocurrido la semana pasada no le quedaba otra opción. Cuando su madre vio las notas que había sacado le quitó el móvil y prometió no dejarla salir de casa el resto del verano. Esto, por supuesto, era una exageración y probablemente recuperaría su teléfono y la libertad de movimiento pronto, pero hasta el final de junio al menos solo podía salir si era estrictamente necesario, y por suerte o por desgracia el baile de fin de curso había resultado ser estrictamente necesario. Sí, pensó con amargura, la secundaria iba a ser muy definitivamente una de las épocas más felices de su vida.

Al día siguiente, le dijo a Alba que cancelara los planes. Habían estado discutiendo escabullirse pronto y hacer de las suyas lejos, yendo a algún lugar entretenido, pero eso ya no podría ser. Su madre solo la dejaba ir a la fiesta de fin de curso para participar en el baile y probablemente no le quitaría la vista de encima para asegurarse de que no se escabullera después a ningún lado. Alba entonces se había quejado, pero Sara sonrió, y más tarde aquel día le había dicho que tenía un plan.

Y allí se encontraba ahora, esperando a Sara para llevar a cabo su idea. "Bueno" le había dicho, "ya que te tienes que quedar, tendremos que aprovechar al máximo las circunstancias, así que vamos a hacer que, de alguna manera, te pases la fiesta de fin de curso con Adrián". En su momento, esto había hecho desaparecer todo el malestar de la tarde anterior y por unos momentos Lucía se había permitido conspirar junto a Sara sobre cómo lo lograrían mientras fantaseaba con todos los escenarios posibles y las posibilidades que le abrían estar solos en un día tan importante para los alumnos de los Santos Campos como aquel. Fue de esta manera que acordaron verse tras el edificio de secundaria, en un rincón escondido del patio donde nadie solía estar. Allí se suponía que discutirían su estrategia.

Por suerte Sara no parecía ni haberlo olvidado ni haberla abandonado, y pronto pudo verla en la distancia despidiéndose de alguien mientras se acercaba hacia ella.

-¿Cómo tardaste tanto en encontrarme? -le preguntó incapaz de reprimir su impaciencia-. ¿Esa con la que estabas hablando era Teresa?

Sara asintió. Esto por algún motivo la hizo enojar más y sintió su humor empeorar de golpe, lo cual la extrañó.

-Estuvimos hablando un rato -le dijo-. Perdón por el retraso.

-¿Por qué te gusta tanto? - se encontró de nuevo preguntando, aunque al poco se arrepintió de que hubiera sonado como una acusación. Aquel día las palabras se le estaban escapando demasiado rápido.

Sara como respuesta se encogió de hombros.

-No sé, como vivimos al lado estamos mucho juntas. Es bastante maja, la verdad, deberías darle una oportunidad.

¡Qué vergüenza sintió Lucía en ese momento! ¿Tan fácil era ver a través de ella? Aunque supuso que nunca había tratado realmente de ocultarlo, todo había que decirlo.

-Es un poco rarita, ¿no crees?

-Mmm sí, supongo que lo es, pero a mi eso no me parece tan malo. O sea, mira a tu alrededor: aquí todos son iguales. Absolutamente aburridos y normales en el mejor de los casos, pijos y crueles en el peor. Es muy inusual encontrar a alguien con algo distinto en su cabeza, por eso se agradece bastante que aparezcan personas con alguna peculiaridad de vez en cuando -parecía despreocupada, pero algo en su tono le indicó a Lucía que de alguna manera esto que le estaba diciendo era muy importante para ella-. Pensé que tú también te sentías así -le dijo, sus ojos de golpe

clavados en los de ella. Sí, lo habían hablado más de una vez y le había asegurado que estaba de acuerdo, pero aun así se le ocurrió que quizás Sara desconfiaba y que estaba prestando especial atención a su reacción para analizar cuál era su verdadera respuesta. Sin embargo, antes de que pudiera decir nada ya había cambiado de tema-. ¿Qué hacemos al final con lo de Adrián?

-Eh –murmuró aturdida, pero agradecida por haber dejado atrás ese momento tan intenso-. No lo sé... pero, espera tía, ¿cómo que “qué hacemos con Adrián”? ¡Fuiste tú la que dio la idea! ¿No tenías algo planeado?

-Bueno, sí –respondió-. El plan era improvisar –sonrió, una sonrisa tonta y despreocupada pero quizá por eso el doble de efectiva-. Ya sabes, en las películas siempre ocurre algo inusual en las fiestas del colegio, son como EL día. Vamos a buscarle, ya se nos ocurrirá algo.

Siguieron discutiendo un tiempo y solo cuando Lucía se hubo asegurado de que Sara no pretendía hacer ninguna tontería (sí, sugerir casualmente jugar a la botella y desaparecer al poco era una tontería) decidieron limitarse a ir a buscarlo aunque solo fuera para hablar un rato y tratar de pasárselo bien.

A medida que se abrían paso entre la multitud y recorrían el patio se dieron cuenta de que encontrarle iba a ser más difícil de lo que creían. Pronto habían atravesado la mayor parte del recinto y aún no había ni rastro de él. Lucía maldijo para sí por no tener acceso al móvil ahora mismo pero luego se dio cuenta de que eso probablemente era mejor, pues apenas habían intercambiado mensajes y no era buena idea hacer evidente que querían verle considerando que se suponía que tenía que ser un encuentro casual. Realmente, pensaba Lucía, le hubiera agradado que Adrián hubiera aparecido mientras hablaban como si fuera un milagro, que hubiera soltado algo ingenioso y que se la hubiera llevado a algún lado, pero la realidad no había sido tan generosa.

-¿Ahora qué?

-No lo sé, la verdad. Quizá deberíamos volver ya con las demás y dejarlo estar.

Esta idea, por algún motivo que desconocía, causó en Lucía una profunda aversión y pronto se encontró buscando formas de prolongar ese momento que las ataba. En aquellos momentos estaban en un mundo privado, alejado del visible y exclusivo de ambas y no deseaba que este vínculo alcanzara su fin tan pronto.

-Sigamos buscando. Bailó con nosotras, así que tiene que estar en algún

lado, ¿no?

Sara pareció sopesar esto un momento y a continuación propuso:

-¿Qué tal si nos separamos?

Esto no agradó del todo a Lucía, pero se dio cuenta de que negarse en aquel contexto sería extraño. Notó además que Sara empezaba a cansarse de todo aquello así que, aunque a regañadientes, accedió.

-Espera –le dijo en un último intento de retenerla a su lado-. ¿Cómo nos volveremos a encontrar luego? Sin móvil y con tanta gente podría ser complicado.

Sara se detuvo un segundo, pero tan pronto como Lucía comenzó a acercársele volvió a su rostro su sonrisa fácil y dijo:

-Nah.

Notó por la forma en que Sara miraba a su alrededor que estaba distraída y lamentó haber perdido su atención, pero no le quedó más remedio que aceptarlo-. Mira, yo buscaré en el edificio y tú revisas entre la multitud, ¿vale?

Sin nada más que hacer al respecto, Lucía asintió. Caminó un rato sin lograr identificar a nadie y casi se perdió entre el gentío cuando oyó a alguien gritando su nombre en la distancia. Cuando se giró vio a Tere a lo lejos llamándola. Lo que faltaba. Se planteó fingir que no la había visto, pero era demasiado tarde, antes de ser siquiera consciente ya la tenía al lado.

-Lucía –la llamó, sonriente, mientras se acercaba-. ¿Sabes dónde está Sara?

-¿Eh? No. ¿Por qué tendría que saber eso?

Lucía notó a Tere particularmente animada, aunque tampoco le sorprendió, si acaso más bien causó un contraste peculiar con las emociones que ella experimentaba. A la mayoría de la gente le resultaba agradable o enternecedor esta actitud tan alegre de la chica, pero a ella solo le parecía que su optimismo ciego la convertía en una necia. Además, no podía evitar estar alerta. Son las personas que parecen más inofensivas las que acaban siendo las más capullas.

-Ah –respondió. Lucía notó que su ilusión se desinflaba, y encontró un retorcido placer en esto-. Supuse que estarías conmigo. Ya sabes, como siempre estáis juntas y os lleváis tan bien... -Aquí hizo una pausa, claramente esperando que respondiera, pero Lucía no habló. Incómoda,

eventualmente trató de ahuyentar el silencio entre ellas. ¿Por qué era tan insistente en ganarse su afecto, así como el de la gente en general? Lucía lo desconocía, pero debía admitir que ya no le enojaba tanto como hacía antes-. Sara siempre me está contando maravillas de ti, ¿sabes? Tenía muchas ganas de que pudiéramos hablar y conocernos bien.

Bueno bueno, Sara hablaba de ella. Esto era algo que no sabía.

-¿Te ha hablado de mí? ¿Y qué te ha dicho? - ¡Qué curioso! De golpe no había otra cosa en su cabeza más que la imperiosa necesidad de saber más.

-Ah, nada especial, solo que se lo pasa bien contigo, supongo. Siempre está contando anécdotas de clase en las que apareces... Creo que le gustas bastante.

Y para Lucía no podía haber mejor halago que este. Realmente hacía esfuerzos para no olvidarse de que Tere sería la siguiente en irse del grupo, ipero decía unas cosas tan bonitas! Quería seguir oyéndola hablar pues a sus ojos parecía un ángel en ese momento, ¡una santa! ¡Cuán equivocada había estado con ella! Cuando a la mañana siguiente se despertara tacharía de ridículos estos sentimientos, pero en aquel momento con tal de seguir escuchando cosas tan deliciosas le habría dado todas las estrellas que comenzaban a vislumbrarse en el firmamento. Fue así que cuando le preguntó si podía quedarse con ella asintió casi de inmediato y continuaron hablando un tiempo.

-Por cierto, ¿a quién estabas buscando? -le preguntó en un determinado momento.

-Ah, es verdad. Estaba buscando a alguien... En verdad estaba buscando a... -y aquí dudo, tal era su dicha, tan grande era su desconexión con la realidad que a punto estuvo de revelar sus verdaderas intenciones, pero recobró sus sentidos a tiempo- A nadie, realmente. A nadie que importe ahora, desde luego.

Y Tere no pareció muy convencida, pero lo dejó pasar.

-Se está haciendo de noche -puntualizó para romper el silencio.

Era verdad, en algún punto el cielo se había oscurecido y el tan radiante sol que había brillado sobre ellas aquella tarde se había puesto por completo. Se preguntó dónde se había ido lo que les quedaba de día y en qué momento se le había escapado tan rápido sin haberse dado siquiera cuenta.

Entonces y de la nada apareció Sara corriendo hacia ellas. Se la veía

entusiasmada y estaba haciendo grandes aspavientos.

-¡Tenéis que venir a ver esto! -les decía, mientras las agarraba por el brazo y tiraba de ellas.

-¿Pero qué pasa? -preguntó confundida Lucía.

-Es la puerta, chicas -le respondió-. Os digo que la puerta está abierta.

-De verdad que no es una buena idea. En serio, es una idea terrible.

Habiendo subido los cinco pisos de escaleras a toda velocidad y por fin pudiendo tomar un respiro, las niñas se encontraban frente al pasillo que dejaba ver la puerta entreabierta. Evidentemente, la habían vuelto a ver muchas más veces desde aquel día que intentaron abrirla, pero siempre cerrada con llave a cal y canto. Por eso, verla ahora así les resultaba algo casi paranormal.

-Os digo que no hay nadie -repetía Sara, mientras la abría más aún.

-Bueno tías -dijo Lucía abriéndose paso-, a mí me da igual lo que hagáis vosotras dos, yo entro.

Tras intercambiar un par de miradas con Sara y ver que seguía a Lucía, Tere acabó accediendo a ir con ellas por el pasillo, aunque nada contenta.

-Esto -les dijo muy a regañadientes-, es realmente una mala idea.

Entraron en una pequeña sala oscura y vacía excepto por unas estrechas escaleras en caracol que llevaban a ni más ni menos que otra puerta, que, para sorpresa de nadie, estaba cerrada.

-¿Ahora qué? -preguntó Tere.

-Bueno, solo tenemos una opción -respondió Lucía, mientras las subía hasta llegar a lo más alto.

A diferencia de la última vez que estuvieron ahí, esta vez sí que podían permitirse hacer ruido y eso hizo: sin ninguna misericordia forcejeo y embistió contra la puerta hasta que acabó cediendo y poco a poco permitió ver lo que había al otro lado.

A medida que giraba sobre sus bisagras, se fue derramando sobre el suelo un pequeño haz de luz que fue creciendo, haciéndose más y más grande hasta que las alumbró casi por completo. La luz del exterior iluminó aquella sala desierta y a medida que avanzaban pudieron notar la fría

brisa nocturna hasta que finalmente estuvieron fuera: al otro lado de la puerta se abría ante ellas la primera noche de verano en Galpuria. Cuando miraron en derredor pudieron ver un espacio extenderse ante ellas y al asomarse por la valla que las separaba del suelo encontraron más abajo las fiestas, ardiendo con fuerza y siguiendo adelante con o sin ellas. Más allá se extendía Galpuria, toda la ciudad en la palma de sus manos; los edificios se sucedían unos a otros, irregulares siluetas que se recortaban frente al cielo nocturno extendiéndose en la infinitud y sólo detenidos por el mar del norte, eterno amante de la ciudad que una y otra vez se acercaba y se alejaba con cada marea, la única fuerza de la naturaleza que no se había doblegado a su fuerza y que había logrado impedir su continuo progreso. Si se miraba muy atentamente, podía adivinarse a lo lejos, hacia el sur, las primeras pistas del campo en la oscuridad de la noche a las afueras, creando en su conjunto un ecosistema que se fundía en un único ser que brillaba y se apagaba y que, como todos los presentes, bailaba bajo la luz de la luna.

-Qué bonito -murmuró Sara.

Cuando se giró Tere comprobó que tanto Sara como Lucía estaban tan maravilladas con ese pequeño hallazgo como ella. Se arrinconaron todas juntas en el bordillo y desde ahí observaron a la gente de abajo y se sintieron como pequeñas diosas que contemplaban a su pueblo, ajeno a lo que estaba ocurriendo desde lo alto.

-No sabía que hubiera una azotea en el colegio -comentó Lucía, mirando en derredor.

-Yo tampoco -respondió Sara-. ¿Cómo se tenían guardado que se podía subir a aquí?

-Bueno, qué más da -entonces empezó a reír-. Lo que importa es que lo tenemos todo para nosotras.

Lucía sonrió taimada. Entonces empezó a hacer tonterías y Tere le siguió el juego rápida y rauda mientras Sara las miraba con desaprobación y dudó sobre qué sería mejor: si ceder ante ellas o regañarlas por ser tan crías y hacer tanto ruido.

Siguieron así un rato hasta que eventualmente sus pies volvieron a tocar la tierra.

-Este lugar es realmente genial -reiteró Tere, aun mirando en derredor. Intentaba desesperadamente atrapar todos los detalles y secretos de aquella escena en un tarro que preservar en su mente y hacerlo trascender para así poder revivirlo una y otra vez.

-Búa, se me acaba de ocurrir una idea –dijo Sara-. ¿Cómo creéis que se verán los fuegos artificiales desde aquí?

¡Cómo se le podía haber olvidado algo tan importante! ¡Pues claro, los fuegos!

-Tenemos que verlos aquí –dijo, y en cuanto las palabras tomaron forma y se hicieron reales se dio cuenta de que no era solo un deseo sino una necesidad. Es más, comprendió, no sería solo eso-. Este lugar es demasiado bueno para desperdiciarlo, tenemos que volver aquí la fiesta del año que viene, y lo mismo el siguiente, y el siguiente. Y después, ¡el siguiente también!

-Por mi bien –dijo Sara-. ¡Podría ser como un club secreto de las tres! –Se giró entonces hacia Lucía, la cual parecía perdida en sus propios pensamientos. Algo en su expresión hubo de parecerle a Tere terriblemente melancólico- Lu, ¿tú qué crees?

-¿Qué decís? –preguntó, y al poco dijo-. ¡Ah! Sí, supongo. Bueno no, no sé.

Por primera vez desde que la conocía, pensó Tere, estaba viendo a Lucía insegura. Hasta aquel entonces le había parecido una flecha, un dardo venenoso lanzado con fiereza, quizá sin mucha precisión, pero siempre lleno de fuerza. Y sin embargo, por algún extraño motivo ahora parecía vacilar.

-Vas a venir, ¿no? –se encontró a sí misma diciendo.

En ese momento Lucía entreabrió los labios para responder, y en un segundo de duda fue interrumpida por un estruendo a sus espaldas. Pronto fueron iluminadas por una brillante pero efímera luz dorada, y Tere comprendió que la atención de Lucía estaba en ese punto detrás de ella. Se giró entonces y los vio: los fuegos artificiales se alzaban para estallar y en un instante donde la vida y la muerte se toman de la mano fenecer concibiendo en el proceso hermosas figuras que alumbraron el cielo de Galpuria. Estaba tan absorta viéndolos subir y bajar que apenas pudo oír a Lucía a sus espaldas.

-Está bien -murmuró, y cuando Tere se giró hacia ella comprobó que ni siquiera la miraba, que su mirada estaba fija en el espectáculo a sus espaldas.

Y Tere casi se creyó estar en un sueño, pues algo tan perfecto no podía estar pasándole a ella; no podía ser real.

-Vaya –comentó Sara- ya casi han terminado. Es una lástima.

-¿Qué dices? –preguntó Lucía, de nuevo llena de vida. Entonces, mientras el último rayo surcaba recto y orgulloso el cielo preparándose para estallar, les dijo-. ¡Rápido, pedid un deseo!

-¿Un deseo? –preguntó Sara-. Pero tía, eso es con estrellas fugaces, no fuegos artificiales- dijo entretenida. Tere debía admitir que era inusual oír palabras tan infantiles en Lucía.

-¡Tía! Tú no te lo cuestiones, solo hazlo –ordenó, repentinamente seria. Poco sabía ella que esta solemnidad fue contraproducente ya que lo único que logró fue hacer reír a Sara aún más.

-Creo que paso –dijo-. De todos modos, no se me ocurre nada que pedir que una estrella fugaz me pudiera conceder.

Tere, desde lejos, las observaba conmovida. Aun a pesar del tiempo que había pasado a veces le seguía costando creer que formaba parte de estas escenas, solía olvidarse de que no era una espectadora distante y que podía participar en ellas, por eso le pilló por sorpresa cuando Sara se giró hacia ella y le preguntó qué creía al respecto.

-Bueno, supongo que por probar no pierdes nada, ¿no? - les respondió, mientras juntaba las manos y cerraba los ojos, lo más parecido a una oración que había hecho en mucho tiempo.

Formuló en su mente su mayor deseo, cruzó los dedos y pidió que aquel momento fuera eterno.

Capítulo 7

VII

El tiempo no se detuvo en Galpuria aquella noche, o al menos no para siempre. Sin ninguna consideración por los deseos de las niñas siguió avanzando y fue así que los ardientes rayos del sol acariciaron las tierras de la ciudad aún humedecidas por las lluvias de primavera mientras esta estación era dejada atrás y sus habitantes se olvidaban de las sufridas y abundantes tormentas de aquel invierno. Las calles encharcadas que tanto tiempo atrás habían recorrido Sara y Tere compartiendo un paraguas mientras volvían a casa ahora estaban secas y relucientes, reflejando toda aquella luz veraniega que lo envolvía todo en la calidez propia de la única época del año en que el clima permitía a los galpurianos disfrutar del buen tiempo y sol de verano.

Así que, como lagartijas, Sara las había convocado aquel día a sus amigas en la playa para sentarse y ponerse al día en las rocas. Originalmente Lucía se emocionó mucho pensando que se lo había pedido a ella sola, pero resultaba que simplemente Alba no había podido ir aquel día y Carmela estaba de vacaciones ese mes. Al final solo habían ido Tere, Sara y ella, y si bien le había molestado un poco que la primera hubiera aparecido acabó tolerando su presencia no tanto por necesidad como porque había traído consigo una bolsa de patatitas que entre las tres habían terminado.

-Entonces, ¿de verdad no hiciste nada este verano? –le preguntó Sara. Dudo por un instante antes de continuar y ya solo por esto Lucía se esperó lo peor- ¿Tampoco viste a Adrián?

¡Sabía que no debería habérselo dicho! Esto era lo que pasaba cuando le contaba un secreto a alguien: con suerte no lo delataba ni lo decía de forma explícita a otros, pero las preguntas “en clave” que todo el mundo podía entender, esas nadie parecía poderlas contener. Se planteó lanzarle una mirada asesina como castigo pero eso solo la dejaría más aún en evidencia. Tampoco importó mucho lo que hizo o dejó de hacer, pues lo siguiente que dijo Tere fue:

-Oye Lucía, a ti te gusta Adrián, ¿no?

Y bien podría haber hablado la muerte, pues entre ellas reinó un silencio más absoluto que la nada. Sara se revolvió nerviosa y Lucía continuó resistiéndose a confesar, así que Tere le dió un empujoncito:

-Bueno, era solo una idea, como siempre que sale el tema os miráis de

forma rara pues yo... pensé que... en fin, ya sabéis.

Sara le lanzó entonces una mirada muy significativa y comprendió que no tenía sentido negarlo ahora y que su silencio había hablado por sí solo, así que se rindió.

-Puede ser -Tere abrió mucho los ojos y pareció a punto de decir algo, pero se le adelantó-. Pero no voy a responder a ninguna pregunta del tema. Os lo contaré todo, pero en otro momento.

-Espera, ¿entonces sí pasó algo? ¿Sí hay algo que contar? -preguntó, ignorando lo que le acababa de decir.

-A ver, no -dijo. Podía sentir la sangre subiéndole a las mejillas-. Pero sí. Ahhh es un lío, de verdad que estoy hecha un desastre al respecto. Os aseguré que cuando tenga las cosas un poco claras os lo contaré. De todos modos, no sé si serviría para algo considerando que... -y entonces se interrumpió, porque no supo cómo continuar.

-¿Qué quieres decir? -preguntó Sara.

Lucía pensó detenidamente cómo expresar lo que le preocupaba en ese momento o si debía hacerlo en primer lugar. Se le ocurrió que confesarse podría hacerla sentirse mejor, pero no le salían las palabras y entonces cambió de opinión. Es demasiado pronto para mencionarlo, aún no hay nada seguro, pensó para sí.

-¿No habéis pensado alguna vez en salir de ese lugar de mierda? -preguntó. Si no fuera por el murmullo de las olas casi creería estar en un lugar muy muy lejos de Galpuria.

Tere pareció confundida, y si bien Sara también, la expresión de la primera fue mucho más llamativa.

-No entiendo a qué te refieres -le dijo.

-Me refiero a que estoy harta de los Santos Campos. Estoy harta de que me traten como la mierda y que les tengan menos asco a las ratas que a mí. -contestó incapaz de mirarlas a los ojos.

-No sé tía -respondió Tere, pálida como un espectro-, a mí me tratan bien aquí, ¿por qué dirías eso?

-No -intervino Sara-. Lucía tiene razón, solo que tú aún no lo notas. Acabas de llegar, pero yo llevo aquí desde los cuatro años y te puedo asegurar que les gustas por ahora porque sacas buenas notas y eres su gallinita de los huevos de oro, pero los demás no tenemos tanta suerte. Yo tampoco me siento bien ahí. Para ellos no existes si no vas a darle

buena imagen al colegio. Probablemente te escondan en una esquina y dejen a la gente con pasta que hagan lo que quieran con tal de que se queden y cuenten lo maravilloso que es y lo ejemplares que son sus alumnos y así más niños con dinero vayan ahí -entonces Sara se aovilló y desvió la mirada, balanceándose con nerviosismo concluyó:- Tienes que andar con pies de plomo, un paso en falso y las pijas te harán la vida imposible.

-¡Es eso! -exclamó Lucía, ahora llena de energía-. ¡Estoy harta de que se pasen el día lanzándome miradas y de que se rían de mí sin poder hacer nada! Siempre se defienden diciendo que me lo estoy imaginando. ¡Y los profesores! están todo el día hablando de que somos una familia y esos rollos pero luego son los primeros en dejarlas hacer lo que deseen y, siempre que las consecuencias no sean obvias, no ver nada y darte la espalda. Esto es claro, si no se esfuerzan en ocultarte, no vayas a "perjudicar su imagen". Solo te valoran si les eres conveniente, pero lo que más me molesta es que a pesar de eso esperan que seas buena y que les sonrías de vuelta. Me dan asco Tere, esa gente da asco y odio tener que seguir haciendo las mismas cosas repelentes día tras día, ¿lo entiendes ahora?

-Claro -dijo, muy muy bajo, un sonido apenas audible-. Sí, claro.

En ese momento una ola estalló con tanta fuerza contra la roca en la que estaban sentadas que casi acabaron empapadas. Este recordatorio les hizo darse cuenta de, aunque cotilleando el tiempo para ellas pasaba rápido, a su alrededor continuaba fluyendo al ritmo natural. Había subido tanto la marea que no tuvieron más opción que retirarse.

-Oye, ¿cómo es que nunca tienes prisa a la hora de volver a casa? -le preguntó Sara.

Acababan de dejar atrás a Lucía para bajarse en su parada y estaban ya en el último tramo del camino de vuelta.

-¿Y esa pregunta tan de la nada?

-No se. Es que me estaba dando cuenta de que siempre soy yo la que tiene que volver antes y considerando cómo deben ser tus padres me parecía muy raro

-¡Qué dices! ¿Y cómo se supone que deben ser, si puede saberse? -pregunto entretenida, pero ligeramente confusa.

-No lo sé, ¡muy estrictos! siempre me los imaginé de esa manera.

-¡Tú lo que pasa es que te imaginas muchas cosas! -le respondió, negando con la cabeza-. No son tan malos, y de hecho no tengo hora tope. Me dejan volver cuando quiera siempre que me acompañes.

-¿Ehhhhhhhhhhhhhh?

Por algún motivo, siempre que hablaban Tere tenía que hacer esfuerzos por no estar todo el rato sonriendo como una tonta. Había algo en la forma en que su tono la hacía sentir partícipe de una broma común que llenaba sus conversaciones de carisma. En ese sentido, Tere deseaba poder llegar algún día a ser como ella.

-¿Y esa reacción? ¿No te habías dado cuenta hasta ahora de que siempre que tienes que volver temprano por algún motivo también lo hago yo? -sonrió mientras alzaba una ceja. No era usual pillarla desprevenida y no pensaba dejar escapar la oportunidad.

-Ahora que lo dices sí, pero eso da un poquito de mal rollo. Bueno, no pasa nada, te perdono, para que veas que yo te lo perdono todo.

-Qué exagerada -le respondió. Entonces, dio un suspiro y ya más seria continuó- ¿sabes? Creo que tener siempre a alguien con quien volver a casa me está dejando muy mal acostumbrada. Ahora salir sola de noche sola aunque sea solo a tirar la basura me da casi un poquito de miedo.

Apenas se atrevía a reconocerselo a sí misma, pero esto era cierto: las veces que el grupo había quedado fuera de casa sin Sara le pesaba terriblemente su ausencia. Ya no solo era por hacerle compañía; Sara era mucho más hábil que ella en lo que respectaba a la logística y cómo vivían al lado ella era siempre la que sabía que bus coger para desplazarse y sus horarios, así que las veces en que no estaba quedaba en evidencia lo extraña que le era Galpuria. Poco a poco había ido ampliando sus horizontes, pero se había relajado ahora que Sara iba siempre un paso por delante. Sus conversaciones al final del día se le habían vuelto tan familiares que apenas podía concebir la posibilidad de volver sin ellas a un sitio y poder llamarlo hogar.

A pesar de eso y quizá para evitar que el ambiente se volviera intenso Tere dejó escapar una risita con esta confesión, pero cuando volvió la vista hacia Sara esta había dejado de caminar y su mirada se había oscurecido, haciendo que Tere se temiera lo peor.

-Oye, no deberías tener tan buen concepto de la gente de nuestro colegio

-¿Y eso? -preguntó Tere mientras reía aliviada -¡Quita ese gesto tan

ominoso! No puedes darme sustos así por cosas como esa.

-Ominoso -repitió Sara-. Solo tú podrías decir una palabra así como si nada, pero a lo que iba. Lo digo en serio, ¿sabes? Me acabo de acordar de lo que hablamos antes y creo que no lo entiendes. Eres demasiado permisiva con el resto de tus compañeros cuando se han estado riendo de ti casi desde que llegaste. En plan obviamente no lo han hecho delante tuyo, y supongo que tampoco es algo tan inusual, considerando que también se ríen de todas nosotras, y sin embargo... -aquí Sara se trabó, pero no hizo falta que dijera nada más para que Tere entendiera.

-Sí, lo sé. O sea, no lo sabía seguro aunque me lo imaginaba -respondió con un suspiro-. -. Aun así, no te preocupes. Eso no me importa.

Y si bien Tere pretendía calmarla con estas palabras, lo único que consiguió fue alterarla aún más.

-¿Cómo no te va a importar? -exclamó- ¡Eso no tiene ningún sentido!

-No sé Sara, a mi no me parece tan mal -se excusó-. Es decir sí, está feo, pero mientras me dejen a mi aire, ¿qué más da? -Tere se preguntó si a estas alturas estaba hablando por hablar. De cualquier modo, antes de que fuera consciente de lo que iba a hacer, confesó:- La verdad es que mientras os tenga a vosotras, no me importa nada lo que traten de hacerme los demás.

¿Se reflejaría en sus palabras la inmensidad de la esperanza que sentía? esperaba que sí, pues esto era algo que había sabido desde el mismo día en que la conoció: nada podría derribarla mientras tuviera una persona sobre la que se pudiera apoyar.

-Lo siento, pero la verdad es que sigo sin entenderlo bien -respondió Sara, ahora ya más relajada-. ¿Sabes Tere? A veces no sé qué es lo que te pasa, si sabes demasiado o si es que sabes demasiado poco, pero por favor, aléjate de ellas. Y por el amor de dios, deja de ser amable con gente que no lo merece.

Y a esto Tere nada tenía que añadir.

Continuaron el resto del camino las dos juntas en silencio, aun afectadas por la conversación que acababan de tener; si bien se sentía cómoda habiendo verbalizado sus emociones, Sara parecía haberse quedado con los nervios a flor de piel: aun si la tarde era cálida casi parecía que estaba temblando.

Cuando ya habían llegado al portal de Sara, justo antes de despedirse

Tere dijo:

-El otro día estuve ojeando los libros que me disteis por el cumpleaños y hay uno que me leí hace poco que me llamó la atención -no era el mejor momento para un cambio de tema radical pero llevaba tiempo queriendo comentárselo y sabía bien que si no daba el paso ahora se le seguiría olvidando o seguiría poniéndose excusas-. Es... interesante. Creo que deberías leerlo.

-¿Tan importante es como para que me lo digas ahora? -preguntó Sara, casi incapaz de reírse.

Tere sintió un profundo alivio al ver a Sara tranquila otra vez.

-Bueno, sí. O sea no es urgente, pero si quería que le echaras un vistazo ya -dijo mientras se balanceaba sobre las puntas de sus pies.

-Está bien. No estoy muy segura de a qué te refieres, pero vale, déjame antes de que acabe el verano para que me dé tiempo a leerlo.

Tere sonrió complacida y finalmente se despidió de ella. Qué tarde tan extraña había sido, y sin embargo, ¡bienvenida fuera! Antes siquiera de que hubiera terminado el día ya se encontraba, al igual que las otras, esperando con ansias su próximo encuentro. El futuro parecía extenderse infinito ante las niñas y estaba lleno de promesas. Ellas, por su parte, estaban preparadas, listas para estirarse y cosechar todas y cada una de estas! ¡Si tan solo pudieran ahora! Pero no, tanto ella como sus amigas se encontraban constreñidas por su juventud dado que en realidad no eran sino crías que poco podían hacer más que soñar, al final del día.

Así, todos y cada uno de los días de ese verano, cada una desde un lugar distinto, las niñas miraban el cielo justo antes de dormir y le pedían a las estrellas que rápido, hicieran que el tiempo volara frente a ellas para poder crecer muy, muy rápido.

Capítulo 8

VIII

-No tía, no –le dijo Sara–. Pues claro que no me esperaba que tú de entre todos me dejaras un libro porno.

-Shhhh, nos van a oír –respondió, el pánico asomando su cabecita en los recesos de su voz. Era imposible no notarlo, aun si Tere se esforzaba por aparentar calma.

-Qué dices, si no hay nadie cerca. Ya te aseguraste de ir a la esquina más enrevesada posible del colegio solo porque te dije que teníamos que hablar de esto.

Y era verdad, comprobó Tere cuando miró en derredor, no había nadie lo suficientemente cerca para oírlas, mucho menos algún adulto, pero aun así era incapaz de evitar aquel terror que le ocasionaba tocar esos temas en el colegio, de todos los sitios posibles.

-Igualmente, deberíamos tener cuidado –le dijo-. Si alguien se enterara...

-Si alguien se enterara, no pasaría nada –la cortó-. No es para tanto, tía, no es como que solo por pensar en ello nos fuera a caer de la nada un rayo del cielo.

Eso, pensó Tere, sonaba terroríficamente factible, y tuvo que mirar hacia arriba para comprobar que las palabras de Sara no hubieran causado que ocurriera. Suspiró, aun con miedo y reticencia, pero acabó accediendo a sus peticiones.

-Está bien –le dijo, admirando las bellas piedras del suelo. De golpe estas le suponían una fuente de gran fascinación.

Sara contuvo una sonrisa de emoción cuando cedió y pronto se le estuvieron escapando las palabras antes de que pudiera siquiera pensarlas, casi cobrando vida propia:

-Vale, en primer lugar ¿Cómo exactamente llegó a ti este libro en concreto y cómo me lo dejaste... no, mejor, cómo no me lo dejaste antes? ¿Dónde podemos conseguir más?

-¡¿Más?! –Se sobresaltó-. Había estado tratando de pensar en cómo deshacernos de las pruebas del delito, no de cómo conseguir más. - contestó, cubierta por una expresión de horror.

-¿Delito? –repitió Sara. La verdad era que estaba muy entretenida con su reacción y en ese momento era incapaz de tomarla en serio- ¿Pero de qué delito hablas tía? No hemos hecho nada malo –respondió.

-No no no no y no, ¡me niego!

¡Cuán paradójica era la situación y qué confusa debía ser para Sara! Había sido Tere quien le había hablado de aquel libro en primer lugar, la que la había persuadido y convencido de que lo leyera, le había asegurado que era más interesante de lo que inicialmente parecía y ahora, ahora que entendía por qué había sido tan insistente se negaba a indagar más, ¡qué extraña debía parecerle! Sara debió sacar conclusiones equivocada en torno a esta inusual situación, porque pronto estuvo sonriendo, toda ella picaresca mientras le decía:

-¡Fijo que quieres leer más tanto como yo!

Y comprendió, por lo complacida que se veía, por lo ebria que estaba de emoción y adrenalina que no importaría lo que dijera, pues no habría forma de convencerla de que no podía haber propuesto nada más alejado de la realidad.

-Te digo que fue un error –insistió en un intento de ser racional, no sin bajar el volumen de su voz con precaución-. Mira, yo no tenía ni idea de lo que realmente era y ni siquiera fui yo la que lo compró, ¡me lo regaló Alba por mi cumpleaños el curso pasado! Y ella tampoco debía saber de qué trataba realmente, solo vio que estaba en todos lados y, ¿y yo que sé, Sara? Debió de cogerlo para acabar pronto con esto sin ni siquiera leer el resumen, que tampoco es muy ilustrativo en eso, por cierto -frenó entonces cuando notó que se le había agotado el aire en los pulmones y fue consciente de que se había alterado notablemente y su respiración se había vuelto agitada en algún punto. Qué extraño, pensó, no solía quedarse sin aliento, ¿era posible que el estrés de volver tan pronto a la rutina de exámenes le estuviera afectando?

-A ver, tranquilízate –dijo Sara, su voz cálida como el sol que templaba al mar-. Está bien, te creo. Bueno, no del todo, pero por ahora te creo. Aunque sigo sin entender, entonces ¿cómo es que seguiste leyendo? y por qué me lo diste a mí si no es para discutir... bueno, ya sabes.

-Ni lo sé ni lo quiero saber –respondió casi sin pensar.

-Tú me entiendes.

-Pues... –empezó a decir Tere, de golpe sin palabras con las que rellenar el espacio entre ellas-. Bueno, la verdad es que te hablé del tema para decidir qué hacer exactamente ahora con esto, y sobre por qué lo leí la verdad es que... -qué extraño, pensó, no sabía la respuesta a esa

pregunta- lo leí porque tenía curiosidad, supongo.

Oh no, qué bochorno sintió cuando Sara no solo no la tomó en serio sino que hizo ruido a más no poder riendo sin parar. Tere se planteó saltar sobre ella con tal de evitar la atención que podrían ganarse, pero eso probablemente la haría reír aún más.

-¡Ya basta! ¡Esto no es divertido! Aun me tienes que decir que se supone que vamos a hacer.

-¿Que qué vamos a hacer? –pregunto con un gesto radiante en su cara. Estaba sonriendo mucho, notó Tere, y con mucha malicia ahora que se fijaba bien. Casi pudo sentir escalofríos antes de oír la respuesta-. ¡Pues se lo vamos a enseñar a Lucia, eso es lo que vamos a hacer!

-¿Qué? No -le dijo-. ¡Sara, no!

Pero era demasiado tarde, antes de que Tere pudiera pensar un buen argumento en contra, o simplemente decir nada más Sara ya había salido corriendo, y aunque frenó pronto, le impidió alcanzar el libro cuando llegó a su altura mientras se reunían con las demás.

-Ah chicas, justo a tiempo -dijo Lucía mientras Sara y Tere se acercaban agotadas a ellas-. Tenéis que invitarme la próxima vez que hagáis cosas a escondidas en un rincón oscuro del patio, esos suelen ser los recreos más divertidos.

-Estábamos hablando de lo que haremos en Halloween -dijo Alba-, yo proponía venir a mi casa y pedir caramelos por la urbanización.

-¡Ay, eso estaría genial! -exclamó Tere-. Siempre quise poder pedir dulces de niña, pero era difícil viviendo en un piso.

-Ah si, sobre eso -respondió Alba, su rostro contrariado- no estoy segura de que haya sitio para que tú también te quedes a dormir.

Sin darle siquiera tiempo a reaccionar, Lucía cortó a Alba antes de que pudiera seguir.

-No pasa nada, tengo un saco extra de dormir -dijo- a una mala con una colchoneta una duerme en el suelo si es necesario.

¡Cuánto dinero habría estado dispuesta Lucía a pagar por immortalizar la cara de Alba en ese momento! Ciertamente ella misma se había sorprendido al actuar así, pero aquel día no podía sino encontrar a Alba terriblemente cansina y no pudo resistir la tentación de callarla de cuajo.

Alba por su parte pareció experimentar arcadas pero por más que lo intentara no parecía capaz de expulsar fuera de sí cualquier palabra. Clavó en ella los ojos, ahora más confusa que sorprendida, y le dijo:

-¿Pero tía a qué viene eso? -preguntó- No entiendo nada, no te entiendo lo más mínimo.

-Ah, yo tampoco. -respondió, casi incapaz de aguantarse la risa de lo irónica que le parecía la verdad en ese momento-. Yo tampoco me entiendo en absoluto.

-Lo que tú digas -puso los ojos en blanco, y Lucía creyó que iba a añadir algo más pero debió abstenerse porque ya habían dejado a las demás bastante confusas y no quería empeorar su situación. Parecía muy descontenta, pero aquello no podía importarle menos.

-Eh, chicas -murmuró dubitativa Tere. Cuando le devolvieron su atención, parecía querer señalar un punto detrás de ellas, y pensó que Tere no podía ser menos oportuna y no podía haber elegido peor momento para hablar hasta que se giró y comprendió lo que quería decir.

Tenía un gesto extraño, pensó Lucía, por más que intentaba lucir firme, Olivia no podía sino temblar: cambiaba el apoyo de sus piernas de un lado a otro y sus manos, tan apretadas como se veían, se aferraban con fuerza a ambos lados de la falda de su uniforme para disimular sus movimientos. Tan nerviosa como estaba, sin embargo, Lucía casi sintió el impulso de retroceder cuando sus ojos se encontraron con los suyos sorprendida ante la intensidad que encontró en ellos; aunque estaba aterrada, comprendió, también estaba terriblemente decidida a actuar.

-¿Qué haces aquí? -Graznó Alba. Cuánta violencia, pensó Lucía. Casi tuvo que frotarse los ojos para asegurarse de que no le hubiera salido pico, aunque tenía sentido que después de la escenita no estuviera del mejor humor. Para ser justos, ella tampoco lo estaba.

-Venía a proponeros un trato -les dijo.

-¿Un trato? -preguntó confundida Alba-. Tía, ¿de qué hablas?

-Es vuestra última oportunidad -les dijo-. Esta es mi oferta: si me dejáis volver ahora, me olvidaré de todo lo que ha pasado y haré como si nada del último curso hubiera ocurrido.

El silencio que reinó a continuación las atrapó con tanta violencia que por un momento Lucía creyó que quizás el tiempo se había llegado a parar, pero cuando se recuperó del impacto de esta situación sacó las fuerzas

para decirle:

-Vale, perdona, pero no tengo ni idea de a qué te refieres o de qué me estás hablando -y se rio. Qué extraño, pensó, tanta tensión que había experimentado hacía un instante se había diluido con tanta facilidad, que rara era aquella situación. Cuando se hubo calmado y recuperó el aliento, se encontró que Olivia no encontraba la escena tan entretenida como ella, y ante su silencio, continuó:- A ver, vamos a dejar algo claro: no te queremos aquí.

Si hubiera mirado propiamente ante sí, Lucía habría sido capaz de ver que sus palabras impactaron tanto a Olivia que tuvo que retroceder para no desequilibrarse, pero nada de esto le interesaba y por eso se encontraba ciega a ella en ese momento. Nadie pudo ver la pena en su rostro, y por lo tanto de cara a ellas bien podría no haber existido.

-Pero -dijo- no entiendo... -sin atreverse a alzar siquiera la mirada, parecía absolutamente derrotada-. ¿Ahora con quién se supone que voy a estar?

Lucía se disponía a responderle cuando se vio interrumpida.

-¿Se puede saber de qué estáis hablando, chicas?

Ah, que fastidio era que Isa se les acercara en plena discusión, ¿de verdad tenían que elegir este preciso momento los profesores de guardia para hacer bien su trabajo? Bueno, no pasa nada, se dijo, no estaban haciendo nada malo así que no tenía por qué estar nerviosa. Pero entonces, ¿por qué le pareció tan denso el silencio que siguió su aparición? ¿Por qué se había quedado sin palabras?

No importaba, nada de aquello importaba, nadie más estaba haciendo nada y decidió que lo mejor sería intervenir antes de que alguna de ellas hablara más de la cuenta. Diría lo primero que se le pasara por la cabeza.

-Del ciclo reproductivo de las anguilas -respondió.

-¿Perdón?

Estaba claro que de todas las respuestas posibles, la señorita Isa no esperaba esa. Lucía jamás pensó que diría esto, pero, icómo se alegraba de haber tenido que oír a Tere hablar de las curiosidades más estrafalarias que había aprendido la última vez que quedaron!

-Sí, yo tampoco me lo imaginaba, pero es mucho más complicado de lo que parece. Para empezar, se especula que durante la primavera todas las anguilas del mundo se reúnen en el Mar de los Sargazos para poner

huevos y...

-No, no te he pedido que me expliques los detalles -la interrumpió-, te he pedido que me digas que es de lo que de verdad estabais hablando.

-Pero si ya lo he dicho, estábamos hablando de como las anguilas...

-¿De veras? -preguntó Paula. Aquí debió de haberse hartado de dejarse torear, porque se giró hacia el resto del grupo y les preguntó:- ¿Era eso de lo que hablabais chicas? ¿De anguilas?

Y Lucía quiso creer por un momento que no lo arruinarían, tanto fue así que cruzó los dedos porque no lo estropearan, pero era inútil: conocía a las demás demasiado bien para saber que no aguantarían bajo presión y que si se les preguntaba directamente no serían capaces de mentir a un profesor.

Alba estaba a punto de decir algo y casi sintió un rayo de esperanza cuando la campana del final del recreo se hizo oír por todo el patio.

-Vaya, parece que tenemos que volver a clase -se apresuró a decir, e inmediatamente se dio la vuelta por una vez entusiasmada por iniciar el camino a las aulas, cuando sintió una mano firme apoyándose sobre su hombro.

-Espera -la detuvo Paula-, os voy a hacer una última pregunta antes de que os vayáis a clase -y entonces se giró sin apenas dejarles tiempo a procesar lo que estaba ocurriendo, su gesto decidido y sus ojos firmes-. Olivia, ¿te estaban molestando de alguna manera?

En la sorpresa del momento, la niña entreabrió los labios para responder pero pareció paralizarse, porque por unos momentos nada salió de ellos. En aquel instante que se prolongó en el infinito, Lucía se preparó para que lo peor llegara pero cuando menos lo esperaba, Olivia se limitó a exhalar un simple no.

-Deberíamos irnos -y, sin esperar respuesta se dio la vuelta y rompió el círculo en que sin darse cuenta habían quedado atrapadas, aquel extraño pentagrama. Al hacer esto liberó a las demás que antes estaban petrificadas de tal forma que, una tras otra, comenzaron a seguirla mientras la profesora no tuvo más remedio que dejarlas marchar.

Poco antes de llegar a clase, sin embargo, notó que alguien la agarraba y la llevaba lejos. Cuando por fin tuvo la oportunidad de soltarse se encontró cara a cara con Alba.

-¿Se puede saber lo que te pasa? -directa al grano como siempre, pensó

Lucía.

-¿Qué quieres ahora? –contraatacó. No tenía energías para discutir, no después del susto que le acababan de dar, pero si Alba insistía en interponerse en su camino iba a terminar por enfadarla de verdad.

-No se, ¿tú qué crees? –respondió, su voz sorprendentemente intensa para ser un susurro-. ¿Qué se supone que ha sido eso? ¿No habíamos acordado que después de Olivia íbamos a echar a Teresa?

-Ah –respondió Lucía, casi aliviada-. Sobre eso, creo que he cambiado de opinión. Estamos bien así.

-Pero tía... -empezó a responderle, pero no continuó. Alba pareció bastante contrariada y debía tener dificultades para encontrar las palabras, porque le costó encontrar las fuerzas para continuar. viéndola así, Lucía casi sintió pena por ella. Casi-. Pero tía, habíamos quedado en que...

-Ya se en lo que habíamos quedado –la cortó. Para su sorpresa, ahora fue ella a la que le costó hablar. Le daba vergüenza, comprendió, le daba vergüenza verse obligada a decir esto en voz alta-. Pero te digo que he cambiado de opinión. Realmente creo que deberíamos dejar las cosas como están, y si vas a seguir insistiendo con lo de Tere, pues no esperes tener mi apoyo.

Alba entreabrió los labios y pareció a punto de decir algo, pero permaneció callada y eventualmente los cerró.

-Está bien, Lu –dijo mientras se daba la vuelta-. Haremos lo que tú quieras, como siempre acabamos haciendo. ¿Sabes qué? que te jodan Lucía, paso de ti.

Curiosamente, cuando le observó la cara de refilón más que enfadada, Alba parecía dolida por su decisión. Esta era una de sus amigas más cercanas, pensó, llevaba con ella desde casi el día que llegó. Habiéndola herido debería sentir dolor, y sin embargo por más que rebuscó en su interior alguna emoción Lucía descubrió con terror que ninguna chispa de empatía había sido prendida en su interior. Ni sus palabras ni su gesto parecieron afectarla más allá de hacerle experimentar una distante melancolía precisamente por descubrir en ella una respuesta tan apática y no pudo sino preguntarse si quizás se le había helado realmente el corazón. Después de todo, Alba había sido su primera amiga y habían permanecido juntas prácticamente todo este tiempo; era por tanto lógico, pensó, que ante una situación así la compadeciera. Y aun con esto, cuando miró dentro de sí comprendió que debía haber tenido mayor éxito del que creía en su objetivo de no apegarse demasiado a nadie, pues en lugar de tristeza solo encontró un enorme silencio. Quizá no era más que

una desagradecida, pensó, quizá si que estaba vacía por dentro.

No obstante y quizás precisamente a causa de esto brotó en ella un inesperado desprecio que enturbió su imagen de Alba por todas estas emociones negativas que le estaba haciendo experimentar, esta angustia por su incapacidad de amar. Se sintió traicionada y triste por no haber sido capaz de quererla mejor, y para ahorrarse el dolor la culpó a ella antes que a sí misma.

Capítulo 9

IX

-¡Bu! ¿Te sorprendí?

-Tere, mi amor -empezó a decir Sara-, es difícil que me sorprendas cuando ya has hecho ese truco unas diez veces esta tarde.

Tere se rio risueña como una niña en pleno subidón de azúcar. De hecho, era una niña en pleno subidón de azúcar. Alzó sus brazos a su alrededor haciendo que la sábana que caía de ellos ondeara al viento.

-¡Pero cómo no te vas a asustar! No ves fantasmas todos los días -dijo, simulando flotar en torno a ella. Sara no estaba segura de cómo decirle que los fantasmas que no paraban de sonreír no eran particularmente terroríficos y, ante la duda, decidió guardárselo.

Se estaban escapando en ese momento las últimas luces del día en aquel Halloween y las niñas casi habían terminado de recoger todos los dulces del vecindario de Alba. Aunque habían hecho detallados planes sobre cómo se organizarían esa tarde, al final entre que una llegó tarde, a la otra se le olvidó el disfraz y que Sara sólo quería aprovechar la oportunidad para probar a hacer maquillajes especiales, cada una había acabado vistiéndose de lo primero que encontró.

De la que se acercaban a la última casa que planeaban visitar, vieron a Lucía pasando cerca de ellas con una amiga que apenas conocían. Iban a ir todas en grupo, pero eran tantas que en algún momento habían acabado por separarse, habiendo acordado que se reunirán frente a la casa de Alba a la hora de la cena.

Así pues, Sara comenzó a caminar hacia ellas cuando notó un cosquilleo en su muñeca causado por el amago de Tere de agarrarla. Cuando se giró para mirarla, confusa, Tere pareció darse cuenta de lo que acababa de hacer, pues se detuvo al instante con un gesto de sorpresa mientras retiraba la mano y murmuraba "lo siento".

-¿Pasa algo? -preguntó mientras se estiraba de vuelta hacia su mano. Tras darle un apretoncito a la muñeca de Tere, la volvió a soltar.

-No, no te preocupes -aunque intentó sonar serena, tenía un gesto tan evidentemente incómodo que Sara se preguntó si de verdad creía que estaba resultando mínimamente convincente.

-Si has tenido algún problema con Lucía sabes que podemos hablarlo.

-Ja -exhaló-, ¿de verdad soy tan fácil de leer? -sonrió derrotada.

-Estos días has estado actuando de forma rara -admitió, muy orgullosa de sus dotes deductivas-. No, rara no es la palabra, más bien es que cerca de Lu has estado... demasiado normal.

-¿Eh?

-Lo que oyes. Por ejemplo, piensa en el otro día, en la hora libre que tuvimos en clase. Ni siquiera te escandalizaste cuando nos la pasamos leyendo fanfics eróticas de los Justin Direction.

-¿Espera que hicisteis qué? -preguntó espantada.

-Ah, así que era por eso. Entonces no importa, olvídalo -sí, realmente había temido que Tere hubiera estado enferma cuando no reaccionó en su momento. Esta respuesta ya le era más familiar.

-No me lo puedo creer -dijo mientras la agarraba del brazo y la obligaba a prestarle atención-. No puedo distraerme ni un minuto sin que vosotras dos la lieis, isois lo peor!

-Técnicamente fue más de un minuto -puntualizó Sara. Tere había optado por terminar los deberes pronto aquel día, así que no pudieron contar con ella la mayor parte del tiempo-, pero para compensarte te prometo que te avisaremos para que las leas con nosotras la próxima vez.

-iDe eso nada monada! iNo va a haber una próxima vez!

-Vale, vale -dijo mientras se reía. No importaba cuánto tiempo pasara, nunca se cansaría de ver las reacciones de Tere-. Todo esto es muy divertido, pero no te olvides de lo que estábamos hablando.

-Lo se -le respondió, ahora más tranquila aunque Sara notó en su tono una cierta melancolía-. Lo siento, Sara. Me aseguraré de arreglar las cosas antes de que mis tonterías estropeen la tarde.

-Buen suerte -se encontró deseándole mientras se le adelantaba y desaparecía en la creciente oscuridad.

-Si te gustó esa serie, entonces tienes que ver este anime. En serio, no tengo a nadie con quien hablar de él y eso me está matando. Por favor, por favor...

-Vale, vale, me lo pensaré -le respondió Lucía.

La historia de cómo Lucía se había hecho amiga de Dorotea era larga, pero siempre sonreía al recordarla.

Por aquel entonces casi había pasado un año desde su llegada a los Santos Campos y aunque ya conocía a Alba y Carmela estas vivían demasiado lejos como para caminar juntas a la salida de las clases. Había más chicas que hacían el mismo trayecto que ella para volver a casa, claro, pero no quería mezclarse con ese grupo. Su tiempo en el nuevo colegio no le había permitido conocer a nadie a quien acercarse, pero sí le había servido para saber de quién debía alejarse las segundas, para su desgracia, si vivían cerca. Intentaba evitarlas, pero siempre que se las cruzaba estaban suficientemente aburridas como para importunarla. En estas situaciones, por mucho que pretendiera no oír las cuando la llamaban desde el otro lado de la calle, lo único que conseguía era que gritaran tan alto que todos los transeúntes las acababan mirando. Siempre usaban la misma estrategia y tanto morder el anzuelo como esquivarlo era, simple y llanamente, un asco.

La primera vez que eso pasó, sin embargo, Lucía fue lo suficientemente ingenua como para sucumbir a la vergüenza y acercarse a ellas. No tardó en arrepentirse.

-¡Uy Luci! -le gritó una- ¿Cómo es que andas tan sola?

Esta pregunta, a alguien que haya terminado el instituto hace mucho podría parecerle una cuestión inocente, pero no ha de confundirse el lector: su única intención era burlarse de ella echándole en cara que era nueva y no tenía amigos aún. Si quedaba algún atisbo de duda, esta era desmentida en la sonrisa depredadora de los labios de Amelia. Había pocas cosas que hicieran a la líder de ese grupo feliz, pero encontrar una nueva presa a la que pisar era una de ellas.

Se planteó mandarlas a la mierda, pero aquello habría sido lo peor que podría hacer, así que en un acto de disciplina se limitó a dedicarles una mísera mirada antes de girarse y dar media vuelta.

-Pero no te enfades, Luci -dijo entonces otra.

-Eso, solo te estamos preguntando -añadió una rubia.

Lucía se esforzó en distinguirlas o al menos identificar algún rasgo significativo que las diferenciara, pero todas le resultaron terroríficamente iguales, al punto en que creyó ver que cuando parpadeaba una a la vez parpadeaban todas las demás y se preguntó si quizá eran una especie alienígena. "No", pensó, "ni siquiera con extraterrestres sería tan difícil de tratar como con ellas".

-¿Qué queréis? -preguntó.

Bien, esta era la dinámica: podía defenderse, en cuyo caso se escudarían en que estrictamente hablando no habían hecho nada malo y bajo ese pretexto tomarían el papel de víctimas y la acusarían de lunática o podía ignorarlas y dejar que siguieran tratándola como una estúpida mientras se reían de ella en sus narices: he ahí la cuestión. Si jugaba bien sus cartas no lograría evitar estragos, porque si uno comienza a hablar con ellas esto es imposible, pero quizá conseguiría acabar esto rápido. Ya había visto ese proceso pasar antes con muchas de sus compañeras y cuanto antes lograra quitárselas de encima, más disminuirían sus posibilidades de meter la pata.

-¿Cómo que qué queremos? -preguntó Amela-, solo te veníamos a saludar.

-Ah, genial -respondió- pues adios.

Una de ellas ahogó una exclamación escandalizada como respuesta, otra saltó sobre la oportunidad que le dio su presa:

-No hemos hecho nada y así se pone -susurró, aunque eso sí, lo suficientemente alto para que Lucía pudiera oírlo- hay que ser borde, borde, borde.

-Ya ves tú el percal -respondió otra. Entonces, giró el índice a un lateral de su cabeza y dejó que ese digesto hablara por ellas, "esta turú" dijo sin palabras.

Odiaba a aquellas chicas y odiaba no poder hacer nada para defenderse, ya que cualquier cosa que hiciera sería usada en su contra. Se resignó a marcharse en silencio pero no sin antes lanzarles la última mirada envenenada que tanto querían, y cuando la recibieron se miraron unas a otras y, dando su teoría por confirmada rieron todas a la vez.

Las hienas habían salido aquel día en busca de carroña y en Lucía la habían encontrado, pero se dijo que jamás se lo volvería a permitir, que tomaría el camino que fuera, aun si era el más largo, con tal de quitarles

la oportunidad de volver a tenerla de presa.

Fue así como de ese día en adelante Lucía escogió la ruta larga para ir a casa. Era un camino cuesta arriba y cansino, pero si eso significaba no tener que volver a tratar con las amigas de Amelia, entonces la subiría entera una y mil veces.

A pesar de todo, sin embargo, a veces las que las prisas la obligaban a moderar su orgullo e ir directa a casa. La tarde que conoció a Dorotea fue una de estas.

Aquel día tenía que comprar una tarta para el cumpleaños de su hermana y terminar de decorar la casa a tiempo para asegurarse de que estuviera todo listo antes de que llegara, por lo que no podía permitirse perder tiempo con aquellas chicas a las que se veía forzada a llamar compañeras. Casi corriendo entró en el supermercado de camino a casa y cogió el primer pastel que encontró. Con suerte las pijas ya habrían pasado por ahí cuando saliera y si su hermana llegaba tarde (como solía hacer) todo saldría bien. Eso pensaba, al menos, hasta que las vio cruzando la calle mientras esperaba para pagar. Sintió un escalofrío cuando las vio pararse a la entrada del super. "Ya está, me han visto" pensó, y si bien esto hubiera sido malo de por sí, cayó en la cuenta de que tenía entre sus manos una tarta de tamaño familiar y entonces ya estuvo al borde del pánico al imaginar sus reacciones cuando la vieran. Casi podía sentir sus miradas clavadas en el kilito de más que tenía en torno a la cintura o en sus carnosas mejillas que le redondeaban demasiado la cara, la escena sería así:

"Ah, es para ti" diría una mientras el resto clavaban la mirada en su cuerpo, "bueno, cada uno es libre de hacer lo que quiera, ¿no?". Ahora mirarían fijamente la tarta y reirían entre sí "Sí, tú verás, nosotras no somos quien para juzgar" añadiría otra.

Y si bien esta escena de pesadilla era hasta ese momento solo eso: una pesadilla, ya había visto a aquel grupito diciéndole cosas así a otras por comer gusanitos en el recreo, así que no quiso ni imaginarse la crueldad que podrían alcanzar ahora que tenían la oportunidad.

Así pues, cuando la cola se terminó cerró los ojos y asumió su destino. Se mordió profundamente el labio mientras se preparaba para mantener la cabeza alta sin importar lo que pudiera dolerle lo que le dijeran cuando comprendió que, de hecho, no se habían parado por ella. Una vez estuvo más cerca vio que ni la miraban, le estaban dando la espalda y simplemente se habían parado a esperar a que otra chica, también con el uniforme de los Santos Campos que subía por esa calle las alcanzara.

-¡Ay Tea! ¡Qué bueno verte! Uy espera, ¿qué tienes ahí? -dijo Amelia mientras se le acercaba. A la vez que esta daba pasos hacia ella, la chica

retrocedía en respuesta y Lucía no pudo sino sentir pena por ella.

-¡Anda! Pero si es un grano -exclamó cuando su víctima no pudo retroceder más-, mira, está ahí, en la mejilla derecha. Tiene hasta corrector y todo. ¿Pero por qué pones esa cara? Si no se lo vamos a decir a nadie.

Al fin Amelia mostraba su verdadero rostro. Todos sabían que podía ser pozoñosamente dulce cuando la tienes delante para luego cruelmente destriparte una vez esté detrás, pero en algunas ocasiones, eso sí, siempre dentro de su fachada de inocencia, dejaba las apariencias atrás y se burlaba de ti en tus narices sin nada que pudieras hacer al respecto más que esperar y aguantar. Aquel día parecía haber optado por lo segundo.

-Si si, tú tranquilízate Tea. Nosotras solo lo vimos porque tenemos muy buen ojo -añadió Chihuahua Enfadado. En verdad se llamaba Dolores, lo cual le pareció a Lucía muy acertado por parte de sus padres, pues dolores era lo que le ocasionaba en los tímpanos cada vez que hablaba teniendo una voz tan chirriante, pero por desgracia todos parecían llamarla Lola. Cuando le preguntó a Alba por su nombre y trató de describírsela, un chihuahua enfadado fue lo primero que se le ocurrió por lo chillona que podía ser y lo altiva de su postura con respecto a los demás cuando ella era en verdad tan pequeña. Alba se rió tanto al oír esto (nótese que, sin embargo, supo inmediatamente a quien se refería) que Lucía decidió que entre ellas ese sería su nuevo nombre a partir de ahora.

Desde la distancia casi podía parecer que trataran de consolarla, pero difícilmente podía considerarse esto como acertado si se tenía en cuenta que habían sido ellas las causantes de su miseria en primer lugar. Fue entonces cuando se apartaron y pudo ver a la chica en cuestión, Dorotea, y comprendió que no era del todo una extraña, sino una de sus compañeras de la clase C. Era delgada y pequeña, una ratoncita, pensó, y si bien habíamos establecido que el pelo de Lucía pelo era dorado como el trigo, el de aquella chica era de un rubio claro como la luz del sol cálida por las mañanas, es decir, el tono que ella siempre había deseado. Sintió una punzada de envidia, aunque pronto desapareció considerando las circunstancias en que se encontraba. Con todo, no pudo sino admirarla, pues con o sin el grano del que hablaba Amelia era realmente bella.

-Dejadme en paz de una vez -respondió la chica. Ahora que podía verla con claridad lo tuvo claro: estaba angustiada-. Ya os he dicho que no me llaméis Tea.

-Pero Tea, entonces cómo te vamos a llamar, ¿Ratoncita? -dijo Amelia, y rompió a reír junto con las demás ante el chiste que ella no pudo

entender.

Expecto que entonces ató cabos y lo entendió. Un escalofrío recorrió su cuerpo: por supuesto, pensó, no es que le recordara a una ratoncita, es que esa era la forma en que siempre había oído a los chicos del patio referirse gritando a ella. ¡Qué horror! No podía creerse que de verdad hubiera cruzado su mente de forma tan natural esa comparación y se sintió más asqueada aun cuando vio a Dorotea encogerse más aún. Aun si no se le había ocurrido de forma peyorativa, sintió desprecio de sí misma y fue en ese momento cuando, como las perfectas piezas de un puzle, una idea encajó en su cabeza. Pronto, sin ser consciente de ello estaba caminando con firmeza hacia ellas, y antes de saber siquiera de lo que estaba haciendo, les dijo:

-Ya lo compre todo Dorotea, gracias por venir a buscarme -miró detenidamente a todas y cada una de las integrantes de aquel grupito- no hace falta perder más tiempo aquí.

Si Lucía había tenido dudas con respecto a si lo que estaba haciendo era una insensatez, todas se desvanecieron sólo con verles la cara de sorpresa, es más ijararía que algunas hasta parecían desagradadas! Esto, lejos de ofenderla, hubo de entretenerla tanto que cualquier consecuencia que pudiera tener ese acto mereció automáticamente la pena solo por haber podido causarles esa reacción.

Las pijas no eran tontas, sus presas favoritas iban solas y normalmente solo se desviaban de su camino para atacaban en manada a presas que no gozaban de su misma ventaja. Así, después de haberle clavado la mirada un largo minuto, el gesto de Amelia se deformó en una sonrisa a una velocidad que no podía ser natural, y viendo la rigidez del gesto Lucía casi sintió escalofríos.

-Vaya, lamento haberos hecho perder el tiempo -y pareció que iba a decir algo más, pero una de sus amigas la interrumpió.

-Ame, vamos a casa -dijo mientras la asía por el brazo-. Si no a nosotras también se nos va a hacer tarde.

-Tienes razón -confirmó mientras retrocedía-. Ha sido un placer veros, chicas -se despidió, taladrándolas una última vez con su sonrisa. Estaba esperando a que Lucía hiciera lo correcto y se la devolviera, pero no iba a concederle esa pequeña victoria.

-Menudas capullas -fue lo que dijo cuando estuvieron lo suficientemente lejos.

-Y que lo digas -le respondió Dorotea.

-Perdona lo de antes -le dijo una vez se le pasó el calentón del momento-, me estoy dando cuenta de que a lo mejor que haya aparecido de la nada ha sido algo extraño.

-En absoluto. Si acaso pareciste un milagro caído del cielo.

Mientras caminaban, Lucía se dio cuenta de que aquella chica era un diamante en bruto y se preguntó cómo era posible que no la hubiera conocido antes.

Desde entonces, siempre que por cualquier motivo una de las dos tenía que tomar ese camino ambas se ponían de acuerdo en el recreo. Por lo general no se les solían acercar si estaban juntas, pero de esta forma en caso de que aun así lo hicieran, se tendrían la una a la otra para defenderse, y pronto Lucía notó en Dorotea un patrón: cada vez que recurrían a este método, le tenía preparada una larga lista de recomendaciones de series que verse.

Era precisamente esto de lo que estaban hablando aquella tarde cuando Tere se les acercó, y se le ocurrió entonces que probablemente aún no se conocían, por lo que se figuró que esta era la oportunidad perfecta de presentarlas.

-iTere! -la llamó.

Se acordó en ese momento del día en que la había visto por primera vez y de cómo había aborrecido que se le acercara, ¡y aquí se encontraba ahora! se sorprendía a sí misma invitándola a unirse a su conversación en lugar de tratar de repelerla. A este paso, se dijo, iba a acabar hasta extrañando su presencia. Y, aunque esta idea le pareció ridícula, despertaba en ella una sensación positiva que hizo que verse apegada de tal manera a alguien no le importase, aun si muy hondo dentro de sí sabía que esto no era buena idea.

-Perdón -dijo nada más llegar, doblándose mientras intentaba recuperar el aliento-. ¿Qué tal estáis llevando la fiesta?

-No nos anticipemos a los acontecimientos -respondió Lucía mientras admiraba su muy cargada bolsa de caramelos- del botín no se habla hasta llegar a casa, no vayamos a gafarlo. Pero ahora que estás aquí, ¿conoces ya a Dorotea?

-Eh... -dijo, mientras se giró para mirarla. No pareció reconocerla, y Lucía sintió una chispa de orgullo al poder tener el momento de gloria de

presentarlas-. No, no me parece. ¿A qué clase vas?

-Al C -respondió ella, y sonrió- Soy Dorotea Gonzalez, encantada.

-Yo soy Tere, espero que no te importe que me haya unido a vosotras tan de golpe.

-iEn absoluto! -exclamó, mientras se inclinaba hacia ella-, estábamos justamente hablando de anime ¿tu sueles verlo?

Antes de que Tere pudiera contestar, Lucía interfirió.

-De hecho, fue Tere la que me habló del libro que te recomendé.

-iNo puede ser! -exclamaron a la par.

Fue gracioso, pensó Lucía, como las dos tuvieron la misma reacción inicial que derivó en emociones totalmente opuestas: mientras que Dorotea se había entusiasmado enormemente, Tere estaba horrorizada.

-iSe suponía que no se lo diríamos a nadie! -exclamó una.

-iEs mi libro favorito! -exclamó otra.

Aquí Lucía aprovechó el caos para escurrir el bulto y se aseguró de alentar a Dorotea a expresar su entusiasmo y así mantener a Tere entretenida el suficiente tiempo como para que se olvidara de preocuparse, lo cual no fue particularmente difícil. Pronto, estuvieron demasiado ocupadas hablando de sus canciones favoritas de los Justin Direction

y casi no se dieron cuenta de que pronto llegó la hora a la que habían acordado reunirse todas en la casa de Carmela. Justo cuando Dorotea acababa de entrar, Lucía sintió el suave tacto de Tere enredándose en torno a su brazo, tan delicado que poco más y no lo habría siquiera notado.

-Oye Lulu -murmuró, tan bajo que si no hubiera estado tan cerca no creía que hubiera sido capaz de oírla- la verdad es que quería hablarte de algo.

-Claro -respondió confundida.

Lucía permaneció en silencio esperando oír qué era aquello que Tere quería contarle, pero cuando la miró buscando una respuesta esta apenas dijo un "ehhhh" y comenzó a moverse inquieta de un lado para otro. Fue entonces cuando una cierta inseguridad la asaltó al darse cuenta de que probablemente no fuera a gustarle y, cuando se hartó de aguantar la

creciente tensión, le dijo:

-Si no es urgente, deberíamos ir entrando.

-¡Espera! -exclamó entonces, recobrando la vida-. ¡Espera! -reiteró, y esta vez con sus dos manos la agarró de tal forma que no habría podido escapar ni aunque quisiera, y este arrebató de vitalidad de Tere que hacía solo un minuto la había tocado como si fuera de porcelana no pudo sino acallar cualquier réplica que tuviera-. La verdad es que yo... La verdad es que yo oí vuestra conversación, os oí hablar el otro día. A Alba y a ti, digo. Sobre -se trabó- sobre mi y sobre Olivia.

Cuando Lucía alzó la mirada vio que Tere la estaba esquivando deliberadamente. Si se había prendido en ella una llama estaba claro que había sido brevemente, pues el fuego ya parecía extinto.

-Ah -fue todo lo que pudo decir cuando empezó a procesarlo-. Ah, ya.

Se hizo entonces un silencio que eventualmente culminó en una violenta carcajada.

-Ah -repitió Lucía mientras se reía-. No importa. Pensé que sería sobre algo importante

¿Por qué no podía parar de reír? no lo sabía, pero esta reacción escapaba a su control y le aterraba, se sentía como si le estuvieran arrancando la risa de sus entrañas y casi tuvo que mirar al suelo para confirmar que no había vomitado nada en aquel frenesí.

-Lo siento -le dijo una vez se hubo calmado-, perdona por haberte causado tantos problemas.

Una fuerte punzada la atravesó al recordar su discusión con Alba. Si bien no había arruinado su relación, Alba había mantenido las distancias a lo largo del mes, lo cual molestó a la vez que entristeció significativamente a Lucía.

-Si estás preocupada por lo que dijimos, que sepas que a ti no vamos a hacerte nada -dijo, en un intento de interrumpir sus pensamientos-. Yo no, al menos, así que no te rayes.

-No -respondió Tere- No es eso

-¿Entonces?

Entreabrió los labios y creyó que estaba a punto de hablar, pero justo cuando iba a responder se quedó paralizada, atragantada con palabras que se negaban a salir. En el prolongado momento de tensión Lucía se

encontró deseando arrancárselas de cuajo. Quiso aquí hundir la mano en las profundidades de su laringe y tocar sus cuerdas vocales con la misma facilidad que tocaba la guitarra para que cantara, para que confesara y le hablara; deseó sacudirla hasta expulsar fuera de ella los pensamientos que siempre se guardaba, pero no, pensó, no podía. ¡Si tan solo fuera tan fácil! se decía.

Y sin embargo, ella misma era consciente que aun si estuviera en su mano hacerlo sería un acto de rabia, un arrebató que no se perdonaría y, aunque le avergonzaban tales sensiblerías, en verdad sabía que no podía y no lo haría. Lo que realmente deseaba, era consciente, no era sino poder guardarse sus peores palabras en vez de permitir que se le escaparan, como aquel arrebató de carcajadas, como todas aquellas cosas que decía de las que se avergonzaba.

-Oye Lulu -finalmente dijo-, ¿tú crees que hicimos bien?

-¿Eh? -fue todo lo que pudo responder.

-Sobre Olivia, digo. En plan sé que no había otra opción y pues si que es verdad que muchas veces ella tampoco hizo lo mejor, pero, ¿no había otra forma de hacerlo? -y se detuvo entonces para respirar, casi sin aire tras haber soltado todo eso.

No era una acusación, observó Lucía, ni era un reproche y de alguna forma eso la alteró más aún que si le hubiera gritado a la cara. Qué extraña energía la poseyó era algo que no sabía responder, pero en aquel momento sintió hacia Tere un odio irracional.

-¿Por? ¿Es que tu habrías hecho otra cosa? -y fue en el instante en que ni siquiera espero a ver su reacción que Lucía se dio cuenta de que iba a perder el control-. ¿Sabes? tu parecías bastante por la labor de echarla en su momento. De hecho, no recuerdo que te quejaras.

-¡No! Yo no...

-¿Tú qué? -Lucía se encontró preguntando sin darle tiempo a terminar- tu preferirías quedarte callada y dejar que seamos otras quienes nos manchamos las manos, ¿no? Así puedes mantener tu cara bonita mientras los demás nos llevamos toda la culpa y las malas miradas -oía a Tere pedirle callar, suplicarle que parara mientras se encogía llevándose las manos a las orejas, y vagamente fue consciente de que ella también quería ponerle un fin a esto. Sus palabras no eran solo venenosas para Tere, sino que a ella también le ardían en la lengua, pero ahora que una había escapado todas las demás reclamaban ir detrás-. Es fácil criticar -siguió- cuando otras hacen el trabajo sucio por ti. Justo como en el viaje de mayo, a la hora de la verdad cuando hay problemas eres la primera en salir corriendo y dar la espalda a los demás. Mientras estabas ocupada

lloándole a la señorita Adela, por favor, ¡Adela de entre todos los profesores!, la que tuvo que jugársela y arriesgarse para sacarnos del aprieto fui yo.

Qué extraña era la emoción que la había empujado a soltar todo eso, pensó. No odiaba realmente a Tere, no tanto como pudiera parecer por sus palabras, si acaso le molestaba un poco su actitud, pero este incendio que la abrasaba por dentro, todas las piezas colocadas y listas para estallar en cualquier momento, comprendió, fue Tere quien tuvo la desgracia de encenderlo y quien ahora tenía que cargar con ello.

Y quizá fue por darse cuenta de esto y por notar que, una vez fuera de ella las palabras su furia comenzaba a minarse que decidió darle un respiro y dejarla reaccionar.

Cuando alzó la mirada para verla fue evidente el impacto que había tenido aquella confesión: ninguno de sus esfuerzos por mantener la calma pudo ocultar en aquel momento el horror de su rostro, parecía tener una pena tan intensa que Lucía la creyó a punto de llorar. De hecho, cuando la observó mejor comprobó que lo estaba haciendo, pero aun con todo seguía manteniendo la cabeza bien alta de una forma que hubo de hacerla sentir casi orgullosa de ella, lo suficiente, al menos, para decirle lo más parecido a una disculpa que obtendría de ella.

-Quizá no debería haber dicho eso.

-¡No! -para su sorpresa, Tere parecía haber recobrado la vida. Atrás quedó su horrorizado gesto, había sido eclipsado por una fiereza que Lucía nunca había visto en ella- ¡No! ¡Tienes razón, tienes toda la razón! Yo... la verdad es que yo... -y aquí, para su gran sorpresa se limpió una lagrimilla y siguió-. Yo quiero ser fuerte y valiente como tú, Lulu -de repente, Tere se estaba aferrando a sus muñecas y la intensidad que adquirió la situación, aquel carácter tan confesional fue para ella tan impactante que no pudo sino dar un pequeño paso hacia atrás. Cuando Tere se dio cuenta de esto, recobró la compostura y se apartó de ella- Lo siento -murmuró, ahora más cohibida. Bueno, esta ya se parecía más a la Tere que conocía- Quiero poder defender a mis amigas, pero la verdad es que no sé cómo hacerlo. Cuando llega el momento, siempre estoy muerta de miedo.

Tere se había sentado en el bordillo de la acera. Sus manos se agarraban con fuerza a la tela del disfraz que sobresalía a cada lado y en su expresión cabizbaja Lucía hubo de encontrar una cierta ternura que Tere no había despertado antes en ella. Dado que no tenía nada más que decir pero el silencio entre ellas la estaba aplastando y cada vez sentía un mayor arrepentimiento, decidió ponerle fin a todo esto extendiendo su mano.

-Vamos -le dijo-, las demás se estarán preguntando por qué estamos tardando en entrar. Además -dijo mientras se sentía sonreír-, tengo ganas de pasármelo bien esta noche, y me niego a aguantar mucho más.

Y el alivio la inundó cuando Tere asintió y, apoyándose en ella, se levantó.

Cuando todo el grupo se hubo reunido, cenaron juntas y jugaron un rato a las cartas hasta que las horas pasaron y llegó la madrugada, momento en que se encontraron sin ideas de qué hacer a continuación.

-¿Por qué no nos vamos ya a la cama? -preguntó Carmela.

-Va tía -se encontró diciendo Sara-, la noche es joven, la fiesta acaba de empezar!

-En eso estoy de acuerdo -intervino Lucía, con una enigmática sonrisa-. La fiesta, como muy bien dices, querida Sara -prosiguió, haciendo una deliberada inclinación de cabeza hacia ella mientras se sacaba algo del interior de la chaqueta-, acaba de empezar.

-No -dijo Alba-, no puede ser.

-Estas como una maldita cabra -dijo Sara, y se sintió a sí misma sonreír. Frente a ella Lucía acababa de sacar de su mochila tres latas de Rockbull.

-Me aseguré de traer de sobra, por si os uníais -les dijo-. ¿Y bien? -preguntó. La anticipación ante lo que estaban a punto de hacer manaba de ella casi sin control y si Sara ya estaba emocionada antes ahora se creyó totalmente intoxicada de esa excitación.

-A mi no me metas en eso -se apresuró a decir Alba.

-Lucía, tía -dijo Carmela- ¿Estás segura de que es buena idea? En plan, no te voy a parar, pero dicen que si te tomas una lata de eso luego no te duermes en toda la noche.

-Precisamente, hermana -le respondió, su cara un sol radiante que desafiaba la oscuridad a su alrededor-. Hay que estar bien despiertas por si una peli de miedo no nos sirve para no pegar ojo.

-Lo siento -se disculpó Carmela-, pero creo que voy a ir a la cama con Alba ya.

Y mientras recogía sus cosas para bajar al desván donde iban a dormir,

Sara se decidió.

-A mi guardame una lata -no tenía ninguna duda de que estaba cometiendo un error ni de que, sencillamente y dadas las circunstancias, no había otra cosa que pudiera hacer. Si el demonio la tentaba, ¿cómo iba ella a decir que no?- De todas formas, no deberíamos tomarnos una entera cada una porque puede ser demasiado.

-Entonces podemos ir abriéndolas y compartirla entre todas -dijo Lu. Se giró hacia Tere y Dorotea, las únicas a parte de ellas que no se habían ido-. ¿Vosotras entonces os quedáis?

-La verdad es que a mi me apetece seguir un rato más despierta -dijo Dorotea-, pero me da un poco de miedo tomar bebidas energéticas -se excusó con una sonrisa tímida- es decir, si ya tengo que tener cuidado de no comer demasiados dulces de noche no me vaya a poner como una loca, no quiero ni imaginar como de hiperactiva estaría si tomara de eso.

-De locos tía -le respondió Lucía- entonces Sara y yo nos sentamos juntas y nos la vamos pasando. ¿Y tú, Tere?

-Mmm -dijo, mirando hacia abajo- esa bebida no tiene alcohol ni nada, ¿verdad? Entonces, ¿cómo es que todas salieron casi corriendo al verla?

-Tranquila -le dijo Sara- no tengo intención de que me ingresen por coma etílico. No por ahora, al menos -y aunque se rio, el gesto de Tere no se recuperó del horror que le causó esa idea-. Es broma. No te preocupes. No, no tiene nada demasiado malo, lo único que pasa es que se supone que no deberíamos tomarlas y eso. ¡Si la toma la gente de bachiller para poder mantenerse despiertos y estudiar toda la noche! Eso suena como el tipo de cosa que tú harías así que, si vas a acabar tomándola de todas formas, ¿por qué no empezar ya?

-¿Pero qué clase de lógica es esa?- le respondió Tere, los ojos muy abiertos y llenos de sorpresa-. Está bien, pero que sepas que no ha sido tu argumento lo que me ha convencido. Supongo que probar un poco no me va a matar.

-Espera, ¿de verdad? -preguntó Lu, su cara un gesto tan exagerado de sorpresa que resultaba hasta cómico. Sara no pudo evitar dejar escapar una risita y al ver su reacción esta sonrió complacida.

Sabía que lo hacía por eso. A Sara siempre le hacían gracia sus gestos exagerados y en cuanto Lucía lo había notado no había parado de hacerlos, cada excusa buena para colar otro de ellos. Aun sabiendo la lógica del chiste, aun siendo consciente de que era teatrillo, o quizá

precisamente por eso, Sara no podía sino reírse más cada vez.

-¿A qué vienen esas sonrisas? -preguntó recelosa Tere-. No habéis metido nada raro en la bebida, espero.

-¡Tere! ¿Cómo puedes tener tan mala imagen de nosotras? ¡Jamás haríamos algo así! -exclamó Sara.

-No, de hecho ese es el tipo de cosa que seríais las primeras en hacer -intervino Dorotea.

-¡Pero Doro! -respondió ahora Lu- ¿Cómo puedes traicionarnos de esta manera? ¡Si somos muy buenas!

-Yo digo que le echaron algún tipo de polvo mágico -Sara pudo ver que aunque se esforzaba, a Tere cada vez le costaba más mantener el tono serio.

-¡Si hubiéramos hecho eso no lo compartiríamos con nadie!

-A ver, ¿entonces te animas a beberlo o no? -preguntó Lucía, ofreciéndole abrir la primera lata.

-Sois lo peor -dijo mientras sellaba su destino-. Mmm, sabe raro.

-Va tía, idéjame probar!

Pero Lu no le dio tiempo siquiera a Tere para responder, no había terminado la frase y ya le estaba quitando la lata de las manos. Unas pocas gotas se desbordaron y cayeron sobre el suelo por lo repentino del movimiento. Con un suspiro de paciencia Sara fue a buscar papel para limpiarlo.

-¿Os parece si vamos eligiendo la peli ya? -preguntó, temerosa de que encontraran otra oportunidad para armar un estropicio.

-¡Ay ay esperad! -exclamó Dorotea- A mi dejadme sentarme en el medio porfa, que necesito alguien a quien abrazame en las pelis de terror.

-Mmm pero el medio es poco conveniente si nos vamos a ir rotando la lata

-Puedes sentarte al lado mio, si te sirve -dijo Tere- yo también necesito acurrucarme, sobre todo si vamos a tener las luces apagadas tan tarde.

-Bueno, entonces está todo cuadrado -dijo Sara mientras se dejaba caer en el sofá, justo entre Tere y Lucía.- Pon la película que sea, que si no va

a hacerse de día y vamos a seguir sin decidirnos.

Y Lucía le hizo caso y eligió el primer título de la lista. Era sobre una muñeca diabólica y Sara no se enteró muy bien de la trama más allá de los detalles clásicos, pero poco importaba: les dio tan poco miedo que una vez hubo terminado decidieron probar suerte con otra. En algún punto de la noche Tere se había abrazado a ella y podía sentirla aferrándose a su brazo izquierdo. Entonces se le ocurrió la idea de que podría hacer lo mismo ella con Lucía, así que, aunque realmente no le estaba dando nada de miedo aprovechó la oportunidad para acurrucarse a su lado. El brazo de Lu era rígido, pero también cálido y sorprendentemente cómodo. Inclínada sobre ella se dio cuenta de que olía a las rosas recién nacidas en primavera y se sorprendió descubriendo un lado tan femenino en alguien en apariencia tan despreocupado por su aspecto. Estaba tan tranquila que, si no hubiera sido por las continuas idas y venidas de la bebida energética probablemente se hubiera quedado dormida. Pero el tiempo, cruel como el destino, hizo que la segunda película llegara a su fin, y cuando fue evidente que no tenía más sentido fingir estar asustada, se vio forzada a arrancar las raíces que había desarrollado en torno a su amiga. Estaba a punto de ir a encender la luz cuando Tere la interrumpió.

-Em, chicas -susurró- creo que Dorotea se ha quedado dormida.

Sara se volvió hacia ellas. Incluso en la oscuridad de la noche era evidente por la forma en que Dorotea se había apoyado en la pobre Tere y como esta intentaba quitársela de encima sin llegar a despertarla que sí, en algún punto la falta de cafeína le había afectado. ¿Qué hora era, de todos modos?

-Quizá deberíamos ir a dormir nosotras también -dijo.

-¡No! -exclamó Tere, y al segundo se callo y se tapó la boca al darse cuenta de que aunque ya no la estuviera abrazando Dorotea seguía durmiendo a menos de un metro de distancia, pero debía ser tan tarde que ni eso la pudo despertar. Después, aunque en tono mucho más bajo, siguió:- Son las cinco y media de la mañana.

Fue en ese momento cuando Sara notó que estaba temblando, y por más que intentara calmarse sus manos le desobedecían. ¡Era tan tarde y sin embargo estaba tan emocionada! La situación le resultó sospechosa, lo suficiente como para hacer que se preguntara cuanta Rockbull habían bebido. Cuando lo vio, todo tuvo más sentido.

-Nos las hemos ventilado -dijo-. Tías, Lu trajo tres latas de medio litro cada una y entre las tres nos las hemos ventilado.

-¿Y qué más da? -argumentó Tere mientras se estiraba a cogerle las manos-. Escucha, nunca me había quedado despierta hasta tan tarde y

probablemente pase mucho tiempo hasta que lo vuelva a hacer, así que por favor quedémonos hasta la madrugada.

-¿Y cómo vamos a estar mañana?

-¿Acaso importa? -respondió Tere-. Ya nos preocuparemos cuando salga el sol -terminó, con una risita y algo que Sara sólo pudo calificar como un baile a un son que solo Tere parecía oír que le hizo preguntarse si al final después de todo Lucía sí que le había añadido polvos mágicos a la bebida.

Se giró entonces para buscar apoyo en Lucía, pero se dio cuenta de que esta no estaba prestando atención a su conversación en absoluto, en su lugar la encontró distraída comiendo tranquilamente los dulces del hermano pequeño de Alba.

-¡Lucía! -¿se podía gritar en un susurro? aparentemente sí, o al menos ella acababa de hacer eso-. Por el amor de dios, ideja de robarle los caramelos a un crío!

Esta solo emitió un ruido ahogado de respuesta cuando Sara la agarró del pescuezo y la alejó de aquella cornucopia de azúcares y calorías.

-Pero es que -dijo, con la boca llena de gominolas- ya me he acabado todas las gominolas ricas de mi bolsa.

-Pues habértelas distribuído mejor.

-Emm -dijo Tere- ¿tiene caramelos de fresa de los blanditos?

-iTere! -Sara sonó absolutamente indignada y casi se arrepintió viendo los ojitos con los que le respondió Tere.

-¡Es que están tan buenos! -se excusó. En su defensa, parecía medianamente arrepentida, pero Sara notó, no lo suficiente.

-No, pero aún le quedan unos cuantos de naranja -interrumpió entonces Lu.

A continuación ocurrieron varias cosas simultáneamente: por un lado, Tere escapó como una liebre hacia la fruta prohibida, por otro Sara se estiró para impedirle que llegara y la agarró de lo primero que pilló, lo cual resultó ser una de sus trencitas ya medio deshechas.

-¡Ay! -exclamó de dolor.

-¿Chicas?

Entonces se giraron todas hacia la cuarta voz y Sara recordó que hasta hacía un minuto Dorotea estaba dormida. Las niñas se debieron dar cuenta a la vez de que la habían liado y lo extraña que debía parecer la imagen, ella agarrando por la trenza a una Tere paralizada en mitad de una zancada mientras Lu se llevaba aún más caramelos a su desbordada boca, porque antes de que Sara pudiera procesar lo que estaba pasando Lu estaba tirando de ellas hacia el pasillo mientras farfullaba:

-No estás viendo nada, esto es un sueño.

Y antes de darle siquiera tiempo a Dorotea a abrir del todo los ojos, cerró la puerta del salón tras de sí.

-Bien -suspiró Lucía mientras tragaba-, ahora ya no hay pruebas del delito.

-No -dijo Sara-, pero sí que hay motivos para irnos a la cama -y mientras dijo esto las agarró a ambas de sus respectivas muñecas sin admitir la más mínima réplica. Tere, sin embargo, se aferró a su cintura e intentó frenarla.

-Por favor Sara, por favor -suplico-. A estas alturas no merece la pena ya.

Que extraña consistencia, pensó Sara, estaba adoptando su cuerpo en ese instante, pues casi sentía que Tere la estaba alargando y estirando hasta el límite de su capacidad. Empezaba a sentirse cansada, tanto que resistirse le dolía lo mismo como permanecer despierta mucho más. Había reunido fuerzas para mantenerse firme y estaba a punto de seguir avanzando cuando notó el tacto de Lucía en su hombro deteniéndola antes de que hubiera podido siquiera dar un paso y supo que esta era una batalla perdida.

-¿Qué vamos a hacer hasta que amanezca de todos modos?

-Pues por supuesto, oír que es lo que pasó exactamente entre Lucía y Adrián -respondió Tere, su cara bañada por una sonrisa tan resplandeciente que si no la conociera no habría sido capaz de distinguir una chispa de picardía.

-Ah, me gusta como piensas -respondió Sara-. Al final sí que va a merecer la pena aguantar despiertas.

-Me lo he buscado al apoyar no ir a dormir aun, ¿verdad? -Lucía suspiró-.

Está bien, tenía que hacerlo tarde o temprano de todas formas.

-iPero serás mentirosa!iSi te estás muriendo de ganas por hablarlo con alguien! Siempre que puedes, sacas el tema de Adrián en la conversación, incluso el otro día mismamente, me empezaste a hablar de cómo la canción que te toco...

-Espera -la interrumpió Tere-, ¿Adrián tocó una canción para tí? ¿Por qué no había oído aún nada de esto?

-iFue solamente un ensayo! -exclamó Lucía-. No tocó una canción para mi, simplemente me enseñó lo que estaban preparando para la fiesta de navidad, y ya está.

-iJa! No fue así como me lo contaste.

Desde el día en que la conoció, Sara observó, no recordaba haber visto jamás a Lucía avergonzada. ¡Y pensar que aquello que logró que se sonrojara fue algo tan tonto! Aunque lo intentó, Sara no pudo contener la risa viendo su situación.

-iAh, pero quieres callarte! iEsto no es gracioso! iNo puedo más con vosotras! -exclamó mientras se tapaba la cara y trataba de esconderse. Pero en aquel pasillo sumido en la oscuridad de la noche no había ningún lugar al que huir, y pronto tuvo que responderles-. Está bien -dijo una vez se tranquilizó-. Todo empezó poco antes del viaje en mayo. Bueno, en verdad empezó antes aún pero...

-iDe pero nada! -exclamó Tere-, nos lo cuentas todo.

-Sois lo peor -se lamentó-. Vale, pues desde hace como un año Adrián a veces me acompañaba a recoger a mediodía a mi hermana. Pero en plan, solo si coincidía con la hora en que salía la suya y pues era majo y gracioso y me caía bien. Bueno, la cosa está en que este año nos tocó hacer un trabajo juntos así que quedamos un día para ir a su casa -tomó aire-. Bien, pues me hizo pasar a su habitación, y como no tenía dos sillas se sentó en su escritorio y dijo que yo me podía sentar en la cama, y lo hice y al principio todo iba guay pero entonces decidió que era muy incómodo trabajar así y se sentó conmigo y acabamos sentados juntos en la cama con la puerta cerrada -Sara no pudo evitar alzar una ceja y supo que estaba pensando lo mismo que Lu. Aun así, no la interrumpió-. Y pues una cosa llevó a la otra y estábamos hablando de no sé qué tontería y cogió y me preguntó que cuándo pensaba perder la virginidad -Tere dejó escapar un grito ahogado-. Lo sé.

-Es atrevido, eso desde luego. ¿Qué le respondiste? -preguntó directa

Sara.

-Y yo que sé tía, ni me acuerdo -contestó, tan colorada que resultó casi cómico-. Creo que le dije que en bachiller o algo así, a mí qué me cuentas. No me había planteado eso nunca y de repente estaba ahí y no tenía ni idea qué clase de respuesta era buena o mala.

Y entonces al observar esta incertidumbre en Lucía comprendió al instante la gravedad de la situación. Sabía que a Lu le gustaba Adrián desde hacía tiempo, por supuesto, pero no había sido consciente del nivel de influencia que ejercía en ella. Ver a Lucía, su inquebrantable Lucía siempre firme ante las adversidades tan confusa y perdida hubo de despertar en ella una enorme ternura, y estaba grabando esta imagen en su mente cuando la asaltó una extraña duda: si esto fuera sobre ella, pensó, si fuera su afecto el que estaba en juego, ¿estaría Lucía tan alterada?

Sabía que no debía pensar en tales cosas, pero la incertidumbre que hallaba como respuesta le generó un enorme escozor en su interior.

-¡Qué pasó después! ¡Tienes que decírnoslo! -exclamó Tere, despertándola de su ensoñación.

-Pues -dijo Lucía, aún ruborizada- no mucho más, la verdad. Después de ese día llegó el verano y entre eso y que nos han cambiado de clase este año casi no le he vuelto a ver -dicho esto, Lucía estuvo unos segundos en silencio. Sara llegó a pensar que había terminado, cuando continuó- Aunque...

-¿Aunque? -urgió Tere.

-Bueno, la verdad es que estos días estamos volviendo a coincidir a mediodía. A veces nos decimos alguna tontería. Pero el otro día, estábamos a punto de despedirnos y...

-¿Y? -esta vez, fue Sara la que la presionó. Qué extraña emoción la empujó a ello la superaba, pero necesitaba oír aquello tan relevante que enturbiaba su alma, tenía que saber qué era lo que podía rivalizar por el afecto de Lucía.

-Bueno, y entonces se despidió y dijo mi nombre. En plan, nunca antes lo había hecho, solo decía adiós y ya, pero esta vez no, cogió y dijo: "Nos vemos mañana, Lu" -y pareció querer seguir hablando, pero si ya a duras penas había logrado acabar de decir eso lo tendría difícil para añadir nada más.

Espera, pensó entonces Sara, ¿era eso? A punto estuvo de suspirar de alivio, y una vez se le hubo pasado el miedo inicial no pudo evitar que se

le escapara una carcajada.

-Perdón, perdón -se disculpó antes de que pudiera ser malinterpretada-. Es que realmente pensé que sería otra cosa. En plan no quiero sonar hiriente Lu, pero eso no significa nada, ¿verdad Tere?

-Es genial.

-¿Perdón?

-¡Qué maravilloso! -exclamó mientras se inclinaba hacia Lucía, ojos bien abiertos y centelleantes centrados en su amiga de tal forma que a Sara le quedó claro que no había escuchado ni una sola palabra de lo que había dicho-. Además no ha sido solo tu nombre, isino que además usó un apodo! -y su emoción debía ser contagiosa, porque si antes Lucía agachaba la cabeza ahora no mostraba ni un ápice de vergüenza por su falta de sentido, al contrario, resplandecía ante la respuesta de Tere.

-¡A que sí! -le respondió-. Yo estaba igual.

-Vosotras dos -las llamó mientras se interponía entre ellas-. ¿Queréis calmaros ya? Dios mio, creí que seríais más listas -hizo una pausa y miró a Tere, recordando todas las historias y romances de los que siempre hablaba-. Al menos tú, Lucía.

-¡Oye! -se quejó la pobre.

-Es la verdad, querida. Seguramente ya te has hecho la idea o al menos debes haberlo oído, pero las relaciones en la vida real no son como las de -y antes de que tuviera tiempo a reaccionar, se lanzó corriendo sobre la bolsa con el pijama de Tere. Esta, con un grito ahogado, echó a correr tras ella pero fue inútil: Sara ya casi había alcanzado el libro que estaba leyendo aquella vez y, como esperaba, el título no la decepcionó- "No me mires, que me enamoro". Dios mio, esto es demasiado incluso para tí.

-¡Pero quieres cerrar el pico! Era el único que tenían en la biblioteca, ¿vale?

-Shhhh -la acalló, mientras le llevaba un dedo a los labios en gesto de silencio-. Tere, querida, hay que hablar más bajo, las demás están... ¡Ay! -exclamó alejando la mano. Se le había acercado demasiado, comprendió, porque en su momento de despiste Tere había aprovechado para morderle el dedo-. Menuda bruta -cambió entonces su semblante, ahora le sonreía, a punto de guiñarle un ojo-. Si querías echarme un mordisco solo tenías que decirlo -y todo, absolutamente todo mereció la pena aun si solo por la risa que le ocasionó ver el gesto horrorizado con el que respondió Tere.

-Pero serás... Lo que pasa es que tu no lo entiendes -le intentó explicar-. Como nunca se despidió de esa forma, que de repente lo haga es muy significativo. Es como... como...

-Como si me dijera que soy especial -completó Lucía.

Definitivamente, pensó Sara, esto era una emergencia, y Tere no la estaba ayudando. Lucía estaba contorsionada y ruborizada mientras sonreía embobada.

-A ver, escuchadme bien vosotras dos, el amor es muy bonito y todo eso pero, ¿de verdad os creéis que vais a sacar algo de todo esto? Es decir, ¿cuántas relaciones de las que salen adelante conocéis que hayan empezado en el instituto? Nadie encuentra al amor de su vida en el colegio.

-Pero -intervino Tere- sí que hay casos de vez en cuando, nunca se sabe lo que puede pasar.

-Siempre hay casos para todo, sí -suspiró Sara- pero sé realista. Sabes bien que esos no son la norma sino la excepción.

-Aún así, ¿que tiene todo esto que ver con que a Lucía le guste Adrián?

Acusatoria como sonaba, realmente Tere parecía más bien confundida. Lucía, por su parte, simplemente las miraba en silencio mientras se pasaban la palabra la una a la otra en aquel curioso juego de pinpon, por la expresión de su cara tan perpleja por lo que les estaba diciendo como Tere.

-Tiene que ver con que no tiene sentido que se emocione por una tontería así. Mira cómo está la pobre, ha perdido todo el sentido ¡y tu vas y la animas! Menos mal que estoy yo aquí para ser la voz de la razón - respondió-. A ver Lucía, la vida es corta, las parejas rompen e incluso entre los que creían quererse se divorcian. Por eso, la mejor forma de aprovechar la juventud, es liarse con quienes puedas y no preocuparte por si le gusta, te gusta, le gustas o lo que sea. Solo mira a quienes están saliendo e intentan tener una relación en clase, si lo haces, solo acabarás herida cuando te pongan los cuernos. Los adolescentes ya hacemos estupideces de por sí, no necesitamos empeorar las cosas más enamorandonos de capullos.

Con todo esto dicho, Sara aguardó una respuesta, pero tal como imaginaba, sus argumentos eran tan buenos que ni Tere sabía cómo rebatirlos. En aquel momento la estaba mirando con la boca tan abierta que el gesto era casi ridículo, y Sara no pudo sino enorgullecerse de la lógica y complejidad de sus teorías. Esto fue, al menos, hasta que se giró hacia Lucía para comprobar su reacción y la vió disimulando un bostezo

con un ojo abierto y otro cerrado, suficientemente despierta para asentir cuando la llamó, pero demasiado dormida como para fingir que la había estado escuchando.

-Bah, no sé tía -le respondió al ser presionada-. Creo que lo estás pensando mucho. En plan, pillar está bien y eso pero, ¿no te gustaría lo de quedar con alguien y te viniera a buscar con unas flores o que te acompañe de vuelta a casa?

-¿Pillar?

-Liarse -aclaró Sara-. ¿Ves a lo que me refiero, Tere? Pasas tanto tiempo con la cabeza metida en cuentos de hadas que ni siquiera sabes cómo habla la gente de verdad.

-Estoy segura de que eso ni siquiera está aceptado por la RAE -se defendió-. Los jóvenes de hoy y su lenguaje.

-¡Ni que tú fueras una vieja! Eres tan niña como todas nosotras -Sara suspiró y se armó de paciencia-. No, definitivamente no lo habéis entendido, pero no pasa nada. En fin, ¿no queríais ver el amanecer?

Sin que se hubieran dado cuenta el cielo había empezado a clarear a lo largo de la conversación y, si bien aún podían verse perdidas algunas estrellas, el negro absoluto que antes había gobernado aquella noche de Halloween y que les había parecido tan oscuro y penetrante apenas unas horas atrás había acabado poco a poco por cederle terreno al sol hasta quedar reducido a un azul cobalto. Se iba a levantar para ver el paisaje de cerca cuando notó que Tere la estaba mirando mientras se reía para sí.

-Miedo me das con ese gesto -dijo Sara mientras negaba con la cabeza-. ¿Qué estás tramando ahora?

-El que se ríe del amor -murmuró con malicia- acaba enamorado.

-¿Aún sigues pensando en eso? -Sara se encontró exhalando otra vez un suspiro. Realmente le estaba entrando sueño con toda aquella discusión, pero aquel anzuelo que Tere le había lanzado era demasiado apetecible como para dejarlo escapar-. Debo admitir que ya sospechaba que no te rendirías tan fácilmente. Está bien, Tere, eres libre de opinar lo que prefieras, pero has de entender que realmente hay muchos aspectos del mundo que aún no comprendes. La mayoría de los chicos ni se plantean amar a esta edad, y no necesitas que te diga qué es lo único que están pensando y quieren en realidad.

-Lo sé -le respondió, y entonces su amiga se le antojó terriblemente distante, al punto que, si le estirara la mano, se le ocurrió que sería incapaz de alcanzarla. Cuando la miró no supo decidir si le pareció

demasiado joven o demasiado vieja. Era ambas, comprendió, simultáneamente era ambas-. Lo sé, pero no me importa. Aun si es difícil y arriesgado, esto es en lo que quiero creer.

-Está bien, entonces hagamos un trato -Tere la miró con curiosidad y Sara interpretó esto como una invitación a continuar-. Tú crees que cambiaré de opinión, pero lo que yo digo es que, más pronto que tarde, llegará el día en que tus ojos perderán esa convicción. Que el tiempo decida quién de las dos tiene razón. Aquella que acabe acertando tendrá el derecho de echárselo en cara a la otra el resto de sus días.

-Hecho -le dijo mientras le extendía la mano- pero, ay de ti cuando te veas forzada a admitir que, al final del día, lo que mueve al mundo no es más que el amor.

-Me muero de ganas por ver qué planes concibe esa cabeza tuya para demostrarme lo imposible. No esperes que cambie de opinión en mucho, mucho tiempo.

Así fue como mientras los últimos espíritus cruzaban de vuelta a su correspondiente lugar antes de que el velo se cerrara una vez llegaron las primeras luces del alba en aquella noche de Halloween, cómo mientras la hora más oscura pasaba, que Sara y Tere se quedaron dormidas al lado de Lucía antes de que ninguna de las tres pudiera ver su tan deseado amanecer. A la mañana siguiente, cuando las demás se despertaron encontraron en el salón tres latas de Rockbull vacías y en la habitación contigua a tres niñas tiradas en el suelo que dormían plácidamente entrelazadas, acurrucadas y apoyadas unas sobre las otras formando un extraño pero bello tapiz con sus cuerpos.

Capítulo 10

X

En la mañana del último día de clase antes de las vacaciones de navidad despertó la ciudad de Galpuria con las calles cubiertas de nieve. O eso, al menos, es lo que a Tere le hubiera gustado poder decir.

La verdad era que siendo una ciudad costera muy pocas veces nevaba en Galpuria, pero si había un día en que esperar milagros ese tenía que ser la mañana de navidad. Bueno, estrictamente hablando no era exactamente la mañana de navidad, pero sí que era el último día de clase antes de las vacaciones y también el solsticio de invierno, así que eso tenía que servir también.

Sin embargo, aun si la ciudad no pensaba doblegarse a sus deseos, Tere no permitiría que esto hiciera su decaer su ánimo en lo más mínimo. Cogió su gorrito de papá noel y salió hacia los Santos Campos, dispuesta a hacer de aquel casi día de navidad especial.

Era así que se encontraba ahora recorriendo el pasillo con sus compañeras hacia la sala de actos, todos con el uniforme de siempre pero esta vez con el añadido de que para su actuación debían llevar un gorro de papá noel.

-No entiendo como estás tan entusiasmada -le dijo Lucía- Yo solo estoy agradecida porque al menos hacer un poco el ridículo significa que hoy no tenemos clase.

-Oh, bueno -comentó Sara- Al menos no vendrán todos los padres a grabarnos como al espectáculo de baile. No necesito tener un recordatorio eterno de lo penosos que vamos a estar.

En los Santos Campos el último día antes de las vacaciones de navidad no era realmente lectivo, al menos para los alumnos de hasta segundo de la eso. Ellos y los cursos inferiores se reunían en la sala de actos para que cada clase cantara alguna canción de moda pero con la letra alterada para que fuera una versión más navideña y, si bien era cierto que el acto no era la mayor de las celebraciones, este era el último año en que iban a participar antes de que simplemente pasara a ser otro día normal una vez pasaran a tercero y en adelante, así que Tere se pensaba asegurar de que esa navidad compensase todas a las que no podrían ir en los años venideros. Claro, no estaba muy segura de cómo, pero para empezar animar un poco el ambiente no estaba mal.

-¡Vamos! Aun si la canción es algo cutre hay que aprovechar y disfrutar -les decía, sentadas ya en el auditorio mientras veían a los pequeños de

primaria actuar.

-Tía casi me duermo con todo este espectáculo, probablemente lo habría hecho si tan solo no cantaran tan mal y les salieran tantos gallos -dijo Lucía con un bostezo-. No sé cómo puedes tener tanta energía por la mañana.

-Solo espera a que se entere de que el baile ha vuelto a cambiar.

-¿Perdona, qué?

-Vino a avisarnos Isa antes de que las clases empezaran, pero aún no habías llegado -explicó Sara-. Dice que no habrá problema y que ella estará abajo haciendo los pasos para que no nos perdamos, pero seguramente aún así la vamos a liar.

Bueno, pensó Tere, esto sí que era un poco penoso. La mayoría de cursos simplemente cantaban, pero aquel año Isabel, su tutora, se había volcado en especial para que su actuación fuera perfecta. "Ya veréis" les había dicho, "van a flipar con nosotros". A Isa le encantaba usar palabras como "flipar", "mazo" o "flow" porque creía que así lograría volverse una más del grupo y ser amiga de sus alumnos, pero Tere se preguntaba cómo era posible que nadie le hubiera dicho aún que lo único que lograba era ponerse en evidencia al llevar esos términos décadas en desuso.

Así pues, Isa (ella misma les insistía en que la llamaran por ese apodo) había decidido que ellos no solo iban a cantar sino que además tenían que bailar. Eran pasos muy sencillos que se podían resumir en caminar, dar palmada, caminar más, dar una vuelta y volver a caminar, pero eso si acaso haría más triste aún los fallos que tendrían. Entre eso y que casi no habían ensayado, Tere supo que un desastre estaba a punto de acaecer.

-¿Cómo no me avisaste antes? ¡Ya casi es nuestro turno! -exclamó- A ver, ¿qué pasos nuevos tengo que aprender?

-Quieres relajarte, nadie se enteró bien de todas formas -le respondió-. Tú solo déjate llevar, es solo una actuación para alumnos. No va a haber ningún abuelito con su cámara para inmortalizarnos cuando nos caigamos en el escenario.

-Te voy a... -empezó a decir Tere. Sin embargo no pudo continuar, antes de tener oportunidad se dio cuenta de que todos sus compañeros se habían levantado. Eran los siguientes.

-Ya verás -le dijo Sara al verla temblar-, no tienes nada de qué preocuparte. -Sonrió, y en esto Tere hubo de encontrar una gran

estabilidad-. Si metemos la pata, lo haremos todos juntos.

Dicho y hecho, el baile fue catastrófico. Sencillos como eran los pasos, varias personas se tropezaron de la que caminaban de un lado a otro y su falta de coordinación quedó en evidencia cuando había que dar una palmada y unos cuantos se quedaron rezagados. Pero si acaso todo esto fue en beneficio para Tere, pues el caos generado les permitió quedarse en el fondo y pasar inadvertidas los dos minutos y medio que duraba la canción, y aquí reafirmó aquello que ya sabía: mientras permaneciera junto a estas dos chicas no habría nada en este mundo que fuera capaz de detenerlas.

De esta forma fue que, a pesar de todos los contratiempos que surgieron, cuando lanzaron hacia el público de primaria sus gorros de navidad Tere se encontró más que satisfecha con el resultado final de aquella celebración de navidad, y entonces se le pasó por la cabeza la extraña idea de que nunca había estado tan feliz como en aquel momento en toda su vida. Que curioso, pensó, siempre había creído que serían escenas como soplar las velas del cumpleaños o ver los fuegos artificiales estallar las cosas inolvidables que la habrían de acompañar pero estos ahora no le parecían sino de cartón: palidecían precisamente en su gran esplendor.

-¡Pero no te quedes ahí quieta, boba! ¿No ves que ahora tenemos misa?

No pudo pensar mucho más al respecto, pues se vio forzada a despertar de esa ensoñación prematuramente al darse cuenta de que las actuaciones habían acabado con ellos y toda la gente estaba abandonando el gran salón. Tere se dejó llevar y permitió que Sara tirara de ella hacia sus amigas, que con un gesto impaciente las esperaban cerca de la puerta. Se quedó atrás a propósito. En ese momento, los rayos del sol de invierno iluminaron al grupo que se le había adelantado y observándolas fue consciente de la suerte que había tenido.

La ciudad no parecía dispuesta a darle nieve, pero esto sí que podía tenerlo.

De la que recorrían uno tras otro los estrechos pasillos que llevaban a la capilla, Tere no pudo sino maravillarse por lo intrincado que podía llegar a ser aquel colegio. No importaba cuántas veces los hubiera recorrido, seguía sin acostumbrarse a la transición de la moderna pared de cemento que había en los aularios a los bloques de piedra caliza que se alzaban entre cristaleras dándole forma a la iglesia. Así, cuando llegaron a aquella sala tan amplia y de elevados muros fueron bienvenidos por la proyección en el pasillo central del gran rosetón. A los lados filas de bancos observaban aquel espectáculo en el que se abrazaban, se repelían y se besaban con cada ráfaga de viento la luz y la oscuridad. Casi pudo sentir

Tere como el cura comenzaba su sermón mientras se perdía en todos estos detalles y en las imágenes de pasajes bíblicos acaecidos mucho tiempo atrás narradas en las pequeñas pero no menos bellas vidrieras que adornaban las paredes laterales. Por supuesto, ella sabía que el edificio era famoso en Galpuria por su gran fastuosidad para ser al final del día poco más que un colegio, y era consciente también de que había mucha historia detrás de cada rincón, pero solo en momentos como aquel podía entender lo que esto implicaba. Aun con todo, cada día allí se encontraba descubriendo más y más detalles que habían de dejarla fascinada: por ejemplo, en el año abundante que había pasado desde que llegó había aprendido que fue algo más de un siglo atrás cuando el colegio abrió sus puertas por primera vez, y Tere podía jurar que desde entonces casi no se habían renovado, pues no era inusual que al intentar abrir las envejecidas ventanas estas se quedaban atascadas. Además, en los chirridos de las puertas de madera que componían la música que sonaba entre clases encontraba una constante reafirmación de su ya expuesta teoría.

Y sin embargo en esto el colegio parecía encontrar gran orgullo. No solo porque implicaba que los Santos Campos tenía ya bien afianzado su lugar en la siempre cambiante ciudad, sino porque esta antigüedad era también un recordatorio de su amplia influencia no solo en Galpuria sino mucho más allá de los confines de esa ciudad, pues el centro en cuestión no era sino uno de un gran colectivo de escala global. Paula, la profesora que la acompañó a su clase aquel distante primer día, se aseguró multitud de veces de darles esa charla. Solía ir así:

-Como podéis ver -decía, señalando un mapamundi lleno de chinchetas colgado en una de las paredes de la clase- nosotros no estamos solos. Los Santos Campos incluye muchos más centros que recorreremos juntos esta senda campista.

En este punto de la conversación, Lucía se acercaba a Sara y Tere y les decía por lo bajo:

-¿Senda? Más bien querrá decir secta.

Y aquí ellas reprimían una carcajada mientras la profesora seguía.

-Independientemente del país y del continente, a un lado u otro del océano, estamos todos conectados por nuestro gran corazón verde de los Santos Campos -continuaba de la que iba señalando puntitos rojos esparcidos por Europa y América-. Aun cuando crezcáis y abandonéis el colegio, aquí y en cualquiera de nuestros centros siempre seréis bienvenidos, ya que formamos todos juntos la gran familia campista.

-Claro -susurraba ahora Sara- si das una buena imagen al colegio y tus papis tienen un chalet en el barrio pijo estarán encantados de que seas parte de la familia. Si no, da por hecho que te echarán más rápido que a

las ratas.

Perdida en estas reflexiones el tiempo se le pasó a Tere mucho más rápido de lo que hubiera imaginado, pues antes de que se diera cuenta ya se había levantado toda la gente de los bancos lista para ir a comulgar.

-Tía -le dijo Lucía-, no vayas por favor, quédate conmigo en el banco. No puedes dejarme sola ahora o voy a morir de aburrimiento.

Naturalmente y como alumnas de un colegio religioso, habían hablado más de una vez en lo que creían. Así, naturalmente y como alumnas de un colegio religioso, se habían descubierto todas en la situación de no creer en absoluto y sin embargo verse forzadas a disimular lo contrario. Había sido de esta forma que, en una de estas charlas, se habían decidido por primera vez en quedarse en el banco cuando las mandaran ir a comulgar.

-En verdad -les explicaba Lucía- no estamos forzadas a hacerlo. Simplemente todo el mundo va, pero por poder, podemos quedarnos.

-No sé yo -respondió Sara- ¿estás segura de que no nos van a coger manía? Es decir, considerando que casi nadie lo hace llamaríamos mucho la atención, y ya sabes cómo son en este colegio.

-¿Y qué más da eso? -contraatacó Lucía sorprendida por su prudencia- ¿desde cuándo me importa que una señora sin nada mejor que hacer más que juzgar a la gente por sus creencias me tenga asco o no? -cuando Sara solo suspiró como respuesta, Lucía se giró hacia Tere- ¿Y tú, tía? Contigo puedo contar, ¿no?

-Ah, eh... -exclamó Tere en la sorpresa del momento- La verdad es que...

-No puede ser tía, no puedes abandonarme tu también -negó con la cabeza y, en un último intento desesperado casi les suplicó- ¡Pero si habíais dicho que todo ese tema os parecía una chorrada! -se giró de nuevo hacia Sara, con el gesto casi herido-. ¿Si no crees, entonces por qué vas a hacerlo de todas formas?

-¡Eh! -se defendió- ¡Yo nunca he dicho que no creyera! -y antes de que Lucía, que ya se había preparado para responder pudiera hacerlo, se explicó- simplemente que no estoy del todo convencida con el cristianismo. Pero quien sabe, aun con eso no me atrevería a negarlo con seguridad.

Si bien Tere encontró una lógica que no se le había ocurrido en esas palabras y permaneció un momento dándole vueltas a la idea, Lucía casi

no esperó a responder.

-¡Bah! -exclamó-, tú lo que tienes es miedo.

-¿Ah sí? -saltó en respuesta Sara, ahora muy picada-. Entonces, ¿vosotras os atrevéis a decir sin más que sois ateas?

-Claro -intervino entonces Tere-. No es tan raro, después de todo. Hoy día cada vez hay más gente que se declara así.

Casi se había perdido en aquella conversación, y claramente sus amigas casi habían olvidado también su presencia. Sin embargo, tras la sorpresa inicial, Lucía sonrió ampliamente.

-Viste -exclamó con orgullo-, podrías aprender de ella una cosa o dos.

-Ja -murmuró Sara en respuesta- vosotras dos os habéis vuelto demasiado cercanas para mi gusto.

-¿Oh? ¿Esto que veo aquí pueden ser celos?

-¡Ya te gustaría! -exclamó mientras se apartaba-. Toda esta palabrería es muy fácil decirla, pero a ver si os atreveis a llevarla a la práctica.

Y había sido de esta manera que habían acordado que ambas se rebelarían contra el sistema quedándose sentadas. En aquel momento se había sentido contagiada de la confianza de Lucía, pero ahora que había llegado la hora, Tere debía admitir que estaba empezando a replantearse si llamar la atención así sería una buena idea. Tal era el caso que, cuando le tocó a su fila prepararse para ir a comulgar, ella se levantó con los demás y no fue hasta que notó a Lucía tironeando de su falda que se dio cuenta de lo que estaba haciendo. En esto tuvo un instante de duda, pero al recordar las palabras de Sara encontró en su interior una ardiente determinación tan fuerte que, en un brote de valor, se sentó.

-Vosotras dos -dijo Sara, ya de pie- ¿no venís?

Entonces Tere, con la cabeza bien alta y llena de orgullo, le respondió:

-Ya dijimos en su momento que no.

-¡Así se habla! -exclamó a su lado Lucía-. ¿Ves? Tere sí que lo que hace falta.

Sara suspiró. Ya casi era su turno, y antes de darles la espalda, murmuró:

-Y pensar que tú eras la que siempre seguía las normas.

Viendo el gesto agrio de Sara al haber perdido, Tere y Lucía no pudieron evitar comenzar a reír a la par. Esto fue, claro, hasta que el escándalo que montaron causó que una profesora tuviera que venir a callarlas.

-A ver aquí. Que no vayáis a comulgar no significa que podáis estar de cháchara -les regañó Paula, su tono, Tere observó, era sorprendentemente hostil para ser un susurro. A excepción de otras dos personas más, eran las únicas que se habían quedado sentadas, y al haber vaciado los bancos delante de ellas y ahora también los de detrás las dos niñas estaban más expuestas de lo que habían imaginado-. Tened un poco de respeto.

Y si bien esto arruinó ligeramente el ambiente festivo que tan meticulosamente había cultivado Tere, por suerte o por desgracia una vez se hubo dado la vuelta la profesora Lucía tardó apenas un segundo en desoír sus palabras y hacerle el corte de manga.

-Hipócrita -escupió en voz baja-. Si de verdad quieres mi respeto entonces gánatelo. Perdiste todo el derecho a exigirlo cuando fuiste tú quien me forzó a estar aquí en primer lugar.

Pero Tere no oía nada de lo que estaba diciendo: su mente se había quedado congelada en el momento en que Lucía alzó su dedo medio a tal punto que lo primero que hizo al recobrar la consciencia fue apresurarse a bajarlo con un grito ahogado.

-¡No puedes hacer eso, Lulu! -dijo sin poder apenas contener el horror en su voz-, estamos en una iglesia.

Y si bien Tere no pretendía contar un chiste, esto a Lucía debió parecerle gracioso, porque aunque contuvo una carcajada hizo el suficiente ruido para que una profesora cercana les hiciera un gesto serio de silencio en la distancia. Tere comenzó a replantearse si no haber ido con los demás a comulgar había sido buena idea cuando se giró hacia Lucía y la vio sonriendo con malicia, de tal forma que aun sin saber qué exactamente estaba pensando sintió miedo de lo que diría a continuación.

-¿De verdad crees que eso es lo peor que puedo hacer? -preguntó, mientras comenzaba a gesticular con la mano. La forma que realizó a continuación no será descrita a continuación para preservar el bienestar del lector, sin embargo, sobra decir que tenía un matiz tan obscenamente sexual que Tere casi creyó que se iba a desmayar ante la posibilidad de que un adulto a su alrededor pudiera verlas.

-¡Basta, basta! ¡Por favor te lo pido! -suplicó, consciente de que no aguantaría sin reír o llorar mucho más- ¡tú eres la mayor! deberías dar

ejemplo.

-¿Ejemplo? Si, mira, ahora mismo te cuento, así es como se hace un...

Y Lucía comenzó a gesticular pero antes de que Tere pudiera tener idea de qué era lo que se venía ahora su amiga fue interrumpida. La profesora que las regañó aquella primera vez había vuelto, pero esta vez no se molestó en ser delicada: antes de que se dieran cuenta estaba tirando de Lucía violentamente para cambiarla a otro banco.

-Ya valió ¿no? -les dijo-. Si tantas ganas tenéis de fiesta, podéis continuarla después de clase. Estáis castigadas de dos a tres.

En la sala de castigos, Lucía volvió a intentar entablar conversación con Tere.

Había pasado así la última media hora, pero desde aquella regañina solo le había respondido con monosílabos. Para su propia sorpresa, se había preocupado ante la idea de que quizás no volviera a hablarle, así que ahora se encontraba desesperada por obtener una reacción medianamente significativa de ella.

-Doro me ha hablado de un club raro que tienen montado en la biblioteca -probó- me parece que se ven por semana para hablar de anime y cosas frikis de esas.

Bueno, pensó Lucía, este era su último recurso. Si no servía para que comenzara a hablarle, nada lo haría. Por un momento Lu tembló de miedo al ver que Tere seguía mirando hacia otro lado, pero pronto esa fachada de desinterés cayó a pedazos cuando, aun evitando su mirada, preguntó:

-¿Cómo se llama ese sitio?

¡Éxito! Lucía casi saltó de alegría al ver que había funcionado. Y sin embargo Tere seguía resistiéndose a admitir que se había ablandado, trataba de ocultar una rebelde sonrisa que pugnaba por asomarse en sus labios.

-¡Maldita! ¡Deja de esconderte! -exclamó en un arrebató de impaciencia, ¡no podía más! Ya había aguantado la mitad del castigo, ¡no estaba dispuesta a permanecer así hasta el final!

-¡No! ¡Basta! ¡Estamos haciendo mucho ruido! -se quejó Tere mientras intentaba repeler los intentos de Lucía por verle la cara.

Después de un breve forcejeo, Lucía la acabó dejando ir, aunque no tanto porque estuviera satisfecha con su respuesta como por miedo a terminar empeorando la situación.

-No estás enfadada, ¿verdad? -dijo al fin entre jadeos por el esfuerzo.

-No -suspiró Tere-, es solo que me da pena que no podamos quedarnos a comer con Sara.

Las clases en los Santos Campos terminaban a las dos del mediodía para los alumnos de secundaria, por lo que uno de los castigos favoritos de los profesores era que tuvieran que quedarse en el colegio una hora extra. En la mayoría de los días esto no habría significado mucho más allá de tardar más en llegar a casa y comer, pero en aquella tarde de invierno las niñas habían considerado la posibilidad de comer juntas para celebrar el inicio de las vacaciones. Claro que Lucía tenía cora a las cuatro, lo que de primeras había supuesto que no podría quedarse mucho tiempo extra, pero ahora que tardarían tanto en irse no le quedaría más remedio que pasar por casa para hacerse un bocata que comer en el camino y salir corriendo para no perder el bus si no quería llegar tarde. Si a todo esto se le añade que Sara no había caído con ellas, y por tanto podía volver a casa a la hora habitual, no había posibilidad alguna de que ninguna pudiera comer en compañía de otra.

-Bueno, otro día será. De todas formas, lo que hicimos en realidad no fue tan malo -ante la cara de sorpresa de Tere, se apresuró a dar explicaciones-. A ver que si que es una falta de respeto y todo eso, pero ¿de verdad es razonable esperar que nos preocupen esas cosas? es como cuando se quejan de que no llamamos en clase o que no pongamos empeño y prestemos atención. O sea ¿han visto ellos el temario? si al menos fuera algo interesante o razonable o por el amor de dios simplemente algo útil lo entendería, pero ¿me puedes explicar para qué quiero saber los distintos tipos de áreas biogeográficas? ¿o si los malditos electrones de un átomo son ocho, dieciséis o cuarenta y seis? -Lucía esperó su respuesta, y si bien no creía que pudiera darle un argumento convincente si pensó que Tere, que tanto tiempo dedicaba a aprenderse bien esas cosas, defendería ese sistema de alguna manera. Aquí fue consciente de que sin darse cuenta había aumentado mucho la intensidad en su voz, así que ahora que Tere permanecía callada, sin respaldarla ni contradecirla, quiso aligerar el ambiente en su conclusión- Así que no tía, que no nos amoldemos a la perfección no es necesariamente algo malo. Y por favor, no vuelvas a aguantarte la risa cuando haga chistes guarros - gracias al cielo, Tere al fin se rio. No se molestó en contenerse ni disimular, y Lucía no pudo sino embriagarse en una inesperada felicidad-. ¿Ves? Si no nos reímos de estas tonterías ahora que aún tenemos trece años, ¿cuándo lo vamos a hacer?

Tere continuó sonriendo mientras negaba con la cabeza y algo en este gesto hubo de transmitirle a Lucía una profunda melancolía. Cuando volvió a oír su voz, sin embargo, sonó repentinamente seria.

-Pero Lulu, todas esas cosas de las que hablas... esas escenas de los libros que te dejé... tú no quieres hacerlas realmente, ¿no?

Si un momento atrás había estado evitando mirarla ahora sus ojos estaban ominosamente clavados en ella. Aunque intentó tomarse una pregunta tan ridícula a broma, no pudo evitar sentir un escalofrío.

-¿Eh? sí, claro ¿tú no? -respondió aturdida.

-Ah, emm... Bueno sí, supongo... ¡No sé! ¿Vale? -exclamó de golpe-. En plan sí que suena muy bien y tiene buena pinta en mi cabeza, pero... si intento pensar en cómo sería en realidad... -Tere parecía estar sufriendo al verse forzada a verbalizar todo esto, y si bien hasta ese punto su incomodidad le había parecido entretenida a Lucía, lo que dijo cuando logró organizar sus ideas no se lo esperó- ¡Vamos a ver! ¿Tú te ves con Adrián haciendo esas cosas o no? -escupió del tirón, ahora ya totalmente ruborizada, tanto que para la desgracia de Tere Lucía ni se molestó en disimular la risa.

Cuando el arrebató de carcajadas llegó a su fin se dispuso a responderle, pero para su sorpresa se encontró dudando sobre qué contestar: creyó al intuir lo que le iba a preguntar que sí, pero ahora que Tere había acabado siendo tan directa, ahora que la estaba forzando a aplicarlo a la realidad... Veamos, ¿qué es lo que reinaba en sus fantasías con Adrián? Bueno, era cierto que no gran cosa, por ahora su mayor deseo era que la invitara un día a pasear por el parque, pero como nunca había llegado ni remotamente cerca tampoco se había permitido ir mucho más allá no fuera a decepcionarse, ¡pero al grano! se dijo, por Tere daría un paso adelante.

Vale, dibujó la imagen en su mente: Adrián le había pedido salir y estaban dando una vuelta juntos por el parque, ¿cómo podía mejorar ese momento? Pues evidentemente solo de una manera: ¡tenían que cogerse de la mano! ¡Ay, qué feliz se sintió imaginando tal momento! no había nada que pudiera desear más que eso, comprendió, y si tal cosa se le fuera concedida estaría ya satisfecha por el resto de su vida. Y sin embargo... Tere le preguntaba por algo mucho más allá, así que hizo ahora un esfuerzo enorme de su imaginación, ¿qué más podía querer aparte de eso? ¿Qué sería lo próximo que debería ocurrir? Quizás y si se sentía valiente, un poco, ese sería el culmen perfecto para aquella idílica fantasía, tal que apenas ocurriera el telón forzosamente se corría y... ¡inada! ya no quedaba nada más que Lucía, por más que se esforzase,

pudiese ver.

Cayó entonces sobre ella como una maldición la idea de que sería el exacto momento en que su capricho se cumpliera, el instante en que en que Adrián cediera ante ella cuando su atención se volvería carente de valor, y con miedo comprendió que si ahora le era deliciosa era porque, popular como resultaba entre las otras chicas, en aquel momento era imposible tenerle. Sería el momento en que se materializara este sueño cuando despertaría y volvería a sus sentidos: No, no eran ellos solos de madrugada lo que tras esta escena se le antojaba, isino el vacío, la indiferencia, la nada! Cuando le era inalcanzable y estaba forzada a admirarle en la distancia, en su desconocimiento y siendo un lienzo en blanco, ique delicioso le era pintar en él todas las cualidades de su príncipe soñado que la vendría a buscar sin importar el momento o el lugar! Pero tal figura no era Adrián, y en las profundidades de su corazón ella esto lo sabía.

Fue de esta forma como supo que no tenía una respuesta sencilla para la pregunta de Tere, pero antes de admitir la derrota decidió hacer un último esfuerzo. Veamos, podía verse a sí misma dejándose llevar por la curiosidad, que no era poca, y experimentando en su íntima soledad, pero si se forzaba a imaginarse a alguien que estuviera explorando tales ideas a su lado... Lucía reprimió un grito de sorpresa ante la revelación que tuvo a continuación, ique dios la perdonara! pero la única persona a la que podía tolerar no sólo no era Adrián, es que, confirmó con terror, ino era siquiera un hombre!

-iAh, perdona! -exclamó Tere preocupada-. Me he pasado de la raya. Lo siento mucho, no tienes por qué responder a la pregunta.

Y no respondió. Permaneció en silencio, pero no por un deseo de privacidad como Tere había pensado sino por miedo a lo que acababa de descubrir.

En un irónico giro del destino, sería Tere la que pasaría el resto de la hora intentando animar a Lucía. Cuando cumplieron con el castigo y se iban ya de clase parecía que nada podría arreglar el amargo regusto que les había dejado el día, pero para sorpresa de ambas había alguien que las esperaba.

Apoiada casualmente contra una de las columnas del pequeño porche que cubría la salida del colegio, apenas resguardada de la lluvia, Sara les dedicó una sonrisa torcida mientras las saludaba.

-iSara! -exclamó Tere mientras echaba a correr torpemente hacia ella.

Quizás fuera mala en matemáticas, pero Lucía pudo ver a simple vista incluso antes del desastre que Tere había fallado en sus cálculos y Sara, a

juzgar por el gesto que hizo, también.

-¡Oye! Ten cuidado o nos vamos a...

Pero no pudo acabar la frase, Tere había saltado sobre ella y ahora la estaba envolviendo en un abrazo mientras Sara trataba de recuperar el equilibrio por la fuerza del impacto, no sin librarse, sin embargo, de haber acabado fuera del porche, expuestas bajo la lluvia. Y sin embargo mientras Sara trataba de volver a cubierto y profería amenazas, Tere reía y reía como una niña.

-¡Decidiste quedarte a comer con nosotras! ¡Nos has esperado! - exclamaba mientras la abrazaba.

Las emociones de Tere siempre eran especialmente permeables, pero aquel día ni siquiera toda esa dicha pudo lograr que Lucía se recuperara del todo, no cuando tenía delante a la persona que más y a la vez menos ganas tenía de ver.

-Em bueno, la verdad es que vine porque me había olvidado el móvil. Pero sí, eso también.

Cuando Sara se hubo librado al fin de Tere, alzó la mirada hacia Lucía en un gesto de invitación y Lu se forzó a sonreír como respuesta.

-Ale, saca el paraguas, Tere.

-¡Voy! -apenas le dio tiempo a terminar la frase y Tere ya se le había adelantado. Cuando le tendió a Sara el brazo esta se enganchó con tal naturalidad que las dos encajaron como perfectas piezas de un puzzle.

-¿No tenías tú también paraguas? -preguntó Lucía, confusa por el espectáculo.

-Ah sí, pero dentro de la mochila y me da pereza sacarlo. De todas formas compartirlo con Tere es casi una tradición nuestra y casi lo prefiero de esa manera.

-¡Ey, eso yo no lo sabía! Pensaba que simplemente lo olvidabas en clase.

-Bueno, la primera vez si que era verdad, y la segunda. Entonces un día decidí dejarlo metido en la mochila para no olvidarlo, pero para ese punto ya me había malacostumbrado. Supongo que no te importa, ¿verdad? - preguntó mientras le guiñaba el ojo en un gesto tan deliberadamente coqueto que Tere murmuró que quizá sería lo mejor dejarla abandonada bajo la lluvia.

-Oye Lulu, ¿tu tienes paraguas?

-¿Eh? -preguntó aturdida-. Ah, no os preocupéis. No voy a poder ir de todos modos.

Ambas la estaban mirando con curiosidad, observó Lu, aunque ante un análisis más detenido se le ocurrió que quizá fuera preocupación. Ciertamente estaba mucho más callada que de costumbre y no era típico de ella rechazar salidas así, pero en aquel momento necesitaba tiempo para pensar con demasiada urgencia como para aparentar normalidad.

-¿Estás segura de que no quieres venir con nosotras?

-Totalmente.

En ese momento y para impedir que la conversación se alargara más, Lucía sacó de su mochila el paraguas y les dio la espalda, mientras comenzaba el camino a su casa, dejando claro que cualquier réplica no iba a ser bienvenida, o recibida en absoluto.

Cuando estaba a punto de doblar la esquina, se permitió por primera vez echar la vista atrás. A sus espaldas estaban Sara y Tere ya en la distancia, aunque, a Lucía se le ocurrió, aún podía alcanzarlas. Si echaba a correr en ese momento, si gritaba sus nombres aún podrían oírla, y Lu no tenía ninguna duda de que si lo hacían la recibirían. Podía saltarse coro e ir con ellas, no era la primera vez que lo hacía ni tampoco sería la última, ya casi podía verse con ellas, apretujadas las tres en aquel pequeño paraguas, iba a dar el paso y se estaba preparando para llamarlas cuando recobró sus sentidos.

¿Pero qué estaba haciendo? ¿en qué estaba pensando? habiendo estado a punto de dejarse llevar de esa manera, cualquiera diría que no había aprendido nada en absoluto. Sara y Tere aun no lo sabían así que de ellas cabía esperarlo, ¿pero de Lucía? Ella sabía bien que le quedaba poco tiempo.

No, esta vez cuando vio a Sara y Tere volviendo a casa no sintió envidia como aquella primera vez hacía ya año y medio, sino una profunda tristeza ante la idea de que iba a tener que dejarlas atrás. Había bajado la guardia y ahora le tocaba pagar las consecuencias, aunque no sabía cómo exactamente iba a decirles que se iba a cambiar de colegio y el año que viene ya no iba a estar.

Capítulo 11

XI

El tiempo pasó rápido para las niñas ahora que el segundo trimestre había empezado pues así era siempre esta etapa del año: frenética. Mientras saltaban de un lado a otro, podían sentir cómo cada segundo se les escapaba entre las manos.

Y sin embargo, ahora que se acercaba carnaval habían logrado encontrar un instante de paz en que pudieron verse alejadas de todo el griterío del colegio y la presión por mantenerse a flote en lo académico bajo la premisa de encontrar un buen disfraz. Así, quedaron aquella tarde en verse y una vez hubieron cumplido su cometido pudieron relajarse y comer algo juntas. Al menos eso creyeron, pero, ¡inocentes de ellas! no se les habían ocurrido los motivos ulteriores que Tere hubiera podido tener para acceder a esta quedada: una vez lo imprescindible quedó resuelto y nada más terminar de merendar Tere les estuvo suplicando: "¿Podemos ir a la librería? ¡porfa, porfa!"

Fue de esta manera que Sara y Lucía se encontraron incapaces de hacer nada más que observarla alejarse dando saltitos de felicidad.

-¡Gracias! Estaré en la planta de arriba, nos vemos en unos minutos -fue lo último que les dijo. No les dio siquiera tiempo para contestar, pues antes de que pudieran hacerlo ya había desaparecido, revoloteando con entusiasmo hacia su destino.

-Menuda friki -dijo una.

-Menuda cría -respaldó la otra.

-Bueno, la verdad es que por una vez tendré que ser una cría yo también -confesó entonces Lucía- porque lo cierto es que tenía algo en mente. Vayamos nosotras también.

-¿Qué estás planeando ahora? -preguntó Sara, repentinamente teniendo un mal presentimiento.

-Oye, ¡quita esa cara de desconfianza! No todas mis ideas tienen que ser malas. Tere nos ha dejado solas, lo que quiere decir que no tenemos que portarnos bien -aquí decidió sonreír con malicia estratégicamente: si se trataba de ser compañeras en un crimen Sara siempre cedía.

Efectivamente, su táctica dio resultado. El rostro de Sara se suavizó y

Lucía supo que estaba a punto de unirse a sus maquinaciones.

-Está bien. Pero aún no has respondido a mi pregunta.

Bueno... -comenzó a decir. Habían llegado a la librería y ahora estaba buscando la sección que le interesaba- Verás, no me desagrada la lectura, pero estos días tengo demasiado poco tiempo para dedicarme a ella. Solo hay un género que realmente me interese -continuó. Entonces, comenzó a pasear sus dedos sobre un expositor y dejó que esto le sirviera de respuesta. Bajo sus yemas una tras otra se sucedían portadas de parejas semidesnudas y hombres con el torso al descubierto (estos últimos muy tonificados, todo fuera dicho)-. No, este tiene un título demasiado obvio... y este, ¿cómo voy a entrar en casa con esta imagen en la cubierta? Vamos a ver aquel de ahí que tal está -y comenzó a ojear uno de los libros, deteniéndose cada pocas páginas en busca de palabras prohibidas-. No, demasiado lento, no pasa nada hasta el final, a ver este otro... "Cuando me presenté para este trabajo jamás pensé que acabaría en esta posición..." -comenzó a leer en voz alta. Iba a continuar pero se detuvo justo a tiempo-. Espera, ¿y entonces le qué en qué?

Antes de que Sara pudiera reaccionar o preguntar nada al respecto Lucía ya había cerrado el libro de golpe, ahora sin ningún atisbo de duda. Leyó el título: El empresario seducido. Podía ser más discreto, pensó, pero tampoco era lo peor y viendo el percal eso le tendría que bastar.

-Directo al grano y con acción desde el minuto uno. Este es bueno, me lo llevo.

-No voy a preguntar qué ha pasado exactamente pero, ¿puedo asumir que me lo dejarás una vez termines de leerlo?

Y Lucía no pudo evitar sonreír antes de responder lo evidente.

-Eso se da por hecho.

Con su nuevo tesoro, Sara y Lucía salieron de la librería y se sentaron en el banco más cercano que encontraron, y tras la falsa alarma de la merienda, Lucía se permitió tener el primer momento de descanso desde que empezó aquella tarde. Habían pasando cada minuto yendo de una tienda a otra y ahora que su plan estaba listo y había llegado el momento, Lucía se encontró insegura sobre cómo proceder.

A su lado Sara se había recostado y había dejado caer la cabeza hacia atrás con los ojos cerrados contra el respaldo de su asiento. Parecía relajada, y por algún motivo, si acaso por el contraste con su situación, esta imagen hubo de recordarle a Lu que cada vez tenía menos tiempo, que pronto acabaría el segundo trimestre y los días con ella estaban

llegando a su fin.

Esta idea llenó a Lucía de pesar, pero a la vez avivó una llama que no sabía que se encontraba dentro de ella. Claro, pensó, precisamente porque era posible que en unos meses Sara se olvidara completamente de ella tenía que hacer esto ahora.

-Eh... ¡toma! esto es para tí -dijo. En sus manos ahora extendidas hacia ella le ofrecía el libro que acababa de comprar y, antes de que pudiera pensar sus actos detenidamente, prosiguió- ¡Feliz cumpleaños!

Como respuesta Sara hizo un exagerado gesto de sorpresa y pareció no encontrar las palabras por unos segundos.

-¡Pero si mi cumpleaños fue en diciembre! -exclamó, aun sin llegar a aceptar aquel regalo.

-Ya, bueno -respondió Lu sonrojándose- es que no lo llegaste a celebrar y me quedé con las ganas. Ya se que es algo tarde, pero mejor que nunca, ¿no?

Sara permaneció en silencio mirándola ensimismada por unos segundos más y Lucía no pudo sino preguntarse ansiosa qué podía estar pensando, qué estaría viendo a través de esos ojos en aquel preciso momento, ¿un bonito gesto de cariño o un acto sin sentido y extraño? Quizás era demasiado tarde para referirse a su cumpleaños, ¡pero no se le había ocurrido otra posible excusa para darle algo! Más raro hubiera sido aún regalárselo sin motivo y eso era algo que tenía que hacer sí o sí, comprendió, era su deseo que Sara pudiese conservar algo suyo cuando ya no estuviera.

Fue por eso que, cuando Sara se empezó a reír para sí, no pudo sino sentir cierto enojo.

-¿Y tú de qué te ríes?

-Esta bien Lu, si es así como quieres jugar entonces seremos dos -dijo, y agarrando la mano con la que sostenía la bolsa le dio un pequeño apretón-. Feliz cumple a tí también.

-¡Pero qué dices! yo no cumplo años hasta marzo.

-¡Ah! Pero la precisión en las fechas no parecía importarte hace apenas un momento. Quédatelo, de verdad. Fuiste tú la que te molestaste en encontrarlo y a la que se le ocurrió la idea en primer lugar. Además, habíamos quedado que me lo dejarías, ¿no? En cierto sentido te lo regalo

para que me lo prestes, ¡así que deja ya de mirarme de esa manera!

¿Cómo la estaba mirando? Lucía trató de relajar su gesto, fuera cual fuese, pero se encontró incapaz de ocultar aquellas extrañas emociones que experimentaba y que no era capaz ni de nombrar ni de describir. Solo supo que se vio forzada a parpadear, porque Sara resplandecía frente a ella tanto que de mirarla un poco más la iba a deslumbrar. Se le ocurrió entonces que quizá se estaba acercando demasiado al sol pero, ¿cómo podría alguien realmente esperar que resistiera tal tentación? No pudo, y fue así que cedió y aceptó el libro de vuelta.

¡Qué tarde tan bonita había resultado! A su alrededor los ruidos de fondo habían aumentado en intensidad a medida que se animaba el ambiente. Lucía podía oír los gritos y las risas de los niños que iban de tienda en tienda y la inundó el olor empalagosamente dulce del algodón de azúcar que vendían a pocos metros de ellas. Entonces, sintió que por una vez se habían acompasado el mundo y ella, ambos formaban una sola unidad en plena sintonía,

Ya había dado la conversación por terminada y se había relajado en este mundo de ensueño cuando Sara la trajo de vuelta a la realidad.

-¿Sabes? Quería comentarte algo. He estado pensando mucho en lo que discutimos hace tiempo sobre chicos y creo que ya he tomado una decisión. No voy a seguir esperando más, voy a liarme con alguien en cuanto se me presente la oportunidad.

Sara la miró expectante, pero Lucía no fue capaz de darle la reacción que deseaba. Frente a ella Sara sonreía tan radiante como hacía apenas un momento, totalmente ajena a la frivolidad de sus palabras y mientras ella se encontraba haciendo esfuerzos para ocultar un gesto de despecho. Cuando fue evidente que no iba darle las felicitaciones que esperaba, Sara probó a darle un empujoncito.

-¿Y bien?

-No sé tía, ¿cómo que "y bien"?

-Bueno, la verdad es que quería tener tu aprobación. En plan, como siempre nos hablabas de cómo te van las cosas con Adrián pensé que te haría ilusión que yo también buscara algún lío.

-Pero vamos a ver, para empezar, ¿tu tienes a alguien que te guste? - exclamó. Fue consciente de que había alzado el tono de voz y alguna cabeza se giró hacia ellas, pero no había podido evitarlo: sin tener ni idea Sara había despertado un sentimiento profundamente amargo dentro de

ella, una bestia salvaje que estaba tomando forma y fuerza.

-Bueno... ya sabes que nadie me llama realmente la atención, pero por eso precisamente el con quien no es un problema.

-¿Pero tú eres tonta o qué? -se le escapó a Lucía- ¿Cómo vas a liarte con un extraño sin más?

Sara tenía una expresión ridículamente risueña, y ver toda esa ilusión caerse a pedazos hizo que casi se arrepintiera de haber dicho eso. Pero no, pensó, había hecho lo correcto expresando sus ideas, el fallo lo había cometido en la forma de hacerlo. Hasta aquel momento a Lucía no le había gustado nada el rumbo de esa conversación pero no había sido capaz de señalar por qué; al decir en voz alta aquello que su mente apenas había concebido quedó libre de dudas sobre sus motivos.

-Eso no es justo, tú estás haciendo lo mismo con Adrián. - si bien Sara había parecido terriblemente herida, ahora solo sonaba contrariada y fue quizás por el cambio de tono o por la dirección de la discusión que Lucía no pudo evitar ponerse a la defensiva.

-Lo mio con Adrián no tiene nada que ver -curiosamente, Lucía se encontró con grandes dificultades para expresar lo que quería decir a continuación-. Él no es cualquiera, es en plan... Mira, liarse es algo que tienes que hacer con alguien especial -logró verbalizar.

-Especial -repitió Sara en un claro gesto de burla-. Apenas le conoces en realidad, por el amor de dios. Sabes bien que solo te gusta por que en el fondo eres consciente de que pasa de ti y mientras no muestre interés no te va a poder decepcionar, ¿y ahora vas y me dices que tu sí tienes permitido liarte porque él es "especial"?

-Mira, ¿sabes qué? si tanto quieres probar a pillar entonces hazlo conmigo y así zanjamos este asunto de una vez.

-Espera, ¿lo dices en serio?

Atrás había quedado la hostilidad en el tono de Sara, ahora sonaba casi confusa. Claramente Lucía la había pillado desprevenida, y para ser sincera ella misma se había sorprendido ante sus propias palabras. Pero ahora que consideraba la idea tampoco le resultaba particularmente desagradable así que decidió seguir adelante, aun si no estaba muy segura de qué era exactamente lo que estaba haciendo.

-Si, supongo que sí. Mejor conmigo que con un desconocido, eso seguro.

-Está bien -dijo Sara. Su gesto se suavizó-. De todos modos siempre quise probar a liarme con una chica -y sonrió de una forma tal que Lucía no

pudo sino sentir escalofríos.

-Oye a mi no me metas en tus rollos gays, uesto es estrictamente científico para saciar tu curiosidad!

-Lo que tú digas.

Si bien había sonreído mientras decía esto, cuando Sara alzó la cabeza hacia ella Lucía observó que su expresión se había vuelto repentinamente seria. Cerró los ojos y se dejó llevar por un breve instante, y habiendo apenas sentido el roce de los labios de Sara sobre los suyos se apartó en un arrebato de terror. Se estaba lamentando por lo poco que había durado cuando Tere apareció ante ellas y se le ocurrió la excusa ideal.

-¡Lamento el retraso! He parado por el super para comprar una rockbull - entonces debió de fijarse en lo próximas que estaban y pareció dudar antes de seguir-. ¿Chicas? ¿Ha pasado algo? os puedo dejar solas si queréis -dijo mirando alternativamente a una y a la otra.

Lucía no pudo reprimir una sonrisa de anticipación.

-Tere, qué bien que hayas llegado. Mira bien, te vamos a enseñar como dar un pico.

-¿Ehhhhhhhhhh? ¿Pero qué dices? ¡No hace falta! ¡De verdad que no tenéis...!

Pero no le hizo ningún caso, antes de que hubiera podido terminar se giró hacia Sara, que le sonreía con una ceja alzada y una clara interrogación en su mirada. "Esta bien" le pareció que le decía "si esto es lo que quieres, pues participaré en tu pequeño juego", y en esto encontró el valor para cerrar el espacio entre ellas una segunda vez y, esta vez sí, detenerse tan solo uno o dos segundos de más, lo suficiente como para confirmar que este momento era real pero no tanto como para dejarse llevar. Cuando se separaron poco después, se encontraron a Tere mirándolas con la boca abierta y sin hacer el más mínimo esfuerzo en disimular su confusión de forma tal que Lucía casi sintió hasta simpatía por ella.

-Bueno, ¿Eso te ha servido?

-Ah, eh... si -dijo mientras daba pequeños pasitos hacia atrás.

-¡A dónde crees que vas! -exclamó mientras la agarraba para que no pudiera escapar. Tere se resistió y trató de liberarse, pero ya era tarde.

-¡No podéis hacerme esto! ¡Soy demasiado joven para hacer de

sujetavelas!

-¡Pero qué estás diciendo! Aquí no ha pasado nada que te haga sujetavelas así que deja de actuar de forma tan rara.

-Pero, pero, pero... -se quejó Tere mientras cesaba en sus forcejeos.

Entonces se giró hacia Sara en actitud interrogante y cuando Lucía siguió su mirada se encontró que su amiga las estaba observando, muy entretenida, mientras bebía la rockbull que Tere había comprado.

-Claro que no es nada -comenzó a decir cuando comprendió que se requería su opinión- un pico entre amigas es lo más normal del mundo, es más, diría incluso que es una tradición milenaria de las chicas. Piensa en ello como los chicos y las pajas grupales.

Sara hacía grandes esfuerzos para aparentar seriedad mientras decía estas palabras, pero las risitas que se le escapaban de vez en cuando delataban lo bien que se lo estaba pasando. Esto no podía contrastar más con el espanto de Tere ante la mención de una actividad de la que nadie podría esperar otra cosa salvo lo peor.

-¿Las qué? No, espera no respondas, no quiero saberlo -suspiró un momento y después de negar con la cabeza, ahora algo más seria, preguntó:- ¿Estáis seguras de que no queréis estar solas? ¿Seguro que fue solo un pico por probar?

-Te estamos diciéndo que si, boba -respondió Lucía sin pensarlo dos veces-. Ahora vámonos, que si nos quedamos aquí mucho tiempo más vamos a perder el bus.

-¿Eh? ¿Se nos ha hecho ya tan tarde?

-Relajáos vosotras dos, yo no voy a correr a ninguna parte.

-¡Pero tía, que es el último directo!

Mientras se alejaban del centro comercial las voces de las niñas se combinaron y entremezclaron hasta volverse una sola justo antes de perderse en la distancia. No fueron conscientes de ello, pero en aquel exacto momento una luz dorada cubrió la ciudad entera de Galpuria. Esta ilusión, claro, se deshizo en cuanto pisaron el autobús, pero por suerte o por desgracia, las niñas ya se habían alejado demasiado y no pudieron comprobar que ahora, bajo la luz de la luna, lo que un momento atrás les había parecido oro no era sino un montón de basura.

Capítulo 12

XII

Los siguientes meses fueron para Lucía un delirio febril. Si bien a simple vista podría parecer que no había cambiado nada, para ella había cambiado todo. Despertar, alzarse e ir a clase, ¡qué ciclo tan hermoso le parecía! cada tarde al llegar a casa aguardaba con ansias poder saludar a Sara al día siguiente, ¡y pensar que hubo un día en que detestaba levantarse para ir al colegio! Claro, esto no ha de ser malinterpretado, seguía odiando las asignaturas y los profesores con el mismo fervor que dos años atrás, pero cuando se preguntaba qué broma gastaría Sara en la siguiente clase de Adela o qué ocurrencia ingeniosa le compartiría en sociales, todo esto se le hacía tolerable.

Antes de que se diera cuenta habían llegado las vacaciones de Semana Santa y fue aquí cuando pudo ver todo esto con gran claridad: agradecía el descanso, claro, pero ¡cómo extrañaba su presencia! ¡Qué ganas tenía de volver a ver a Sara! Se sintió terriblemente sola y no ayudaba que hubiera sido aislada del resto de las chicas en contra de su voluntad cuando su madre decidió que pasarían las vacaciones en casa de sus abuelos. Recibir sus mensajes preguntando si podía quedar y tener que rechazarlos era lo peor y todos los días deseaba que se acabase ya, que pudiera volver a casa de una vez.

Fue el penúltimo día cuando recibió un mensaje de Sara distinto a todos los demás:

“No os vais a creer lo que ha pasado. Tengo que contároslo todo cuanto antes, ¿Qué día estaréis las dos de vuelta?”

Y fue así como Lucía acabó esperando a Tere y Sara aquel domingo por la tarde porque, en palabras de Sara, era tan urgente que no podía esperar al lunes.

Se dejó caer sobre la acolchada hierba a sus espaldas y trató de distraerse para hacer la espera más amena. El parque de Las Américas en verdad era sorprendentemente bello para estar en medio de una ciudad tan industrial como Galpuria, y estaba lleno de tesoros para ser de entrada gratuita. No solo era un espectáculo natural sino que además tenían múltiples pajareras con todo tipo de especies exóticas. El año anterior habían incluso traído un avestruz, pero siempre que había intentado verlo había estado escondido y Lucía perdió el interés pronto. No, habían sido los cisnes del estanque lo que realmente había tenido su interés cuando vino por última vez aquí en su “cita” con Adrián. Este parque, estando tan cerca de los Santos Campos no era solo un punto de encuentro típico entre sus estudiantes, sino que además había sido testigo de muchos

momentos importantes en sus vidas, siendo uno de estos el día en que quedó por primera vez fuera del colegio con el chico que tanto le gustaba, ¿cuánto hacía de eso? Ahora que lo pensaba no se acordaba bien, habían pasado ya unas semanas desde la última vez que habían hablado y cuando quedaron por primera vez pasaron tan pocas cosas interesantes que ni siquiera lo consideró digno de ser mencionado a sus amigas. Era desde que se cortó el pelo, pensó. Hacía unos meses se había cambiado de peinado y ahora lo tenía demasiado corto para que se apreciaran los rizos que a ella tanto le gustaban. Sin ellos, Lucía comprendió, había perdido mucho atractivo.

Cuando oyó el crujir de las hojas se irguió: Sara y Tere habían llegado. Quizá, pensó para sí, si terminaban rápido de discutir lo que fuera que le pasó a Sara podría comentarles lo extraña e incómoda que se había vuelto su situación con Adrián.

-Ale, ya estamos todas aquí. Empieza a contarnos.

Sara sonrió ampliamente y miró a una y otra sin decir nada. Permaneció en silencio por unos momentos hasta que finalmente no pudo más y exclamó, a punto de estallar:

-¡El jueves me lié con un tío por primera vez!

Ni Tere ni Lucía creyeron haberla oído bien, y fue así que las dos hicieron visible su confusión. Sara sin embargo, parecía preparada para esta situación, porque sin perder por un minuto la calma les dijo:

-No os preocupéis, le pedí a Carmela que lo grabara, así que tengo un vídeo.

Y sin preguntarles ni añadir nada más, aún sonriendo, giró el móvil hacia ellas y reprodujo la escena.

Lucía sintió tanta vergüenza ajena viéndolo que durante el minuto y medio que duró deseó en cada segundo que ese fuera el final. En él se veía a dos niños acercándose, se intentaban rodear con los brazos, o al menos pretendían hacerlo frente a la cámara, pues era evidente que evitaban por todos los medios el contacto. Entonces ocurrió: demasiado corto para llamarse un beso como tal pero demasiado largo para ser considerado un pico. A punto estuvo Lucía de apartar deliberadamente la mirada pero no hizo falta: en cuanto el acto se hubo consumado ambos se separaron y retrajeron sus cuerpos lejos, repentinamente repeliéndose y entonces se giraron hacia las cámaras de sus respectivos amigos riendo mientras se veía a Sara preguntando "¿lo has grabado?" y el video llegó a su final.

-Bueno -dijo entonces Sara-, ¿qué me decís?

En un primer momento, Lucía se vio incapaz de reaccionar, y cuando se giró hacia Tere casi sintió alivio al ver que estaba tan aturdida como ella. El minuto de silencio se alargó, así que para que terminase Lucía dijo lo primero que se le ocurrió.

-Bueno, eso ha sido bastante penoso, ¿cuando piensas enseñarnos el vídeo de verdad? -esto tuvo en Sara un efecto inmediato y si bien su expresión se rompió no respondió nada-. ¿Sabes siquiera su nombre?

-¡Claro que sí! -se apresuró a decir, antes de que Lucía pudiera continuar- se llama Dani. Daniskate para ser exactos, o al menos ese es el nombre que tiene en Facetagram así que es casi más sencillo llamarle así.

Sonrió un poquito, conciliadora, mientras lo dijo. Esto despertó simultáneamente una chispa de enfado y otra de tristeza en Lucía. La primera porque se le ocurriera que algo tan frívolo como el Facetagram era digno de mención en una situación así, y la segunda porque era consciente de que ella sería la responsable de que en breve ese momento de paz desapareciera.

-Me importa una mierda su Facetagram. De todas formas ¿cuántos años tiene ese crío? parece recién salido de primaria -preguntó esto mientras, en contra de lo que acababa de decir, examinaba desde su móvil las fotos de sus redes sociales.

Sara suspiró. Era fácil ver que se le estaba acabando la paciencia, aunque cuando la miró más detenidamente comprendió que más bien parecía estar intentando contener el llanto. Lucía se había imaginado que a Sara le iba a herir saber lo que realmente pensaba, pero había subestimado la intensidad de sus palabras. Extrañamente ella se sintió repentinamente triste y supo sin ningún atisbo de duda que si Sara se echaba a llorar ahora no podría evitar hacerlo ella también.

-¿Se puede saber qué demonios te pasa? ¿Por qué tienes que buscarle fallos a todo esto?

-Porque en esta historia no hay ni un solo acierto -respondió, gélida otra vez.

Sara retrocedió y Lucía comprendió que esta vez sí, había pasado el punto de no retorno y pudo ver en su mirada Sara que no iba a perdonarle esto sin más. Pues muy bien, pensó, que haga lo que quiera; y sin embargo otra parte de ella se quejaba, pensaba "¿por qué he sido tan cruel? ¿Por qué he tenido que decir eso?" y al no encontrar respuesta clara se le ocurrió que aún no era demasiado tarde, que todavía podía pedir perdón, pero cuando intentó pronunciar las palabras no salieron. Una niña

caprichosa dentro de ella gritaba "¡No, no quiero!" y Lucía carecía de la fuerza necesaria para ignorarla y hacer lo correcto.

Entonces Sara, en busca de cualquier tipo de auxilio dijo:

-¿Y tú, Tere? ¿No tienes nada que añadir?

Teresa, que hasta entonces había permanecido muy quieta y callada, se sorprendió al oír su nombre y por unos segundos permaneció en silencio hasta que al fin murmuró:

-¿Por qué? -empezó bajito, apenas audible, y a medida que seguía subió el volumen-. ¿Por qué no nos esperaste?

-¿Eh?

Bueno, Lucía había pensado que al menos Tere no podría empeorar más las cosas, pero ahora no parecía que fuera a mejorarlas.

-¿Por qué? ¡Esto era algo especial! ¡Deberíamos haber estado ahí! ¿Por qué no esperaste a que volviéramos para ir con nosotras? Si hubiera sido con Lucía podría entenderlo... ¡Pero con Carmela de entre todas! ¿Es que no significamos nada?

Mientras decía estas palabras Tere había sido sorprendentemente expresiva y Lucía se vio hasta cierto punto contagiada de este arrebató emocional. "¡Exacto!" quiso gritar, "¿es que no significo nada para tí?"

-Ah, bueno yo... -Sara trastabilló un segundo al ver que no iba a recibir ayuda, pero un momento después había recuperado el equilibrio-. Espera, ¿pero qué tienes en contra de Carmela, para empezar? ¡Si ni siquiera te has molestado en conocerla!

-No hay nada que conocer en ella, ese es el problema -intervino aquí Lucía.

-¿Cómo puedes decir cosas tan mezquinas? Os habéis pasado el año tratándola como si fuera un personaje secundario ¿no se os ha ocurrido que quizá se sentía excluida?

-En realidad... -empezó a decir Tere.

-Claro, y tu siempre has estado pensando en ella ¿no? -interrumpió Lucía concibió las palabras que buscaba-. Vamos a ignorar el hecho de que pasaste de ella hasta que no tuviste a nadie más a mano y que ahora la defiendes porque descubriste que es la única dispuesta a aplaudirte

cualquier estupidez.

Sara apartó la mirada sorprendida ante su respuesta y titubeó.

-Eso no es... yo... Mira, no importa, ¿es que ahora no puedo salir con otra gente que no seáis vosotras?

-¡El problema es que no ha sido una salida cualquiera! -exclamó Tere-. El primer beso es algo muy especial, ¡como tu amiga no es tan raro que haya querido estar presente!

Lucía casi sintió ganas de reír por la forma en que Tere se expresó. Después de haber visto el vídeo a duras penas llamaría eso un beso, además de que también le había quedado claro que de especial no había tenido nada, pero cuando se le pasó el arrebató comprendió que si bien no con tanto fervor, ella en realidad pensaba como Tere, en el fondo si quería creer en su romanticismo, en príncipes azules que la alejaran de la mundanidad del día a día y que le abrieran la puerta a un mundo de felicidad y adrenalina. Por supuesto, era consciente de que cosas así no se daban en la vida real, ¡pero uno debía aspirar a ellas igualmente! aun si no podían ser alcanzadas, ¡era eso lo que uno debía perseguir! o así lo sentía Lucía. Si al menos hubiera estado impulsada por ese sentimiento, pensaba, si bien le dolía la idea, al menos así podría entenderlo, ¡pero esto! ¡Qué atrocidad había sido esa! En aquel acto no solo ella, sino también el amor romántico en el que tanto quería creer habían sido ultrajados. "Si me hubiera cambiado por otro que hubiera tocado su corazón al menos..." se decía, "¡Pero por el primer renacuajo dispuesto a enrollarse, ni más ni menos!"

-Vale mira -empezó a decir Sara, ahora claramente cansada-, no fue algo que planeáramos. Un día pasamos por el skate park y estaba ahí, parecía majo y cuando le volvimos a ver al día siguiente las cosas iban bien y se me ocurrió que a lo mejor después de estas vacaciones quizá no le volvía a ver así que cuando salió el tema pues nos liamos. Simplemente no podía arriesgarme a perder una oportunidad como esa.

Lucía no estaba prestando atención a sus palabras, no de verdad. Tan pronto como las oía las olvidaba, pues no podía pensar en otra cosa que aquel pedrusco con el que su mente se acababa de tropezar. "¿Pero qué estoy pensando?" se preguntaba, "¿cómo que si Sara me hubiera cambiado? técnicamente no ha sido el caso porque no soy nada suyo más que su amiga... ¡Pero lo ha hecho! Soy consciente de que nunca ha sido realmente mía, pero en lo profundo de mi corazón sé que esto ha sido un menosprecio, una traición a lo nuestro... Pero entonces, ¿qué es exactamente lo nuestro?"

-Claro Tere, ten cuidado. Una no encuentra a críos de doce años con los

que liarse por la calle cualquier día.

“Para mi Sara es muy especial... es alguien muy muy especial. No hay nadie que me entienda de la forma en que lo hace ni con quien me sienta más cómoda... ¡Pero no me gusta una chica! a mi me gustan los chicos, simple y sencillo, ino me puede gustar una chica!” pensó mientras respondía desganaada.

-Para tu información, tenía trece.

Podía haber pedido perdón, lo sabía. A este paso y tan importante como era Sara para ella iba a acabar perdiéndola, pero, ¿qué fue aquello que despertó en su interior con esa idea? ¿fue miedo? ¿vergüenza? muchas emociones brotaron entrelazadas dentro de sí y Lucía no supo ni definir las ni reconocerlas, y sin embargo supo que de entre todas había una que dominaba sobre las demás, su amiga y compañera, su arma de doble filo que la definía y hacía ser como era: el orgullo, su ahora herido orgullo. “Ya me he humillado bastante con todo este numerito. Disculparme solo serviría para ir un paso más allá.” se intentó justificar. “Además, no es culpa mía, fue Sara la que rompió el acuerdo tácito que había entre ambas, no yo”. Esta segunda parte no la convenció del todo, pero el recuerdo de lo que se sentía como traición para ella reavivó lo suficiente las llamas de su desdén para hacer un último desaire.

-Lo que sea. Si eso es todo lo que tenías que contarnos entonces creo que me voy a ir ya a casa, no tiene sentido perder más mi tiempo -de golpe, se sintió terriblemente cansada y, si prestaba especial atención, triste-. Si me disculpáis...

No les dio tiempo a responder, lo último que vio fue a Tere que permanecía callada y cabizbaja y a Sara estirándose hacía ella con un gesto de sorpresa antes de darse la vuelta y comenzar a andar. Un momento después y con la voz casi quebrada, la oyó gritar:

-¡No es justo! ¡No puedes hacer eso!

Pero sí que podía y de hecho lo estaba haciendo. Si se giraba ahora, ¿la vería llorar? no lo sabía pero no se atrevía a descubrirlo, porque de hacerlo entonces Sara podría ver que se le había escapado una única lagrimita rebelde y eso si que no lo iba a tolerar.

Ninguna mencionó lo ocurrido ni hizo comentario alguno al respecto cuando volvieron a clase al día siguiente. Esta vez Lucía no se levantó con ninguna alegría ni tenía ganas de tener que verle la cara a Sara tan pronto, pero cuando vio que ella también pretendía que nada había

pasado respiró aliviada.

Aun así no podía engañarla, las cosas no eran como antes. Algo se había roto, no funcionaba del todo y esto Lucía lo sabía y lo sentía. Había perdido algo irrecuperable pero prefirió no pensar mucho en ello. Mejor para ella, de todas formas en unos meses iba a perderlas, ¿qué más daba haber acelerado un poco el proceso?

Pero sabía que solo se estaba poniendo excusas. La verdad era que ahora no era ella la primera persona hacia la que Sara se giraba para reírse en clase, sino que simplemente se quedaba en el sitio o se giraba hacia Carmela. Seguían sosteniéndose la mirada, pero ya no le salían bromas con tanta naturalidad y cuando Sara se reía ahora lo hacía incómoda. Aquel vínculo que sentía, aquello que le hacía creer que finalmente había encontrado a su otra mitad estaba ahora destrozado.

Como siempre, había terminado de la misma manera: sola, otra vez se había quedado terriblemente sola.

Capítulo 13

XIII

Desde que Lucía era pequeña no recordaba haber estado viviendo más de dos años seguidos en el mismo sitio, quizá por eso siempre le había costado tanto hacer amigos.

El trabajo de su padre requería que se trasladaran de un lado a otro por el país y su madre y su hermana, evidentemente, le seguían. Así su vida se había convertido en una experiencia cíclica repitiendo ya desde infantil la misma secuencia: llegaba a un sitio radicalmente distinto al anterior donde no tenía ningún amigo, desde la distancia se acostumbraba a ver los mismos grupos de amigas ya formados reagruparse sin ella una y otra vez y cuando por fin dejaba de sentirse sola, cuando al fin se unía a otros con quienes encajaba y creía haber encontrado su lugar, ¡se acabó su tiempo! hora de cambiarse otra vez, y así arrancaban de cuajo sus raíces cada vez, la tiraban sobre un terreno que nada tenía que ver con el anterior y esperaban a que mágicamente se adaptara.

Para cuando llegó a los Santos Campos en quinto de primaria Lucía se había visto ya tantas veces en la situación de tener que conocer a gente nueva que sabía cómo hacer reír a los demás a la perfección (a quienes compartían su sentido del humor, al menos). Exudaba confianza pero, ¿cómo no lo iba a hacer si sabía que, aun si metía la pata, nada de aquello iba a importar? en breve se mudarían otra vez y tendría que volver a empezar de cero, así que cosas como los errores que pudiera cometer o las consecuencias que sus actos podían tener era algo que ni le importaba ni le afectaba.

También había procesado ya, por supuesto, que dado que su tiempo era limitado no merecía la pena estrechar demasiado ningún lazo. Sabía bien que aun si para ella alguien podía ser inolvidable, para los grupos a los que se unía no era más que un complemento al que una vez se hubiera ido no iban a extrañar. Seguirían adelante a su manera, y mientras ella pasaría el siguiente año lamentando la pérdida, en apenas unos meses ninguno de sus antiguos compañeros la iba a recordar. Así que, ¿para qué molestarse en encariñarse de alguien si ella iba a ser la que saliera herida al final? El día a día era más fácil de afrontar cuando se dejaba llevar. La vida era más sencilla cuando todo se limitaba a lo superficial.

Esta mentalidad fue la que guió todo su primer año, y fue de esta forma como llegó a sexto. Encontró a dos chicas con las que se llevaba suficientemente bien como para estar con ellas en los recreos pero con suficientes defectos como para mantener fácilmente la distancia. Pasando

los días así estaba cómoda. Le gustaba esta forma de vivir.

Estaba ya preparada para cambiarse de nuevo de colegio ahora que había llegado el momento en que solía ocurrir y casi se sorprendió cuando por una vez esto no pasó. Si bien esto podría parecer algo bueno de primeras en verdad tuvo efectos nefastos a largo plazo: Lucía se empezó a ablandar. No fue algo repentino claro, de ahí que no se diera cuenta, sino un proceso lento y paulatino que comenzó en el momento en que Sara entró a su vida. Con ella se olvidaba con demasiada frecuencia de mantenerla suficientemente alejada. Alba y Carmela eran demasiado diferentes de ella como para que pudieran entenderse del todo y si bien le caía muy bien Dorotea, al final del día solo la veía varias veces al mes. Sara, sin embargo, estaba con ella cada mañana y en cada momento riendo un día tras otro, y en este panorama cometió su error, se descuidó. Incluso ahora, no sería capaz de señalar el momento exacto en que empezó a quererla, solo sabía que no fue hasta que se encontró confesándole lo de Adrián cuando comprendió que ya no había marcha atrás. Claro, visto en retrospectiva esto fue una temeridad enorme y el resultado podría haber sido desastroso, lo sabía bien: nunca se le debe decir a nadie que te gusta una persona si no quieres que todo el colegio lo sepa. A favor de Sara había que decir que más allá de un pequeño desliz y alguna que otra broma inoportuna en momentos incómodos había sabido guardar su secreto muy bien, pero una cosa no quitaba la otra! Eso ella no podía haberlo sabido y al contarle ese secreto había corrido un riesgo innecesario. Lucía estaba cayendo pero, ¡era tan delicioso el descenso! Fue probablemente por eso que lo dejó estar y disfrutó de aquellos días dorados, lo hizo al menos hasta que se vio forzada a pensar seriamente en el destino que les esperaba.

Cuando llegó la fiesta de fin de curso de aquel año Lucía no tenía ni siquiera intención de ir, pero entonces Sara empezó a proponerle planes y su entusiasmo la arrastró de tal forma que no le quedó más remedio que ceder al no saber siquiera cómo decirle que no. Entonces una cosa había llevado a la otra y de repente se habían encontrado en la azotea del colegio a punto de ver los fuegos artificiales y cuando aterrizó de nuevo en el suelo se encontró a Teresa y a Sara mirándola esperanzadas mientras le pedían verse ahí cada año hasta bachiller. "Vas a venir, ¿no?" le preguntaron, y ahí fue cuando no pudo evitar la realidad por más tiempo: ¿Qué estaba haciendo siquiera planteárselo? ¡Claro que no podía prometer tal cosa! Ni siquiera sabía si estaría ahí el año que viene, ¿cómo iba a decirles que sí a eso? Un día de la nada desaparecería sin previo aviso y se iría, lo sabía, y sin embargo, viendo las expresiones de sus rostros no pudo sino acceder de todos modos.

Por qué lo había hecho, si sabía que no iba a poder cumplirlo y tampoco pretendía intentarlo, la superaba pero también la aterraba. A ella no le gustaba hacer promesas que no iba a cumplir ni ocultar cosas a la gente para ahorrarles malos tragos, así que haberlo hecho ahora, haberles

mentido para no ver su descontento era en sí mismo una prueba innegable de la creciente influencia que sus amigas estaban empezando a ejercer sobre ella.

Esta idea despertó en ella un temor irracional, un pánico inexplicable que no podía controlar, y una imperiosa necesidad surgió en su mente: "Tengo que quitármelas de encima y no puedo esperar ni un minuto más. Tengo que librarme de ellas ya."

Fue de esta manera que cuando se levantó a la mañana siguiente lo primero que hizo fue pedirle a su madre que la sacara de ese lugar. Claro, esta no accedió de primeras, pero Lucía tenía preparados ya sus próximos argumentos. Realmente no le gustaba aquel colegio, podía ver cómo se creían superiores a ella la mayoría de sus compañeras y entre los profesores tampoco era la alumna más popular, si acaso por atreverse a llevarles la contraria. "¿Por qué no puedes ser más como tus amigas?" le preguntaban mirando hacia Teresa y Olivia, y a esto, claro, siempre pensaba para sí, de golpe llena de desprecio "esas no son mis amigas" ¡Y vaya si era cierto que no lo eran! gente así nunca sería capaz de comprenderla. Quizá por eso se había sorprendido tanto cuando Tere fue la primera persona que la había alabado por ser como era, Tere, quien se suponía que debía servirle de ejemplo ¡ahora resultaba ser admirada por ella!

Sin embargo, aquello no ocurriría hasta mucho más adelante, y por aquel entonces Lucía solo buscaba poner fin a su inquietud. Esta incertidumbre que la acechaba pendía sobre ella como una bomba de relojería; el afilado filo de una navaja que bien podía caer sobre ella sin previo aviso. Bien, pues al convencer a su madre había logrado agarrar el arma con las dos manos y en esta certeza, en poder tener por seguro que ese sería su último año allí, encontró un gran alivio en esta sensación de control, tanto que casi empezó a reír y a llorar de la felicidad.

Esta fue su reacción durante los primeros meses. Se dejó llevar otra vez y gozó en sus ratos con las otras de una extraña y macabra ilusión de poder: no tienen ni idea, pensaba: "Esta felicidad que compartimos, estos momentos de alegría podrían desvanecerse. Está en mi mano que lo hagan ¡y será por deseo mío que lo harán!". Y al ver que la influencia no la tenían solo sus amigas sobre ella sino que esta era bilateral, al saber que de marcharse les causaría también a ellas daño, con un gusto retorcido se preguntaba: "¿se aburrirá sin mi Sara en clase? ¿me llorarán estas chicas cuando me vaya?" y encontraba un oscuro consuelo estas fantasías.

Esto era lo que se decía gran parte del tiempo, pero a veces algún pensamiento furtivo se le escapaba, caía momentáneamente la mentira que se reiteraba y al ver al resto de sus amigas en la distancia pasándosele bien se lamentaba porque sabía que eventualmente volverían

a ser felices aún si Lucía no estaba mientras que ella por su parte estaría eternamente condenada a saltar de un lado a otro, incapaz de vincularse a nadie ni nada.

Sara y ella no habían hecho las paces desde aquella discusión, no realmente. Ambas pretendían que no había pasado nada, pero ahora cuando se sonreían ambas se sentían incómodas. Lucía podía verla sí, pero no tocarla ya que si ahora estiraba su mano hacia ella Sara se alejaba para mantener las distancias. Si se acercaba más de la cuenta retrocedía y en esto Lucía comprendió la innegable realidad: la había perdido. Había sido precisamente en estos días cuando había empezado a entender la magnitud del error que había cometido. "He hecho una estupidez, ¿no?" pensaba, pero la respuesta a esa pregunta no importaba porque ya no había vuelta atrás.

Así era que se encontraba aquella mañana de principios de junio sin más remedio que el de anunciarles al fin que se iba a marchar. Claro, debería haberlo hecho antes, pero cada vez que lo había intentado al final no había sido capaz y había aplazado darles la noticia hasta que no pudo seguir huyendo de la realidad más. Incluso ahora, no sabía cómo contárselo. Sara estaba hablando de un nuevo grupo que se había puesto de moda con Carmela. Ya no le gustaban los Justin Direction, y esto no hacía más que reforzar sus distancias. Claro que a Lucía tampoco le había gustado tanto la música de ese grupo de por sí... ¡pero es que no podía evitar escucharla una y otra vez porque sonaba a ella! Ver que sus canciones no tenían el mismo efecto en su amiga le hirió más de lo que le hubiera gustado admitir.

-Em... la verdad es que yo quería... -empezó a decir. Qué extraño era para ella no encontrar las palabras y sin embargo aquí se hallaba, pero esta vez al fin lo haría, lo diría.

-¡Ay, espera un momento! -la interrumpió Alba- Es que tengo que ir a hablar con Amelia de un trabajo.

Echó a correr y fue entonces cuando notó que de hecho hacía un momento Amelia y sus amigas habían pasado a su lado. En circunstancias normales se habría alejado por acto reflejo, pero estaba tan despistada que ni se había dado cuenta. No importaba, pronto no tendría que volver a ver a esas chicas y esto era probablemente lo único bueno que había sacado de toda aquella aventura. Tomó aire y se preparó para continuar cuando Sara empezó a hablar en su lugar.

-Ya claro, ¿y desde cuándo me creo yo que a Alba le importen los trabajos de clase? -Sara estaba apretando con fuerza los puños a sus costados y Lucía se sorprendió ante la intensidad del gesto- Se pasa el día persiguiéndolas y va tras ellas como un perrito faldero. Parece tonta, ¿no

ve que pasan de ella y que se están riendo en su cara?

Lucía suspiró. Sí, era cierto que Alba iba detrás de las pijas y que, muy a su pesar, lo más probable era que dejara su grupo al instante si pudiera entrar en el de las "guays" aun si la trataban fatal, pero quizá precisamente por eso sintió una profunda pena por ella. Iba a aprovechar para dejarlo estar y cambiar de tema cuando Carmela se le adelantó.

-Sí, es verdad -respaldó- Si tanto quiere su aprobación, pues por mí que se vaya con ellas.

Bueno, esta para Lucía fue la gota que colmó el vaso. Podía aguantar que Sara se quejara de Alba a sus espaldas, pero que Carmela, habiéndose pasado el año callada hasta ahora, se atreviera a hablar mal de ella para seguirle el juego a Sara otra vez más, eso sí que no lo iba a tolerar.

-¿Qué problema tenéis con Alba? Dejadla en paz, ique haga lo que le dé la gana!

Y si bien ya casi era verano, sintió una ráfaga de aire helarle las venas como respuesta a las miradas de asombro que todas, incluso Tere le dirigieron. Tenía sentido, era inusual que le llevara la contraria a Sara de forma tan clara, pero los eventos del último mes habían llenado a Lucía de un resentimiento tan intenso que se vio incapaz de mantenerlo dentro de sí más tiempo.

-iPero si a tí tampoco te gusta ese grupito! -exclamó Sara en respuesta, aun aturdida.

En ese momento, Lucía fue consciente de que iba a estallar. Esta vez sin embargo no sintió miedo o preocupación sino una extraña excitación, una creciente adrenalina; nada le importaban ya las consecuencias, solo sabía que había estado conteniéndose demasiado tiempo, que en lo profundo de su corazón llevaba ya mucho esperando este momento.

-Ya, ¿y qué? Eso no justifica que porque se vaya una vez tu pases a darle la espalda.

Había una hostilidad clara tanto en su voz como en su gesto, y esto a Sara no le pasó desapercibido. Pronto la estaba mirando con los ojos entrecerrados.

-¿Qué se supone que significa eso? -preguntó con recelo.

Significa -comenzó a verbalizar sin apenas poder contener una sonrisa de anticipación; icuánto tiempo llevaba deseando poder expresarse!- que al menos Alba no cambia de amigas como de chaqueta, a diferencia de otras

-concluyó, mirando deliberadamente a Carmela.

-Ya basta chicas -para su sorpresa, quien habló a continuación fue Tere. Ya recuperada del susto inicial, ahora parecía todo lo preocupada que Lucía realmente debería estar-. Estoy cansada de estar enfadadas, dejad todo este drama ir ya.

Pero llegaba tarde, las palabras de Lucía habían tenido efecto en las otras y ahora que había empezado le iba a costar mucho más hacerlas parar.

-¿Se puede saber qué pasa contigo? -preguntó Carmela. Su enfado era palpable, y esto de alguna manera avivó las llamas del suyo propio.

-¿Qué qué pasa conmigo? -repitió Lucía, en este momento ya al borde de la risa- ¡Si acaso la pregunta es qué pasa contigo! -se giró hacia Sara- Me voy en Semana Santa y cuando vuelvo me encuentro con que me has reemplazado.

-¿Espera qué? ¿De qué estás hablando? -respondió Carmela. Un momento atrás parecía enojada y dispuesta a contraatacar, pero esto último la había dejado desconcertada.

-¡Ya es suficiente! ¡Por favor, dejad de discutir! -exclamó Tere, ahora desesperada.

Pero no había súplica capaz de apaciguar a Lucía. No tenía tiempo para escuchar ni a Carmela ni a Tere.

-Pero eso no importa, ya me has dejado claro que pasas de mí. Te pedí una cosa, pero no fuiste capaz ni de respetar eso.

La expresión de Sara se endureció significativamente.

-Ya hemos tenido esta conversación -respondió, fría como el hielo-. No tienes ningún derecho para decidir con quién puedo liarme o no.

En el momento más posiblemente inoportuno Alba llegó de vuelta. Torpe y despistada como de costumbre, no se le ocurrió otra cosa que contribuir a la discusión con un:

-¡Ya terminé! -miró a su alrededor y debió notar lo cargado que estaba el ambiente, porque inmediatamente añadió- uy, ¿ha pasado algo?

Cuando ninguna de las presentes se atrevió a darle una respuesta pareció ligeramente molesta, pero este instante no duró mucho pues pronto Lucía había vuelto a la carga otra vez.

-Por supuesto que puedes liarle con todos los tíos que te dé la gana, pero entonces no debe sorprenderte que te llamemos puta si actúas como una.

A estas alturas de la discusión ninguna esperaba palabras particularmente dulces y se habían preparado para lo peor, pero aquello ni siquiera habían podido concebirlo. Se quedaron tías. Incluso Tere que parecía dispuesta a perdonarlo todo ahora la miraba con horror y aquí supo que lo que había dicho no tenía posible arreglo.

Sara no dijo nada y permaneció quieta. A pesar de sus mejores esfuerzos por disimularlo era evidente que ese comentario la había herido profundamente y por un segundo Lucía casi se arrepintió, pero no se permitió experimentar mucho ese sentimiento ya que tan rápido como surgió había encontrado justificación para sus acciones.

-No has dicho eso.

Carmela fue la primera en recuperarse y volver a hablar, interrumpiendo el silencio con algo entre una pregunta y una afirmación. Comprendió que le estaba dando una oportunidad para retirar sus palabras y echarse atrás, pero Lucía la dejó pasar. En aquel contexto, su silencio habló por sí solo.

-No, tú no -dijo Sara-. Tú no puedes pensar eso -estaba temblando, y aunque apartó la mirada pudo ver claramente que tenía los ojos enrojecidos.

-Es la verdad, lo siento si no te gusta oírlo -dijo. Experimentó un breve momento de sensibilidad, que si bien fue breve hizo que, aunque también tajante, sonara mucho más sensible de lo que hubiera preferido. Desvió la mirada antes de continuar-. De todas formas no tienes que preocuparte por nada de esto ya que el año que viene no estaré en este colegio y va a dar igual lo que piense o deje de pensar. Seguir discutiendo es inútil.

-¿A qué te refieres? -preguntó Tere.

Pero Lucía no pensaba seguir hablando. Se dio la vuelta y comenzó su retirada sin dignarse a añadir más detalles o siquiera contestar. Por su forma de actuar, Lucía esperaba aparentar que se iba por indiferencia, pero esto no podía estar más lejos de la realidad: le importaba, le importaba mucho lo que pensarán, especialmente Sara. Tanto era así que había decidido salir corriendo para evitar decepcionarse por su falta de respuesta. Estaba pensando precisamente en lo curioso que era que al final Tere hubiera sido la única en reaccionar a lo último que les llegó a decir cuando notó a alguien a su espalda.

-¡Tía! No sé a dónde vas, pero te acompaño -le dijo Alba.

Lucía la miró llena de sorpresa por tan solo un segundo, pero en breve había recuperado la compostura. Lo cierto era que no esperaba que nadie la siguiera, o al menos no había creído que alguna fuera a hacerlo. No tenía lógica considerando que las otras serían las futuras compañeras de Sara y que ella se iba a marchar, pero no pudo encontrar las energías para pedirle que fuera sensata y no hiciera tonterías, de manera que, aunque renuente, aceptó su compañía.

Fue así como se alejó, dejando tras ella un rastro de desolación. Poco después de haber emprendido su camino Sara salió corriendo en dirección contraria, y ahora sí, se permitió llorar aunque con la suficiente discreción para no llamar la atención. Carmela se apresuró a consolarla dejando a Tere sola tras de sí, clavada en el lugar donde hacía apenas un momento habían discutido. Sin fuerzas para sostenerse, se dejó caer contra un árbol hasta terminar acucillada contra el suelo. Se aovilló, confusa y desorientada sin saber a dónde se suponía que debía ir ahora. En esta incertidumbre nació en su interior una nueva súplica, un ruego mayor que todos los demás: Que nada de lo que había pasado ese día hubiera sido real, las cosas volvieran a ser cómo antes y que todo se arreglase ya.

Pero las cosas no mejoraron. Desde ese día y hasta final de curso cada uno de estos grupos mantuvo las distancias, y siempre que se chocaban en los pasillos acababan en conflicto sin ninguna posibilidad de tregua, ni siquiera para la gran fiesta, el día de fin de curso en los Santos Campos.

Lucía no se arrepentía de lo que había hecho. Todo lo que había dicho lo había pensado de verdad y cuando ahora miraba atrás a la fiesta del año pasado, se alegraba de que esta vez fuera diferente. "Estoy mucho mejor aquí" se decía. Ni siquiera había querido ir, solo lo hizo por el plan de Sara que al final resultó no existir. "Sí, me lo estoy pasando mucho mejor así".

A su derecha, Alba estaba sentada junto a ella. Ambas habían tratado de coger un buen sitio para ver los fuegos artificiales y acabaron sentadas en lo alto de una colina, muy cerca del acantilado. A lo lejos podían ver el mar extenderse en el horizonte y más allá en lo alto el sol coronando el cielo de Galpuria aquella tarde de verano. Estaba impaciente por descubrir cómo se verían esas luces de todos los colores que lanzarían una vez cayera la noche. Aun era temprano y faltaba bastante para que empezara el espectáculo pero la gente, al igual que ellas, ya estaba formando corrillos y aunque la gran celebración empezaría más tarde el ambiente festivo estaba en el aire. Definitivamente, había tomado la decisión correcta.

-Oye, aun no me lo has explicado, ¿por qué has decidido quedarte conmigo? -le preguntó.

Alba se giró hacia ella y puso los ojos en blanco como respuesta. El paisaje a su alrededor se estaba volviendo naranja por el ocaso pero unos nubarrones amenazaban con tapar todos esos colores. Aunque estaba empezando a refrescar era algo común que Galpuria estuviera cubierta de nubes incluso en pleno solsticio de verano, así que no se preocupó demasiado.

-Tía -le respondió- menuda pregunta más tonta. ¿Tú sabes lo aburridas que eran las cosas antes de que llegaras? -Lucía la miró fijamente sin poder responder nada. No, no lo sabía, jamás se había preguntado tal cosa-. Estaba Carmela claro, pero esa cría es un muermo, tu ya lo has visto. Sara es maja, pero no sabe pasárselo realmente bien y tener que aguantar a Tere no me compensa... ieres la única del grupo que sabe cómo divertirse! ¿Cómo no iba a quedarme contigo?

La miró con asombro a los ojos y en ellos vió que no estaba bromeando. Lucía, sin embargo, no se lo podía terminar de creer: Aquella chica con la que tan mal se había portado y a la que había dado la espalda, ¿podía estar diciendo algo así de verdad? ¿Era posible que aquello que tanto tiempo había estado deseando se hubiera encontrado frente a ella todo este tiempo? ¡Y pensar que había tenido una opinión tan negativa de ella! Pero los hechos no mentían y a la hora de la verdad, todo fuera dicho, había sido la única que se había quedado. Claro que no, pensaba, no se arrepentía de haber dejado atrás a los Santos Campos y a las chicas que había conocido ahí, ¡cómo iba a hacerlo cuando al final del día todas la habían abandonado con tanta facilidad! Todas, esto era, salvo una, la única que realmente le importaba conservar.

¿Cómo había podido estar tan ciega para no haberlo visto antes?

Tere estaba terminando de trenzarse el pelo, ya casi lista para la fiesta.

Se miró al espejo. Debería estar muerta de ganas, llevaba mucho tiempo esperando ese momento, y sin embargo un malestar general se había apoderado de ella. Después del giro de los acontecimientos, le costaba encontrar felicidad y los pocos momentos en los que lograba sonreír siempre eran breves y se esfumaban en cuanto recordaba la realidad: que Sara se había enfadado y que Lucía ya no iba a volver más, en resumen, que su sueño se había fragmentado.

Tuvo que sentarse para tomar aire antes de continuar. Entonces se alzó de nuevo y remató sus preparativos. "Que tontas" pensaba "¿Cómo pueden ser tan idiotas como para montar todo este numerito por una

estupidez tan grande?”

Desde el día en que discutieron, Lucía y Alba habían abandonado el grupo y ya no estaban con ellas en los recreos. Tere, por su parte, había intentado mantener el contacto con Lucía aún si pasaba la mayor parte del tiempo con Sara y Carmela, así que se encontraba en una situación peculiar. Había oído tanto a Sara como a Lucía confesar, de una forma más o menos directa, que en realidad extrañaban profundamente a la otra y por lo tanto no podía sino pensar que todo esto era un despropósito.

Una noche, cuando estaba a punto de ir a dormir, había recibido un mensaje de Sara pidiéndole consuelo. Aquel día parecía haberle dado más vueltas al asunto de las que debía y le había preguntado desesperada qué había hecho mal, por qué habían acabado así. Evidentemente, Tere no tenía la respuesta a esas preguntas, pero sí que podía ayudarla a restaurar la paz en el grupo. Sin embargo, cuando le propuso que simplemente hiciera las paces, que se disculpara aludiendo a que los detalles y minucias daban igual, Sara se escandalizó. “¡Pero cómo voy a hacer eso después de todo lo que me ha dicho y de las cosas que me ha llamado!”, y aquí Tere tuvo ganas de echarse las manos a la cabeza. “Así no vamos a llegar a ninguna parte” pensó, pero cuando lo verbalizó Sara respondió que no, rotundamente no, que lo que había hecho Lucía era pasarse de la raya.

Tere se tumbó en la cama. Había empezado a encontrarse realmente mal y sintió unas náuseas tan intensas que se dobló sobre sí misma. Entonces su madre entró a la habitación para recordarle que si no salían en breve llegarían tarde, pero Tere le dijo que lo olvidara, que no iban a ir.

-¿Y eso? -preguntó- pero sí tenías muchas ganas.

-Ya bueno, pero no puedo bailar en este estado.

Y su madre estuvo de acuerdo, le dio un antiinflamatorio y abandonó la habitación.

Tere permaneció tirada en la cama un rato dando vueltas de un lado a otro, pero en su soledad no pudo evitar pensar en otra cosa más que en su terrible situación, y cuando llegó la hora en la que debería haber estado bailando con sus compañeras la presión que sintió se le hizo tan insoportable que supo que tenía que salir de ahí y distraerse como fuera, porque aquello estaba haciendo que se encontrara peor.

Con un gran esfuerzo se levantó y sacó la nota en la que Lucía le había escrito la dirección de aquel grupo de lectura en el que participaba Dorotea tantos meses atrás. Llevaba desde hacía tiempo sintiendo curiosidad al respecto, pero con sus estudios y los exámenes nunca había encontrado el momento de visitarlo. Hasta aquel día, claro. Antes de ser

siquiera consciente de ello se había puesto una chaqueta fina y paraguas en mano estaba lista para salir.

-¿Tere? ¿No decías que te encontrabas mal?

Su madre la miraba con una mezcla entre confusión y preocupación. Había, evidentemente, mucho más en esas palabras de lo que le había preguntado y Tere entendía lo que le estaba diciendo en realidad, que si acababa de rechazar la fiesta de fin de año por sentirse mal no podía salir de casa y arriesgarse a que la vieran por la calle yendo a otro sitio. En circunstancias normales se habría quedado en casa sin problema, pero aquel día necesitaba huir de todo este mundo construido a su alrededor que parecía estar cayéndose frente a sus ojos y no podía permitirse tener una discusión ahora.

-Ya estoy bien, la pastilla me hizo efecto. Voy a dar un paseo, volveré pronto.

Y dicho esto cerró la puerta tras de sí, sin darle oportunidad a replicar.

Una vez fuera, una brisa fresca le dio la bienvenida y Tere agradeció llevar consigo el paraguas aunque fuera una tarde de verano. Si bien poco antes había brillado el sol, no era inusual en Galpuria que tan rápido como este aparecía fuera reemplazado por lluvia independientemente de la estación. Según tenía entendido este grupo se reunía en una biblioteca cerca de su casa, pero en cuanto sintió las primeras gotas apretó el paso: había salido preparada para el mal tiempo, pero no quería arriesgarse a coger un resfriado de verdad.

No era la primera vez que Tere visitaba esa biblioteca, claro. Estaba acostumbrada a recorrer la ciudad a la caza de su interés actual y en este aspecto podía ser sorprendentemente quisquillosa: no le valía leer cualquier libro, la mayoría de las veces tenía que ser el exacto título con el que se hubiera encaprichado. Así que se había adaptado a encontrar su camino entre pasillos de libros cada día distintos de muchas bibliotecas diferentes, cada una con sus propios tesoros esperando ser encontrados. Se había aprendido los códigos y las indicaciones hasta el punto de que los secretos de estos edificios le eran revelados con tanta facilidad que en tan solo unas visitas era capaz de localizar cualquier tomo con casi tanta facilidad como los propios trabajadores.

Fue probablemente por esto que le pilló de sorpresa verse ahora tan desorientada el que debería ser su hábitat natural.

Recorrió un pasillo tras otro en busca de la puerta 2-B, donde se suponía que ocurrían estas reuniones. Según le había explicado Lucía, aquel grupo había nacido como un club de lectura, de ahí que el ayuntamiento les hubiera cedido una sala en la biblioteca, pero en un sorprendente giro de

acontecimientos la iniciativa tuvo mayor éxito de lo esperado y acabó expandiéndose para cubrir prácticamente todos los ámbitos de la cultura pop. Ahora, hasta donde sabía, se había alejado bastante del plan original y consistía en un grupo de gente que se reunía todas las tardes para charlar y estudiar dirigido por voluntarios, siendo el único requisito para que pudieran seguir ocupando ese espacio público que pudiera unirse a estas discusiones o venir a pasar el rato todo el que quisiera.

A medida que atravesaba un estante desconocido tras otro, más se daba cuenta de que estaba perdida. Comenzó a buscar a alguien que la pudiera ayudar pero nada más hubo empezado ya se había distraído analizando los títulos de los libros de su alrededor. Entonces, casi como si de un milagro se tratara, Tere vio una de las novelas que más le interesaba leer en la parte de arriba del estante más próximo y como era de esperar se lanzó a por él.

No es que Tere fuera una niña particularmente bajita, pero era, a fin de cuentas, una niña que acababa de cumplir los catorce años, así que cuando se estiró para alcanzarlo apenas rozó la parte más baja y cuanto más intentaba sacarlo más profundamente hundía su lomo entre los libros que lo rodeaban. Se estaba retirando para probar una nueva estrategia cuando ocurrió: al retroceder tropezó en el momento en que su espalda chocó contra la de alguien, mucho más amplia y robusta y si no cayó en ese instante fue porque la persona que tenía detrás la estabilizó con una mano mientras con la otra alcanzaba el lomo que Tere hacía tan solo un momento tanto se había esforzado en sacar.

-Este era el que querías, ¿no?

Y Tere, aturdida por la situación que acababa de darse, no pudo responderle. El chico que tenía ante sí era mayor que ella, probablemente ya un adulto pero aún debía estar aún estudiando. Tenía el pelo negro y desgarrado, y ahora que lo miraba detenidamente se dio cuenta de que no era tan fúrnido como había pensado inicialmente, pero seguía siendo significativamente más alto, lo suficiente al menos para que no pudiera evitar sentirse intimidada. Entonces recordó que debía responder.

-Eh... sí -farfulló mientras tomaba el libro entre sus manos- Ah... Perdona, estaba buscando el aula 2-B, ¿sabes dónde puede estar?

Entonces el extraño alzó una ceja y reprimió una risa, o al menos lo intentó, porque esta acabó manifestándose como una sonrisa de medio lado.

-La sala 2-B... ¿te refieres a esa? -preguntó. Entonces se giró y dejó ver tras de sí un estrecho pasillo en el cual se podían ver, entre otras, una

puerta claramente señalizada como 2-B.

Bueno, esta situación era vergonzosa. Tere sintió el rubor subiéndole a las mejillas y se apresuró a disculparse y clarificar que no la había visto cuando ahora, con una expresión más suave, el chico negó con la cabeza.

-No pasa nada, no eres la primera que no nos encuentra. Para ser justos, nos dieron una de las salas más escondidas. ¿Querías unirme al grupo de tarde? Al ser fiesta hoy ha venido poca gente, pero con los de siempre nos las apañamos bien de todas formas.

-Espera -dijo, intentando asimilar toda esta información-, ¿entonces tú formas parte del grupo?

Para su sorpresa Tere se descubrió esperanzada: le caía bien aquel chico y deseaba que dijera que sí. Esta vez él no se molestó en contener la carcajada, se rió abiertamente frente a ella y su alegría la deslumbró tanto que casi tuvo que apartar la vista, pues en aquel momento se le antojó que aquel chico brillaba más que el mismo sol.

-¿Que si soy parte del grupo? ¡Soy uno de los organizadores! -Entonces le tendió la mano y Tere se la estrechó con la que tenía libre-. Soy Félix, es un placer conocerte.

En un extremo no muy distante de la ciudad, la lluvia caía con violencia sobre la carpa que, con bastante torpeza, trataba de refugiar a todos los alumnos de los Santos Campos que habían ido a las fiestas del colegio. Sara estaba apretada entre varios críos que no conocía al borde de la tormenta de verano y podía sentir frías gotitas arrastradas por el vendaval pinchando como agujas sus desnudas pantorrillas. Estaba helada.

Buscó alguna cara conocida a su alrededor, pero no pudo encontrar a nadie. Al final, a pesar de lo que habían prometido no habían venido ni Tere ni Lucía, pero eso tampoco importaba demasiado porque con la lluvia este año no habría fuegos artificiales que ver. Aún así, no podía evitar pensar que a esta hora deberían estar reunidas en la azotea pasándose bien, y sin embargo aquí se encontraba, terriblemente sola. A lo largo de toda su vida, siempre había tenido cerca a alguien de quien tirar, quizá fue por eso que al ser su primer encuentro con la soledad esta le pareció aplastante. Apretó los puños a sus costados mientras acusaba a sus amigas, aún si solo en su cabeza, de traidoras. Ellas, que pregonaban sobre el amor, la amistad y la unidad, ellas que tanto decían valorar sus lazos habían sido las que no cumplieron su parte del trato.

Una amargura ácida comenzaba a nacer en su interior allá donde sentía el tacto de la fría lluvia contra su piel, un continuo recordatorio de su

situación actual que la alejaba de cualquier fantasía, y creyó que esta emoción la iba a consumir hasta que notó una mano a su espalda.

-¡Sara! Perdón por haber tardado tanto, te estaba buscando -le dijo Carmela en cuanto se dio la vuelta- todo fue tan repentino que con tanta gente corriendo a refugiarse a la vez te perdí de vista...

-¡No pasa nada! -interrumpió Sara, mientras aproximaba a Carmela hacía sí. Entonces la agarró de la mano y se aferró a ella con fuerza, como si fuera el único pilar sobre el que podía volcar el peso del mundo-.
Vámonos.

Carmela la miró confundida, pero antes de darle la oportunidad de entender las cosas tan oscuras que estaba pensando, aclaró:

-Ya no queda nada más que hacer aquí. Deberíamos irnos al menos a refugiarnos bien de la tormenta a otro lugar -dijo, señalando sus ya empapadas piernas.

Cuando Carmela ahogó una exclamación de reconocimiento y comenzó a caminar, Sara en un acto reflejo le apretó la mano con más intensidad, volviendo la situación aún más confusa. Se disculpó sorprendida por sus propias acciones y pretendió que aquello no había pasado, pero el significado de lo que había hecho reverberó en su cabeza el resto de la tarde, una súplica: "no me dejes sola".

FIN DEL PRIMER ACTO